

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Domingo F. Sarmiento
(1811-1888)

Escriben

León Pomer, Adriana Rodríguez Pésico,
María Cecilia Graña, William Katra
y Hugo Biagini

LOS COMPLEMENTARIOS/3

Abril

1989

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

HAN DIRIGIDO ESTA PUBLICACIÓN

Pedro Laín Entralgo

Luis Rosales

José Antonio Maravall

DIRECTOR

Félix Grande

JEFE DE REDACCIÓN

Blas Matamoro

SECRETARIA DE REDACCIÓN

María Antonia Jiménez

ADMINISTRADOR

Alvaro Prudencio

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Instituto de Cooperación Iberoamericana

Avda. de los Reyes Católicos, 4 - 28040 MADRID

Teléf.: 244 06 00, extensiones 267 y 396

DISEÑO

Nacho Soriano

IMPRIME

Gráficas 82, S.A. Lérida, 41 - 28020 MADRID

Depósito Legal: M. 3875/1958

ISSN: 00-11250-X — NIPO: 028-89-003-0

LOS COMPLEMENTARIOS/3

LEÓN POMER	7	Sarmiento, el caudillismo y la escritura histórica
ADRIANA RODRÍGUEZ PÉRSICO	37	Sarmiento y la biografía de la barbarie
MARÍA CECILIA GRAÑA	59	La utopía como <i>analogon</i>
WILLIAM KATRA	83	El estilo ensayístico de Sarmiento
HUGO BIAGINI	93	Sarmiento y la problemática española

DOMINGO F. SARMIENTO
(1811-1888)

El 11 de septiembre de 1988 se cumplió el primer centenario de la muerte de Domingo Faustino Sarmiento. Por razones técnicas y de programación, *Cuadernos Hispanoamericanos* debió postergar hasta la presente entrega la edición del homenaje correspondiente.

A Sarmiento, a su biografía de hombre político, a su voluminosa obra de escritor, al denso tejido crítico que suscitó en su tiempo y en este siglo largo de historia americana, se los puede abordar desde múltiples perspectivas.

Su tarea de prosista, una de las más elevadas del siglo XIX en nuestra lengua, es contemplada desde la literatura, la historia, los sistemas filosóficos y las grandes líneas del pensamiento político. Sus vínculos con España, hondos y dramáticos, según en su momento señaló Unamuno —un ser sarmientino como pocos— pasan por sus páginas de viaje, por su diálogo constante y belicoso con el idioma castellano en América, por su pasión frente al conflicto entre hispanidad y modernidad, que se remonta al siglo ilustrado e inquieta a protagonistas de la España decimonónica, entre ellos el tan leído y admirado por Sarmiento, Mariano José de Larra.

En el tercero de nuestros *Complementarios* hemos querido centrarnos en una zona determinada de la obra sarmientina. No pudiendo abordarla en toda su extensión, por falta de espacio, nos ha parecido pertinente tratar de Sarmiento y su vocación de historiador, en el más amplio sentido de la palabra: filósofo de la historia, biógrafo, cronista y polemista enzarzado en las discusiones pacíficas o armadas de la América que le tocó protagonizar.

El resultado puede contribuir a la ya caudalosa bibliografía sarmientina con un enfoque en el cual se advierta la inquisición dominante en la crítica actual: ver en el escritor argentino a un productor de literatura que dejó una visión trascendente del tiempo histórico que la fortuna tuvo a bien adjudicarle.

Redacción





Leon Pallière: *La pisadora de maíz* (1856)

Sarmiento, el caudillismo y la escritura histórica

1. Direcciones, objetivos

El Estado nacional debía escribir una historia que señalara claramente las prefiguraciones de sí mismo, o lo que habían sido las tentativas para abrirse paso de una centralidad en puja con los poderes de la dispersión; debía simultáneamente descubrir en el ayer los paradigmas de las prácticas, la robustez de los valores y la ejemplaridad de los modelos que insinuaban el Estado y que ahora devendrían imágenes de un pasado constituido en lección prestigiadora.

La historia en proceso de escritura, construyendo con celo riguroso los valores señeros, las figuras veneradas y las acciones eminentes, realizaría su clasificación oponiendo frontalmente lo que asumía como propio a lo que sería presentado como su opuesto ominoso. En el futuro —y si posible en el más inmediato— esa construcción debía constituir un componente esencial del imaginario que aceptarían los grupos sociales dominantes, los sectores medios y algún día no lejano el pueblo entero.

La historia escrita indicaría con la prepotencia de los adjetivos los objetos de la veneración y del repudio; marcaría aquello que los argentinos deberían eventualmente imitar e irremediabilmente aborrecer, sacralizando aquí y, ¿por qué no?, incinerando pedazos de esa historia en el fuego de una memoria que no sería neutral sino apenas justiciera.

La historia construiría los espacios ideales de una común veneración y de un repudio sin discordancias; en esa espacialidad imaginaria las diferencias —todas ellas— quedarían secundarizadas, los intereses y visiones particulares, subordinados. La patria sería el lugar de todas las lealtades, el altar de las coincidencias. Los argentinos prestarían fidelidad a una legalidad algo más que jurídica que por incontrovertible se equivaldría a la propia condición de argentino; una legalidad que si fuera traspuesta o violada descargaría sobre el pecador las furias de la exclusión. La escritura de la historia sería un constructor fundamental de la patria.

La palabra de los textos que se querían capitales libraría una lucha por devenir LA PALABRA. Para apoderarse de las conciencias y obtener de ellas los efectos deseados debía canonizarse. Por eso la escritura de la historia sería escoltada por actos materiales de ensalzamiento y denigración repetidos en las aulas, insistidos en la plaza pública,

repicados en el acto cívico hasta configurarse en rituales que no por laicos dejarían de ser asperjados por la religión y acogidos en los templos.¹

Dentro del campo discernido como propio la escritura de la historia nombrará las jerarquías. Las habrá primerísimas y las habrá primeras; vendrán las segundonas, luego la tropa anónima y claro, los olvidados. Personas y acaeceres encarnarán todo eso; detrás de los nombres propios aun será posible percibir una entidad informe, un personaje genérico, una comparsa silenciosa: los soldados de la patria, el tambor de Tacuarí, el Falucho de color africano.

Siendo el poder que se constituya una suerte de conjunción política de heterogéneos sociales, económicos y culturales, oriundos de provincias y regiones diferentes, con pasados irrenunciables porque asimilados a la identidad del grupo, no se podrán ignorar los valores regionales. Pero siempre como subordinados a los que se querrá supremos. Lo nacional deberá constituirse como la macroidentidad que sin abolir necesariamente las microidentidades tendrá el poder de secundarizarlas, subyugarlas a una primacía incontestable. La escritura de la historia será una pieza maestra de esa constitución.

2. El influjo de Europa

Escoger un pensamiento y una visión de mundo no es faena que se haga con una suerte de virginidad de espíritu; la elección se sitúa —si es lícito hablar de una elección

¹ La siguiente breve cronología podrá ser útil al lector:

1854 - *Fundación del Instituto Histórico Geográfico.*

1857 - *Biografía de Belgrano, de Bartolomé Mitre. Primera edición.*

Repatriación de los restos de Rivadavia.

1858 - *Historia de Belgrano, de Mitre. Segunda edición notablemente ampliada, en dos volúmenes.*

1861 - *Historia argentina, de Luis Domínguez.*

1863 - *Revista de Buenos Aires (Miguel Navarro Viola, Vicente G. Quesada).*

1864 - *Polémica Mitre-Vélez Sarsfield.*

1869 - *Revista del Archivo General de Buenos Aires (Manuel Ricardo Trelles).*

1871 - *Revista del Río de la Plata (Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez, Andrés Bamas).*

1876 - *Historia de Belgrano y de la independencia argentina, de Mitre. Tercera edición, ampliada, de la obra iniciada en 1857.*

1877 - *Inauguración de la estatua de Mariano Moreno en plaza Lorea.*

1878 - *Celebraciones en torno a la repatriación de los restos de San Martín.*

1879 - *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (Manuel Ricardo Trelles).*

1880 - *Revista Argentina (José Manuel Estrada).*

Historia de los gobernadores de las provincias argentinas desde 1810 hasta 1879, de Antonio Zinny.

Celebraciones del centenario del nacimiento de Rivadavia.

Inhumación de los restos de San Martín.

1881 - *Polémica Bartolomé Mitre-Vicente Fidel López.*

Historia de Rosas, de Adolfo Saldías (se prolonga su publicación hasta 1887).

1883 - *Historia de la República Argentina, de Vicente Fidel López.*

1886 - *Revista Nacional (Adolfo P. Carranza).*

Lecciones de historia argentina, de Clemente Fregeiro.

1887 - *Historia de San Martín, de Bartolomé Mitre.*

Cuarta y definitiva edición de la Historia de Belgrano, de Mitre.

1888 - *Historia Argentina, de Mariano Pelliza.*

Revista del pasado argentino (Manuel Ricardo Trelles).

1892 - *Historia de la Confederación Argentina, de Adolfo Saldías (segunda edición de la Historia de Rosas).*

1896 - *Revista La Biblioteca (Paul Groussac).*

1901 - *Fundación de la Junta de Historia y Numismática Americana.*

como acto de libertad— dentro de un campo de opciones que limitan y recorren condiciones sociales y las ofertas culturales que en su interior circulan. Toda elección supone determinaciones de las que no necesariamente el sujeto tiene conciencia, y determinaciones son aquí matrices de pensamiento y pensamiento matizado. Las preocupaciones, y puede que pesadillas, engendradas por los problemas locales pero acaso no menos por ciertas tempestades ultramarinas, no dejarán de estar presentes en los textos aunque no obligadamente explicitadas. Y aquello que podía revelar será fatalmente razonado con las armas de una razón que había elaborado Europa y ella proveía, o si se quiere con los juicios de valor que no nos dicen lo que son los acaeceres y las personas, sino lo que valen en relación al sistema valorativo de quien está viviendo la realidad con la piel de su cuerpo entero y juzgándola en acto simultáneo. En el discurso de la historia escrita es posible reconocer una matriz, y una tentativa de reconocimiento es lo que venimos haciendo. Pero no es en la matriz donde encontramos el tono singular, el color distintivo, sino en la actualidad reciente y más significativa para el sujeto que escribe, en el mapa del futuro que ha diseñado su cerebro, en las ilusiones de su espíritu.

Supongo que es tarea imposible reconstruir en detalle minucioso el periplo intelectual de un pensador, calibrar la multiplicidad de influencias que lo impresionan y el peso de cada una en su escritura y en su accionar. Pensemos en el 48 europeo; pensemos en los sucesos parisinos. ¿Es un desatino suponer que debió entrar hondamente en las reflexiones, en las demoradas charlas de quienes aun expatriados soñaban con algo que hoy podríamos llamar un modelo de país? Tenemos algunos testimonios, menos de los que hubiéramos querido, pero en todo caso testimonios significativos.

En mayo de 1851 Félix Frías escribe en París —donde vive hace varios años— un artículo titulado «Los rojos en la América del Sud»; es un trabajo que por momentos se vale de un lenguaje apocalíptico: «¡Caiga la maldición de todos los americanos, que no han prostituido su razón ni su conciencia, sobre estos impuros demagogos, caiga sobre ellos la cólera del cielo!»² Frías alude a un gobierno (lo llama de socialistas) instalado en Nueva Granada (Colombia), que ha levantado la bandera roja, «símbolo de tiranía y de barbarie». Teme «... el socialismo, predicado por ambiciosos demagogos a las clases infortunadas, con el fin de desmoralizar la miseria y lanzarla armada al ataque de la sociedad moderna...»; condena a los «... explotadores de las revueltas, sin luces en la mente, sin probidad en el corazón, osados profanadores del dogma liberal y cristiano...»³ Anticipa que «... el día que las ideas rojas penetraran en las creencias de nuestras masas, sería el día de la reconquista de la América del Sud por los indios antes vencidos».⁴

El «tirano» granadino que desvela a Frías es un general López que sustenta «... la soberanía del número, el predominio de las masas».⁵ Ese militar y sus seguidores («... jó-

² Félix Frías, «Los rojos en la América del Sud», París, 6 de mayo de 1851, en *Escritos y Discursos*, tomo I, Casavalle editor, Buenos Aires, 1884, p. 122.

³ Félix Frías, obra citada, p. 122.

⁴ Félix Frías, obra citada, p. 123.

⁵ Félix Frías, obra citada, p. 124.

venes tiernos, inexpertos, que prefieren gobernar un país a tener que gobernarse a sí mismos; niños ridículos...) ignoran que la democracia no es anterior a la civilización y que no siendo nuestros pueblos civilizados mal podrán ejercer la democracia; y por supuesto, si ejercieran los «funestos» principios socialistas «causarían la muerte de todo el país». Frías descarga su artillería pesada contra el osado general neogranadino a quien recomienda retornar a la escuela primaria para aprender lo peligroso que es pedir «el predominio de las masas», de esas multitudes ignorantes e incivilizadas «... que no han educado su corazón ni instruido su inteligencia...»⁶ Y retoma la idea que ya hemos conocido: «El predominio de esas masas no será otra cosa que su tiranía...», como ocurre según él en la Argentina de Rosas, donde confiscan y degüellan, violan la vida, ultrajan la religión, vulneran la propiedad.⁷ Y si repudia a don Juan Manuel como tirano, no desespera que el «pueblo esclavo» se levante y recobre su dignidad perdida. Lo que no ocurriría si el de Buenos Aires fuera «un despotismo rojo y socialista»: entonces sí, las esperanzas quedarían desvanecidas.⁸

En Frías reaparecen temas que ya hemos visto: el temor casi pavoroso a la «soberanía del número», la identificación de lo indio con la barbarie suprema, la depravación de las multitudes y su encarnación en la figura que las sintetiza: el tirano. Pero ahora todo eso potenciado a un nivel inédito de alarma: ¡el socialismo!

Consecuencia normal será el descreer de la democracia —y Frías descrece de ella—, de la que él llama libertad «ilimitada» en la América del Sur. En otro trabajo suyo escrito en mayo de 1852 y publicado algo después, pide no comprometer las libertades esenciales ya logradas por el otorgamiento de las libertades «accesorias»; «... y llamo tales entre nosotros a las libertades políticas. Una libertad política es una libertad por la cual el ciudadano se considera autorizado a influir en los negocios públicos de su país, a tomar parte en el gobierno de la sociedad». Para él es evidente que en la Argentina, «... es muy reducida la porción de los hombres capaces de ejercer esas libertades en el interés del mayor número...»⁹

Europa está amenazada —anota— y América puede contribuir a salvarla, salvándose al mismo tiempo. ¿De qué manera? Abriendo las puertas «al pauperismo europeo»; amparando a los desamparados del Viejo Mundo que corren el riesgo de caer seducidos por los cantos de sirena del socialismo. Ambos «mundos» son solidarios; deben serlo. Y para que el «mundo viejo» artostte airoosamente el huracán y la furia, el «mundo nuevo» vendrá en su auxilio. América será civilizada si Europa salva su civilización de la barbarie moderna. Pero América cumplirá su magno papel si organiza poderes políticos en aptitud de refrenar, de eliminar las tendencias disolventes que reptan por todo el continente hispano-luso-indio. El hacerlo con urgencia es un imperativo que reclama Europa y que reclama América. La persistencia del caos en el continente ex colonial sólo contribuirá a que el caos se apodere del viejo cuerpo europeo, al parecer, según Frías, sin an-

⁶ Félix Frías, obra citada, p. 125.

⁷ Félix Frías, obra citada, p. 125.

⁸ Félix Frías, obra citada, p. 126.

⁹ Félix Frías, Carta sobre la situación actual de la República Argentina, *Imprenta del Estado*, Buenos Aires, 1852, pp. 10 y 11.

ticuerpos para defenderse de la dolencia fatídica. Por eso el grito que propone es el de orden: orden desde Panamá hasta el Plata. Sin orden no hay sino engaño, «... mentira, pérfidos homenajes de la demagogia en favor del pueblo que sacrifica...»; ¹⁰ y orden quiere significar —precisa— menos fanatismo liberal que el de los revolucionarios del año 10. ¹¹ Y para instaurar el orden no solamente es preciso «... inclinarse delante de la autoridad, que es el piloto que nos señala los escollos en que el orden puede perderse...»; ¹² también se deberá saber «... que son bien pocos los que saben escribir cosas dignas de ser leídas y no muy considerable el número de los que saben leer». ¹³

Casi contemporáneamente a estos dichos, Alberdi, en su domicilio chileno, se afana por limpiar el nombre de Echeverría de cualquier tacha posible. Ha muerto don Esteban en el Uruguay y Juan Bautista escribe (Valparaíso, mayo de 1851) una nota en que desvincula al autor del *Dogma* de «ese loco sistema», el socialismo, porque el maestro de la generación del 37 «... jamás ambicionó a mudar desde la base la sociedad existente. Su sociedad es la misma que hoy conocemos, despojada de los abusos y defectos que ningún hombre de bien autoriza». ¹⁴

El 48 fue un estampido alarmante. Las masas tenidas como cuerpo no político, como sujeto informe y despojado de toda eticidad pero que aquí hacían política bajo el mando de los caudillos, habían aparecido en Europa enarbolando la bandera roja del socialismo, lo que era vivido por no pocos como algo infinitamente peor que la peor montonera y no podía no influir sobre una escritura de la historia que debía enfatizar el orden y encarnarlo. Belgrano y San Martín habían tenido algo de común, dejó escrito Bartolomé Mitre: el haber sido «... hombres de orden ajenos a los partidos secundarios de la revolución...» ¹⁵

¿Pudo haberse librado Mitre —quien acabó por ser el más importante constructor de modelos y paradigmas— de un clima intelectual y político en que el 48 debía ser una o muchas gotas de acíbar? ¿Y acaso de otros 48 irrelevantes para nosotros (y el del «tirano» granadino puede ser un ejemplo) pero no para él y los hombres de su círculo? Difícil concebir que su escritura de la historia pudiera sustraerse a la necesidad de mitologizar enfáticamente la «civilización» y el «orden» y sus perversos opuestos. Pero de lo que no se sustrajo es de diseñar una visión de la sociedad, de las conductas de los grupos y clases, del papel del poder y sus destinatarios idóneos. Y para ello no precisó

¹⁰ Félix Frías, «Los rojos...», edición citada, p. 130.

¹¹ Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 7.

¹² Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 14.

¹³ Félix Frías, Carta sobre..., edición citada, p. 11. Aludiendo Cerroni a la polémica europea sobre la crisis del Estado, y aceptando la existencia de un desequilibrio entre las estructuras estatales y la sociedad de masas, anota que esas estructuras, en casi todos los Estados de Europa occidental, se remontan al período 1848-1880. Cerroni dice: «... y muestran claramente el haber sido el fruto de un compromiso teórico entre el absolutismo del ancien régime y la liberaldemocracia». Agrega: «Puede afirmarse que el Estado representativo constitucional que Europa ha construido se había cortado a la medida de una Europa destinada a permanecer encerrada y recogida bajo la guía de una reducida elite ilustrada». Umberto Cerroni, La libertad de los modernos, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1972, pp. 205 y 206.

¹⁴ Juan Bautista Alberdi, «Don Esteban Echeverría», en Obras escogidas, tomo VII, Editorial Luz del día, Buenos Aires, 1954, p. 391.

¹⁵ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución argentina, Imprenta del Comercio del Plata, Buenos Aires, 1864, p. 57.

escribir tratados de política sino dejarlo poderosamente indicado en los modelos del bien y del mal. Para Mitre, para López, para otros, discrepancias aparte, los objetos de la historia sólo podrían ser elegidos a partir de un horizonte mental; la historia no sería el simple relato de acontecimientos, que por lo demás suele no serlo nunca. En la materia histórica se buscarían las significaciones que permitieran presentarla con arreglo a una visión del mundo, a un orden de éste. La historia que se escribe tiene demasiado de construcción arbitraria en el sentido recto de esta palabra: arbitrio —declara el diccionario— es la facultad que tenemos de adoptar una resolución con preferencia a otra; en un sentido lato, la adopción, la selección y el ordenamiento de acontecimientos en secuencias dotadas de una lógica subjetiva producida en el seno de una cultura.

Pero Mitre (la relevancia de su figura nos obliga a insistir en él) no sólo se interpreta a sí mismo: estará interpretando a un grupo social e intelectual en que los fundamentos del pensar son semejantes, en que lo es el interés material, las proyecciones ideales, la ambición de ser poder. Habrá de interpretarlo pero seguramente bastante más que eso, ya que deberá proponerle una interpretación global de sí mismo como grupo social en una sociedad concreta. En toda obra que se precie —anota Goldmann— hay una realidad que no es puramente individual, aun cuando se exprese en obras particulares. Esa realidad es la «visión del mundo».¹⁶

El pensamiento de Mitre, pero no menos el de Alberdi y Sarmiento, sistematiza, ordena, enriquece y desarrolla el pensamiento y las líneas de acción del grupo o grupos que inician el Estado y planean la nación. Entre el grupo y los pensadores (que son simultáneamente hacedores) se establece un sistema de vasos comunicantes: los influjos y los humores marchan en ambas direcciones y en ese camino de ida y vuelta se entrecuchan las propuestas, los planes, a veces las ilusiones, con los hechos de la vida que se empeñan en ser desagradables, que con frecuencia contrarían los mensajes que vienen de la dirección opuesta.

Entre tanto los Mitre, Sarmiento y Alberdi, vástagos de un pensamiento occidental, sumergidos en coyunturas más o menos críticas, pueden ser criticados y reprochados. Pero esa tarea se transforma en un ejercicio vano si los sustraemos de su realidad material e intelectual; una realidad en que Guizot escribe (en su *Essai sur l'histoire et sur l'état actuel de l'instruction publique en France*) que «... la ignorancia transforma al pueblo en turbulento y feroz...»;¹⁷ en que Hegel había pensado que la servidumbre es la cuna de la libertad, porque (y aquí coincide con Maquiavelo) «el nuevo principado», o sea el período dictatorial que caracterizaría los comienzos de todo nuevo tipo de Estado, está asociado a la esclavitud y se justifica como educación y disciplinamiento del hombre que aún no es libre.¹⁸

La escritura de la historia del Estado y la nación en gestación no podía sino inscribirse en la línea de un pensamiento liberal que ya hemos visto antes de ahora, o sea el de una burguesía que desde sus primeros vagidos no concibe otra sociedad política que

¹⁶ Lucien Goldmann, *Dialéctica e cultura*, Paz e Terra, Rio de Janeiro, 1967, p. 17.

¹⁷ Citado por E. Ponteil, en *Les classes bourgeoises*, Editions Albin Michel, París, 1968, p. 139.

¹⁸ Cfr. Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1960, p. 126, nota 28.

la que ella misma configura, ni otro sujeto político que el constituido por su propio grupo. ¿Será inútil recordar lo que ya dice y prefigura el *Defensor Pacis* que Marsilio de Padua publica en 1324? ¿Estará demás recordar que ya en tiempo tan remoto piensa Marsilio que «... los hombres se han unido para vivir la vida de forma suficiente, procurarse las cosas necesarias e intercambiarlas mutuamente...» para cubrir las necesidades de la vida presente? ¹⁹ La finalidad suprema de la organización civil de los hombres es asegurar la buena marcha de los intercambios. ²⁰ Y eso se repite en John Locke, en Adam Smith, por supuesto que en Bentham y otros pensadores de mayúscula influencia. ¿Y acaso entre nosotros, en los Alberdi, Mitre y Sarmiento, podía ser otro el pensamiento, máxime cuando el pueblo aún vivía impostado en una realidad que no reclamaba ni el Estado ni la nación?

3. Independencia: las muchedumbres

Era necesario construir las imágenes de quienes habían ganado la independencia como figuras principales, como segundones y como contrafiguras; era preciso dar cuenta de cómo el pueblo bajo —los grupos subalternos regionales— había participado en el trascendental evento. El punto de partida no podía ser otro —difícilmente hubiera podido serlo— que el de las concepciones sobre las masas nativas de que ya dimos cuenta. Con las consabidas excepciones.

Alude al problema la polémica que Mitre y Vélez mantienen en torno a la historia de Belgrano, del primero, y que comienza Vélez con unos artículos en que no se identifica inicialmente como autor; aparecen en *El Nacional*. ²¹ Ataca Vélez diciendo que «... no son los pueblos, la causa de nuestros errores en los primeros años de la revolución; sino los jefes que se pusieron a la cabeza de ellos. Pero ahora, para crear héroes con atributos

¹⁹ Gérard Mairé, «La ética mercantil», en *Historia de las ideologías*, edición citada, p. 177.

²⁰ Gérard Mairé, «La ética mercantil», edición citada, p. 175. Conviene recordar que Bentham subordina las razones de la igualdad a las de la seguridad. «Consultando el gran principio de la seguridad, ¿qué debe decretar el legislador con respecto a la masa de propiedad ya existente? Debe mantener la distribución tal como se encuentra en la realidad establecida.» Y agrega que si en Hungría el labrador está preso en la gleba y en Rusia es un esclavo, «... el supremo principio de seguridad exige la preservación de todas esas distribuciones». En «*Principles of the Civil Code*», parte I, cap. II, p. 119, incluido en la obra *The Theory of Legislation*, organizada por C.K. Odgen, Londres, 1931. En los «*Principles...*», capítulo XIII, sección, p. 81, Bentham excluye expresamente de la participación democrática a los trabajadores, los no instruidos, los dependientes y las mujeres.

Por su parte James Mill en 1820 considerará prudente excluir del voto a todas las mujeres, todos los hombres menores de 40 años y los más pobres; estos últimos constituían un tercio de los varones mayores de la edad indicada. En *An Essay on Government*, organizado por E. Barber, Cambridge, 1937, p. 45. Diez años después en su artículo «Gobierno», sostendrá que «... la cuestión del gobierno es adecuadamente asunto de ricos, y ellos siempre lo obtendrán, por medios condenables o buenos», en «*On the Ballot*», *Westminster Review*, julio de 1830.

Y un dato final: a finales de 1911 en el Reino Unido sólo el 59 % de los adultos de sexo masculino estaba inscripto en los registros electorales. En C.B. Macpherson, *A Democracia Liberal*, Zaher Editores, Rio de Janeiro, 1978, p. 55. Para este autor, en la concepción de Bentham y James Mill, no así en la de James Stuart Mill, el hombre es admitido como algo inalterable, como algo que habría diseñado la sociedad de mercado de una vez y para siempre. Obra citada, p. 53.

²¹ La polémica fue publicada bajo el título de *Estudios históricos sobre la revolución argentina*, de Bartolomé Mitre, con los artículos de Vélez Sársfield en calidad de apéndice titulado «Rectificaciones históricas», edición citada.

que jamás tuvieron, es preciso infamar a los pueblos y dar el mérito de los hechos a hombres muy dignos por cierto; pero que lejos de arrastrar las poblaciones con su palabra o su conducta fueron arrastrados por ellas...»²² Acusa Vélez a Mitre de disminuir la figura de Güemes y de haber compuesto en la *Historia de Belgrano* «... el estudiado panegírico del héroe, y no la historia verdadera de una grande época».²³ En lo esencial levanta la figura del caudillo salteño, y a las gentes de pueblo que lo acompañan; afirma igualmente que en 1812 había otros jefes que hubieran podido hacer tanto o más que Belgrano, y cita a Arenales y Moldes en Salta, a Santiago Carrera en Córdoba. Acusa a Mitre de falsificar la historia, de hacerlo interesadamente.

En la obra criticada por Vélez, Mitre sostiene que las «multitudes campesinas» (y aquí alude a las de la Banda Oriental) vivían «desagregadas» de la vida social y política, que eran «semibárbaras»; pero esa que también llama segregación tiene un punto de referencia: la ciudad. «La insurrección de la Banda Oriental, nacida en las campañas, sin un centro urbano que le sirviese de núcleo, privada así de toda cohesión y de todo elemento de gobierno regular...», anota Mitre,²⁴ posee una tara fundacional. Y aquí, en este punto, voces que vienen de la historia nos susurran; aguzando el oído escucharemos a no pocos cronistas de la conquista que han encontrado en Mitre un eco que no por distante resulta imprevisible. Porque aquellos laicos y asotados que pusieron por escrito sus visiones de los indígenas, filtradas por concepciones de cómo debía ser una sociedad humana, habían declarado bárbaras y subhumanas a gentes que al parecer desconocían las ciudades, las formas del Estado, del poder, de la autoridad. Europa no reconocía en los nativos de este mundo declarado «nuevo» y por lo tanto imperfecto, lo que reputaba de relaciones e instituciones propias de civilizados. Y si más tarde y a regañadientes los grandes «imperios» precolombinos fueron excluidos siquiera parcialmente de esa tacha, ella siguió valiendo para las sociedades no gobernadas por incas, mayas y aztecas. Gentes sin Estado y sin ciudades eran decididamente salvajes.²⁵ O lo eran las gentes campesinas marginadas del poder y la urbe. Y el que Mitre haya sustentado esta idea no es producto de milagro o coincidencia puramente casual. Es una de las «ideas matrizadas» a que hemos aludido; ideas que corresponden a la matriz del pensamiento eurocéntrico. Antes de ahora se lo escuchamos a Alberdi cuando embiste ferozmente contra los indígenas: ¡no habrían fundado ciudades!

Pero la idea tiene su linaje, como que al parecer nace en la antigua Roma y signa toda una concepción que ve en la urbe el principio ordenador de un orbe; un orbe que sólo deviene cosmos a partir de esa ordenación y que antes de ella apenas si ha sido caos. Idea que se emparenta con una más antigua sustentada por los griegos, para quienes la civilización de que son portadores —y lo son fundamentalmente en las ciudades— traza en torno suyo una frontera de barbarie. Pero en este caso «... los bárbaros

²² Vélez Sársfield, *apéndice*, obra citada, p. 225.

²³ Vélez Sársfield, *apéndice*, obra citada, p. 233.

²⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la independencia argentina*, Obras Completas, vol. VII. *Ordenadas por el Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1940, p. 387.

²⁵ Cfr. Las sociedades contra el Estado, de Pierre Clastres, Monte Avila Editores, Barcelona, 1978, capítulo XI.

son los otros arrojados del lado de la cuasi animalidad puesto que están privados de lenguaje...»²⁶ Y es claro, sin lenguaje no puede haber organización política, leyes, autoridad, jerarquías y valores. No puede haber ciudad. Los griegos precisan de los otros para sentirse civilizados; la anticivilización es el no ser que les permite afirmarse como ser civilizado. Una se identifica por comparación y diferencia con la otra.²⁷

La campaña de la Banda Oriental es, pues, el caos; allí las multitudes desagregadas, «emancipadas de toda ley», harán la insurrección «política y militarmente ingobernable».²⁸ ¿Pero y el caudillo? ¿Y Artigas? ¿No es acaso el caudillo Artigas un principio agregador en favor de la insurrección contra la autoridad colonial? Respuesta: entregadas las multitudes «al arbitrio del caudillaje local» transformaron la insurrección y vino a dar en alzamiento «contra la sociabilidad argentina»: ²⁹ ella —la insurrección— hizo «... brotar otra revolución social del seno mismo de la revolución política».³⁰

Mitre escribe: «sociabilidad argentina». Es absolutamente improbable que aquí estén sobrando palabras, por ejemplo la palabra «argentina». De lo que podrá deducirse que lo otro no es «sociabilidad» (porque una multitud desagregada no lo es), ni es argentina. Lo argentino es lo que está en la ciudad, lugar de la vida política regular donde las jerarquías existen y se respetan, donde las diferenciaciones de cualquier naturaleza que fuere no se subordinan a confusión alguna de los cuerpos, a principio alguno igualador como el que estaría postulando la revolución más allá de lo político (y aquí revolución política entendida como cambio de sistema de gobierno) que emerge de la multitud rural.

Mitre delimita el espacio de la vida ordenada, civilizada y por lo tanto regulada. No de una manera diferente que los antiguos griegos muestran lo que hay más allá y le dan el mismo nombre que aquéllos: la barbarie. Y ésta, en tanto presencia malévola y actuante cohesiona a la civilización y le da una identidad también por diferencia y comparación. Y obviamente por exclusión. Y ahora, en esta insurrección de la Banda Oriental la ciudad está ausente como principio político que ordena, encuadra, jerarquiza, distribuye papeles sociales, establece relaciones entre los sexos, las generaciones, los grupos diferenciados. La ciudad que constituye el cosmos no está presente; luego es el caos. Bastante después que Mitre hubiera escrito lo que estamos analizando Juan Agustín García (h) lo dirá de la siguiente manera: «Lo que se llamaba masas democráticas desempeñaron el papel de espíritu que niega. Eran el símbolo del caos, de la miseria, de la ignorancia».³¹

Mitre da una descripción sintética y correcta de lo prenatal, identificado con el virreinato: «... no era [...], un organismo articulado. Era un cuerpo informe, una aglomeración de elementos heterogéneos, dispersos en una vasta extensión de territorio casi

²⁶ Jean Paul Dumont, «El Occidente y los bárbaros», en *El etnocidio a través de las Américas, Siglo XXI, España, 1976, p. 285.*

²⁷ Jean Paul Dumont, obra citada, p. 286.

²⁸ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

²⁹ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

³⁰ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 387.

³¹ Juan Agustín García (h), *Nuestra incultura, Editorial Claridad, Buenos Aires, sin fecha, p. 70.*

desierto, sin cohesión social entre sí y sin esa amplitud de vibraciones sociales que constituyen la solidaridad de las partes con el todo». ³² De esta ausencia de cohesión, ¿era de esperar algo diferente a actitudes no coincidentes frente al problema de la independencia? Y el que ésta haya sido «... local y municipal en su origen ostensible...», ³³ ¿sería razón suficiente para no concebirla también rural —como en la Banda Oriental— y no obligadamente en plena coincidencia de objetivos con la «revolución» iniciada en Buenos Aires, la única legítima en la creencia de Mitre? Y finalmente: ¿era tan impensable un movimiento campesino que a la lucha contra el poder colonial sumará por iniciativa de su jefe una política agraria revolucionaria?

Las respuesta podrían sintetizarse así:

- a) la revolución de la independencia sólo podía —y debía— emerger de la urbe;
- b) toda otra emergencia, si no fatalmente espuria, llevaba el riesgo de llegar a serlo si era protagonizada por caudillos y gentes pobres del campo no encuadradas en marcos militares a la europea;
- c) la propiedad era sagrada y debía continuar sagrada, a despecho de una distribución de ella que soslayaba a quienes más la hubieran precisado (en términos de propiedad agraria, claro) para sobrevivir. Y a despecho de que una política distributiva hubiera permitido ganar para la independencia a gentes para las cuales la diferencia entre ésta y la colonia debía pasar por algo más tangible que las palabras, que algunos gestos, que algunos símbolos diferentes.

Los objetivos de la Revolución de Mayo que Mitre y antes que él los muchachos de la generación del 37 habían expresado como equivalentes a emancipación y «regeneración de la sociedad» se realizan en lo que atañe a lo primero, pero la sociedad colonial, en su entraña más íntima, en su dimensión más significativa, se prolonga durante muchos años después del glorioso año 10 y no hay regeneración; y no la hay porque los procesos sociales autocentrados, la dinámica inherente a esas sociedades regionales específicas, no lo producen y porque de «arriba» no es forzada. Pero la palabra «regeneración» podría ser leída también como aquellos procesos seculares que lenta pero implacablemente van produciendo cambios en la entera totalidad de una sociedad hasta llevarla a producir las rupturas con estructuras antañonas que si funcionales en un pasado han devenido rémoras insoportables. Mitre llega a percibir algo de esto cuando deja expresado que siendo la revolución un hecho fatal que estaba en el orden de las cosas, había estallado «... antes de que la sociedad hubiera alcanzado su desarrollo normal». ³⁴

³² Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 386. Alberdi, en su trabajo de juventud «Doble armonía entre el objeto de esta institución, como una exigencia de nuestro desarrollo social, y de esta exigencia con otra general del espíritu humano», en *El salón literario de 1837*, de Félix Weimberg. Editorial Hachette, Buenos Aires, 1958, pp. 130 y 132, escribe que «... el movimiento general del mundo, comprometiéndose en su curso, nos ha obligado a empezar nuestra revolución por donde debimos terminarla: por la acción. La Francia había empezado por el pensamiento para concluir por los hechos; nosotros hemos seguido el camino inverso [...]. Es, pues, del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta.»

³³ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 386.

³⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano...*, edición citada, p. 386.

Lo de «orden de las cosas» es tópico hartamente discutible, pero ahora preguntémosnos: ¿qué puede significar «normal» en el contexto de la frase citada? ¿No será «normal» una situación en que se ha dado la coincidencia entre estratos sociales mayoritarios y la elite que asume la iniciativa dirigente? ¿El desacuerdo sería lo «anormal»? Luego, ¿en qué «orden de cosas» habría estado inscripta la revolución? ¿Más que local no sería un orden de cosas europeo occidental...?

Vale la pena recurrir aquí al sabio Tocqueville, tan leído y citado por la generación del 37 y por el propio Mitre, aunque no recuerdo que ninguno de ellos haya mencionado alguna vez la obra a que ahora aludiremos. En el siglo XVIII los hombres de letras franceses —dice Tocqueville— «... se tornaron los principales hombres políticos del país...»: ³⁵ y ellos, más allá de sus diferencias, participaron de una idea general común: sustituir las costumbres tradicionales por reglas simples extraídas de la razón y la ley natural. Notablemente esta idea común, «... en vez de estacionarse como en el pasado en la cabeza de algunos filósofos, descendió a la multitud al punto de tornarse una pasión política». ³⁶ Y los escritores, agrega el pensador francés, asumieron naturalmente la dirección de la opinión. ¿Es esto lo normal que pensaba Mitre?

La conciencia del desajuste entre una elite y un pueblo se expresa reiteradamente, y tal vez con énfasis mayúsculo, en las gentes de la generación del 37. En un articulillo atribuido a Miguel Cané (padre) o al italiano Juan Bautista Cúneo se lee que «... pesan sobre nosotros [...] los descarríos de una edad bárbara...». ³⁷ En la misma publicación Alberdi fustiga la sociedad americana, y luego de anotar que el ridículo rebosa en ella por todas partes, escribe que «... la Revolución nos ha sacado bruscamente de entre los brazos de la Edad Media y nos ha colocado sin preparación al lado del siglo XIX». ³⁸ Félix Frías descrece que América tenga presente: «Estos pueblos viven la vida de sus abuelos». ³⁹ Y nuevamente Alberdi, pero esta vez cercano a la ancianidad, prosigue con el tema que el transcurrir de los años no ha declarado añejo: «Aquí está el antiguo régimen de España, que vino como conquistador, y se quedó y vive todavía de incógnito». ⁴⁰

Mitre distingue entre lo que él llama «dos revoluciones gemelas», ⁴¹ pero la que a su juicio protagonizan las multitudes «desagregadas» no sólo excede los propósitos de aquella que la ciudad provoca, sino que viene a colocarla bajo un grave signo de duda. Y finalmente y por todo eso, «... la revolución argentina fue obra del pueblo, pero su dogma

³⁵ Alexis de Tocqueville, *O Antigo Regime e a Revolução*, Editora Universidade de Brasília, Brasília, 1979, p. 135.

³⁶ Alexis de Tocqueville, *O Antigo Regime...*, edición citada, pp. 135 y 136.

³⁷ El Iniciador, Montevideo, 15 de mayo de 1838, artículo titulado «He leído El Iniciador», p. 59 de la reproducción facsimilar publicada por la Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1941.

³⁸ El Iniciador, Montevideo, 15 de julio de 1838, artículo titulado «Del uso de lo cómico en Sud América», p. 142, edición citada.

³⁹ El Iniciador, Montevideo, 15 de septiembre de 1838, artículo titulado «A la juventud», p. 248, edición citada.

⁴⁰ Juan Bautista Alberdi, *Peregrinación de luz del día*, Editorial Choel-Choel, Buenos Aires, 1947, página 103.

⁴¹ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 387.

ostensible provenía de la clase pensadora. El principio democrático no estaba incluido en ella». ⁴²

Retomemos la idea de Mitre: la revolución estaba en el «orden de las cosas». Pero tenemos «dos revoluciones gemelas», opuestas, contradictorias y al mismo tiempo coincidentes en la idea de emancipación. Y cada una de ellas parece estar inscripta en un distinto «orden de cosas»; pero esa distinción no elimina la coincidencia en el objetivo emancipador. Y una vez más: ¿qué es lo anormal? ¿Sin más ni más la barbarie, la ignorancia, la ruralidad no gobernada por la urbe? Ésta es la respuesta de Mitre. Otra posible —y no precisa recurrir a adjetivos apocalípticos— es la siguiente: lo anormal es la distancia entre un conjunto de sociedades regionales que en su globalidad representan lo que genéricamente llamaremos prenatal, y la voluntad estatal-nacional de una elite que responde a los impulsos europeos occidentales y no es la representante orgánica de las sociedades locales.

3.1. *Apostilla alberdiana*

Ese Alberdi inquietante, casi siempre irritativo, habitualmente molesto para no pocos de sus contemporáneos, ingresa a zancadas en la polémica sobre la independencia con algunas postulaciones que ciertamente no vendrán a halagar las vanidades nacionales. Más allá de los actores visibles discierne otros que reputa de fundamentales, y en *Facundo y su biógrafo* le enrostra a Sarmiento no haber comprendido «... el papel que los intereses jugaron en la revolución de 1810...», y de pensarla meramente «... como un movimiento de las ideas europeas, no de los intereses». ⁴³ Discrepa en que la revolución fue entendida en las ciudades porque en ellas había lo que estaba ausente en las campañas: ideas, libros, civilización. Sostiene: «Nuestra revolución de América es europea de origen, índole y carácter, en el sentido que fue producida por los acontecimientos y los intereses de la Europa, y por nuestra parte para entrar en libre trato con la Europa». ⁴⁴ Deduce que «los mejores sostenedores de la Independencia» no son los americanos que la obtuvieron, sino los mismos intereses europeos que «arrancaron el nuevo mundo al sistema colonial». ⁴⁵

Alberdi es de los que piensan que la independencia no es un emergente de procesos esencialmente autónomos, sin descartar por eso las influencias favorables. En su ecuación el primer término, el decisivo, está colocado en el impulso externo, en el interés material del capitalismo europeo occidental y por supuesto, en las ideas del mismo origen. Se comprende que estas concepciones no podían ser demasiado aceptables como propuestas para una historia que necesitada de construir valores (a comenzar por el valor *voluntad nacional* para ser independientes) no podía prescindir de personajes/hé-

⁴² José Manuel Estrada, *La política liberal bajo la tiranía de Rosas*, Ediciones Estrada, Buenos Aires, 1955, p. 3.

⁴³ Juan Bautista Alberdi, «*Facundo y su biógrafo*», en *Escritos póstumos, tomo V*, Imprenta Alberto Monkes, Buenos Aires, 1897, p. 279.

⁴⁴ Juan Bautista Alberdi, «*Belgrano y sus historiadores*», edición citada, p. 75. Cfr. tomo IV de *Escritos póstumos*, Imprenta Alberto Monkes, Buenos Aires, 1897, pp. 53 y 61.

⁴⁵ *Ibídem*.

roes y acaeceres militares y civiles paradigmáticos. ¿Cómo aceptar como satisfactoria una interpretación que hacía de la independencia «... el resultado natural e inevitable de los acontecimientos liberales de la Europa [...]; de las necesidades económicas...»? ¿Cómo reconocer una versión que rechazaba aquella que «... se la atribuye a soldados que no fueron sino el instrumento visible y aparente de esas grandes y eternas causas»? ⁴⁶

Para Alberdi esta última atribución no era otra cosa que un «error intencional», «cometido por cálculo egoísta». Y por añadidura la polémica entre Mitre y Vélez venía a ser «... una discusión de muchachos de escuela o de viejas majaderas». ⁴⁷

Flores aparte —todo lo envenenadas que se quiera— Alberdi desplaza el problema y se desinteresa de lo que había dividido a don Dalmacio y a don Bartolomé. Su ángulo de enfoque no es dirimir jerarquías entre Güemes y Belgrano. Pero su concepción acabaría siendo una de esas vías muertas, o fracasadas, de las que pueblan la escritura de la historia por inservibles —más allá de su verdad o inverdad— a conveniencias políticas reputadas de fundamentales en una coyuntura dada.

3.2. *La teoría de las dos democracias*

Enfrentado Mitre con hechos tan capitales como la insurrección en la Banda Oriental, creyóse en la necesidad de pensar algo que podríamos llamar «teoría de las dos democracias». Partiendo de Manuel Belgrano como arquetipo, explica que «... no era un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia en una época de revolución ...» ⁴⁸ Güemes y Artigas son pues dos demócratas exagerados, aunque desde otro punto de vista —acaso más sólido que el de Mitre— podría considerarse la relación de ambos con sus seguidores no como una expresión de democracia, sino de consubstanciación de results de un tipo de liderazgo de que sólo pueden dar cuenta condiciones sociales muy específicas. Y eso sin desconocer lo que historiadores uruguayos nos han revelado sobre ideas de Artigas que hacen, aquí tal vez sí, a una democracia «exagerada» según la perspectiva de Mitre.

Insiste el «padre de la historiografía argentina»: esas dos democracias son producto no evitable de una «... mayoría llamada a influir, a obrar, a combatir y por consecuencia, a pensar como podía...», convocada por «... la minoría inteligente que concibió la revolución en silencio...» y sólo pudo llevarla cabo «... con el auxilio de las fuerzas sociales, cuya energía y dirección no era posible haber calculado de antemano». ⁴⁹ Esa conjunción —colisión al mismo tiempo— hizo que el pueblo elevara al poder «... a sus representantes natos [...]. Tales caudillos fueron la encarnación del poder de esa democracia indisciplinada...». ⁵⁰ Pero «... el caudillismo, poderoso elemento de combate, dado el atraso social del pueblo, llevaba en sí los gérmenes de la decadencia so-

⁴⁶ Juan Bautista Alberdi, «Belgrano y sus historiadores», obra citada, p. 75.

⁴⁷ Juan Bautista Alberdi, «Belgrano y sus historiadores», obra citada, p. 75.

⁴⁸ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 55.

⁴⁹ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 78.

⁵⁰ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución..., edición citada, p. 78.

cial...»⁵¹ Luego deberá seguirse que el caudillismo fue desatado por la revolución de mayo a partir de un existente social previo en que latía discretamente lo que en una coyuntura favorable será estallido. Pero la revolución que recurre a ese instrumento y crea las condiciones para su eclosión —y que sin él no hubiera podido consumarse— en tanto hecho democrático no puede negar una similar condición a quienes tan activa y decisivamente participan en su gestación y buen resultado. De modo que en tanto hijos de Mayo, acaudillados y caudillos, participan de una Gracia común. Pero aquí se hace necesario categorizar las dos maneras de la democracia: la de la culta minoría ciudadana y la de masas y caudillos rurales. Porque englobar sin diferenciar no es otra cosa que equiparar el grupo urbano con los bárbaros que han escapado a las regulaciones del cosmos ciudadano. Y eso no es de imaginar en una sociedad, o en un grupo social por mejor decir, donde a nadie pasa por la mollera la loca idea de eliminar distinciones. Y a lo que parece, sobre todo no disolver en una masa extensa el grupo que se autoidentifica más por su cultura que por cualquier otro factor diferenciador. La aristocracia del espíritu que dijera Sarmiento —y él se incluye en la misma— reclama el reconocimiento de los fueros que cree de su incumbencia: fueros que deberá conquistar por razones de autoestima y de legitimación de sus aspiraciones a dirigir, organizar, ser Estado. Y este problema Mitre lo resuelve con la que hemos dado en llamar «teoría de las dos democracias», en que la bárbara y la civilizada, eclosionadas ambas en ocasión de mayo, deberán distinguirse como blanco sobre negro. Y ya sabemos que la última verá en la otra un enemigo no menos temible —acaso más— que el viejo amo español, que al fin de cuentas si no deseable, había fundado un sistema político y las urbes rectoras. Sarmiento, siempre contundente y habitualmente ríspido, dirá que «... todos los hombres oscuros que se levantan en las revoluciones sociales, no sintiéndose capaces de elevarse al verdadero mérito, lo persiguen en los que lo poseen, y las masas populares cuando llegan al poder establecen la igualdad por las patas, el cordel nivelador se pone a la altura de la plebe y ¡ay de las cabezas que lo excedan en una línea!»⁵²

En suma, que la minoría inteligente y culta, la aristocracia del espíritu, depositaria de un saber que equivale a los antiguos pergaminos que declaraban limpieza de sangre y linaje impoluto, siente a los desposeídos del mismo como enemigos irreconciliables que acechan el momento de destruir ese saber por incapacidad de expropiarlo.

3.2.1. El caudillo Artigas

José Gervasio de Artigas es para Mitre «... el caudillo del vandalaje y de la federación semibárbara...»⁵³. Carece de «principios vitales» y su sola bandera es el «personalismo». Su programa, una «confederación de mandones»; la base de la misma, la fuerza pura.⁵⁴

⁵¹ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 79.

⁵² Domingo Faustino Sarmiento, *Obras completas, tomo VII, Editorial Luz del Día, Buenos Aires, 1952*, p. 270.

⁵³ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 260. En algún lugar de Facundo, Sarmiento dice que Güemes había hecho lo mismo que el doctor Francia del Paraguay, que Ibarra, López y Bustos: destruir todo el derecho para hacer valer el suyo propio; lo que hace en cierto modo de Sarmiento un precursor de Mitre en la dura caracterización del personaje salteño.

⁵⁴ Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y la...*, edición citada, p. 260.

Veamos cómo elabora Mitre la imagen de Artigas y la presenta a sus lectores:

— posee un temple de alma superior, pero «... para dominar a los demás hombres y arrastrarlos al peligro»;⁵⁵

— su escuela fue el campo, es decir el lugar de las masas desagregadas, el espacio de la no sociabilidad; allí fue enviado por sus padres cuando tenía catorce años;⁵⁶

— sus ocupaciones en el campo (en «la estancia» escribe Mitre, es decir en un espacio donde impera un orden, donde se ejerce una producción y donde existen jerarquías) fueron «tumultuosas»: «... enlazar, bolear, correr en el rodeo y [...] domar potros, tirar el cuchillo...»;⁵⁷ lo que de otra manera puede ser expresado así: ocupaciones inherentes a la cría del ganado en las vastas estancias de ambas bandas del río y de tierras interiores: las únicas apropiadas para el ejercicio de la funcionalidad exigida;

— «Su agilidad y destreza en el manejo de las armas y el caballo, su actividad en los trabajos de campo unidas a su fuerza corporal, le dieron un grande ascendiente sobre sus peones y compañeros»;⁵⁸

— Pero, «... para vivir necesitaba agitación y peligros; la quietud lo mataba...»;⁵⁹ lo que es sinónimo de individuo de mala entraña, originariamente perverso;

— «El continuo trato con los contrabandistas brasileiros [...], le inspiró un grande amor por la vida errante e independiente»;⁶⁰ «grande amor» prefigurado en los rasgos anteriores, pero que ahora se ven agravados por una vida impostada en el delito;

— «A los 18 años de edad abandonó clandestinamente la casa paterna y se unió a una partida contrabandista»;⁶¹ lo que hace de él un mal hijo a temprana edad, ya que sus padres, gente decente como reconoce Mitre, no le hubieran consentido el que gastara sus robustas energías en una vida al margen de la ley;

— «Parece (¡parece! L.P.) que el ruido de la civilización —estima Mitre—, que iba inundando el desierto, producía en él el mismo efecto que el golpe del hacha en Ojo de Halcón»;⁶² o sea que lo hería profundamente;

— «... no podía soportar la superioridad de los demás [...], y buscaba hombres que superaran obedecer y callar»;⁶³

— «Quiso formarse una fortuna debido sólo al sudor de su frente y este noble orgullo lo condujo a unirse a una gavilla de fascinerosos»;⁶⁴ y aquí reaparece el tema del contrabando, sobreentendido, claro está, pero rescatando Mitre la nobleza de toda actitud

⁵⁵ Bartolomé Mitre, «José Artigas», en *Obras completas*, vol. 12, *Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1949, p. 264.

⁵⁶ Bartolomé Mitre, «José Artigas», en *Obras completas*, vol. 12, *Honorable Congreso de la Nación*, Buenos Aires, 1949, p. 264.

⁵⁷ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁵⁸ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁵⁹ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶⁰ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶¹ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶² Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶³ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

⁶⁴ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 264.

o movimiento humano que busca granjearse la fortuna con el trabajo intenso y acendrado. Pero hábilmente queda contrapuesta la alta calidad del sentimiento con su malversación por Artigas;

— Surtía a Montevideo de «géneros» contrabandeados, «... destruyendo así a una gran parte del comercio regular»;⁶⁵ de donde el burlador de la ley se transforma en quebrantador de fortunas ajenas;

— Reunió «... bajo sus banderas un crecido número de contrabandistas nacionales, quienes tácitamente lo levantaron sobre el escudo y le juraron pleno homenajes»;⁶⁶ y aquí nuestro malhadado Artigas ya es jefe de una «horda»;⁶⁷ palabra extremadamente malsonante, como que quiere decir, según el diccionario, «reunión de salvajes que forman comunidad», o «multitud de gente dedicada a cometer tropelías»;

— Pero «... nunca hubiera conservado tal autoridad por medios suaves, así es que con frecuencia hacía severos ejemplares [sic] para contener aquella turba»;⁶⁸ y lo tenemos convertido en severo inflingidor de castigos, cuando no realizador de alguna muerte;

— Su poder, su fama y seguramente el temor que inspiraba le transformaron en «... árbitro en las cuestiones de los vecinos por cuyos distritos pasaba y administraba justicia...»;⁶⁹ lo que le llevó a reemplazar la ley regularmente administrada por autoridad competente, y a suplantar los códigos y el derecho por su sola voluntad;

— En tanto contrabandista, «el más famoso de aquellos tiempos», llegó a ser el «terror» de las autoridades españolas, que fracasaron en reducirlo «... aumentando a la vez su fortuna particular y su opinión en las masas ignorantes de la campaña»;⁷⁰ con lo que ya lo tenemos convertido en virtud de sus perversidades prolijamente inventariadas por Mitre, en el favorito de los ignorantes del campo;

— Otro rasgo de su carácter es que «hablaba muy poco»;⁷¹ lo que seguramente hacía más efectiva la teatralidad estudiada de sus gestos.

Y Mitre termina diciendo: «... a él exclusivamente se debía la insurrección de la Banda Oriental, la formación de su ejército y uno de los primeros triunfos que las armas de la Patria obtuvieron sobre los españoles...»;⁷² una verdad incontrovertible y por lo tanto desoladora, porque nada en él aseguraba que hiciera uso —digamos, uso civilizado...— de las cartas que había adquirido.

Mitre ha construido cuidadosamente una imagen de cuya fascinación negativa el lector no deberá librarse; será el arquetipo del caudillo, o de esa clase de gente que no podía ser compatible con una revolución que a su intención democrática agregaba la «regeneradora». Esa imagen deberá ser potenciada mediante la transmisión, la repetición, la introducción de ella en el imaginario colectivo hasta lograr que a la sola mención de la palabra caudillo, la imagen se presente como la correspondencia exacta entre

⁶⁵ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 265.

⁶⁶ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 265.

⁶⁷ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 265.

⁶⁸ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 265.

⁶⁹ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 265.

⁷⁰ Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 266.

⁷² Bartolomé Mitre, «José Artigas», edición citada, p. 270.

la realidad y su mención, sin dejar espacios para otra conformación, otros rasgos. A diferencia de las imágenes neutras como la que suscita en nosotros la palabra «mesa», en el imaginario la palabra ES la imagen, tan genérica como «mesa» pero ni tan inocua ni tan inocente. Aquí nombrar la realidad es representarla con los fulgores siniestros que le han sido adjudicados.

Sin necesidad de extendernos sobre otros historiadores relevantes de la segunda mitad del siglo XIX, y no escasos en el casi entero siglo XX, mencionemos apenas que el otro grande, Vicente Fidel López, no difiere en el orden de cosas a que estamos aludiendo de la lección de Mitre.⁷³ Anotemos que para Alberdi el caudillo oriental era la encarnación también de la democracia bárbara: «... el pueblo adoró en él su propia hechura, y muchas inteligencias se prostituyeron a la barbarie».⁷⁴ Y finalmente que Bernardo Frías, el historiador salteño afanoso por contraponer a su héroe provinciano con el oriental, dirá de éste que todo lo que yacía «... bajo su férula era un valle de lágrimas y lugar de maldición y de horror». Y que el campamento de Ayuí, «... a orillas del Uruguay (era L.P.), campamento babilónico, inmenso lupanar, donde reinaba en ancho campo la miseria y el vicio; pero en manera tan espantosa y repugnante que, a su lado, aquel célebre que gobernó Castelli en Laja aparecería como lugar santo y ejemplar». Frías se horroriza —y quiere que el lector también— porque hasta los «... jefes divisionarios (de Artigas, L.P.), aún los más principales y famosos, eran indios, mulatos y mestizos...», entre los cuales el célebre Andresito Artigas, que llevaba como apellido el del caudillo supremo, en lo que estaba revelando su estigma original: el haber sido esclavo.⁷⁵

3.2.1.1. La otra imagen de Artigas

Aun cuando todavía en 1916 se publicaba en Buenos Aires una versión de Artigas, esta vez uruguaya (de Eduardo Acevedo Díaz) que continuaba la línea señalada por Mitre, en la antigua Banda Oriental ya había comenzado la transformación de Artigas en el gran héroe nacional. Acevedo aún repetía que don José Gervasio había legado al Plata la anarquía, que había sido el «... inventor de los ejércitos populares, convirtiéndolos en tribus ambulantes cargadas de familias, como las masas de bárbaros que invadieron Roma...» y que había sido el representante «... de la democracia bárbara como el mismo pueblo».⁷⁶

Pero el 10 de mayo de 1907 un decreto firmado por el presidente Williman del Uruguay, y sus ministros Guillot y Varela Acevedo, disponía la erección de un monumento a Artigas, y el escritor Juan Zorrilla de San Martín recibía el encargo de preparar una memoria sobre la personalidad del prócer, origen de la obra *La epopeya de Artigas* del por entonces célebre poeta oriental. En los considerandos del referido decreto léese

⁷³ Cfr. Vicente Fidel López, *Historia de la República Argentina*, tomo V, Buenos Aires, 1886; y tomo IV, Buenos Aires, 1855, capítulos II y IV.

⁷⁴ Juan Bautista Alberdi, Belgrano y su biógrafo, edición citada, pp. 183 y 184.

⁷⁵ Bernardo Frías, *Historia de Güemes y de la provincia de Salta, de 1810 a 1832*, tomo III, Salta, 1911, pp. 601 a 605.

⁷⁶ Eduardo Acevedo Díaz, *El mito del Plata*, Talleres gráficos de Ríos, Buenos Aires, 1916, pp. 96 a 101.

«... que no es posible retardar por más tiempo el advenimiento del día en que, según dijera el Dr. Carlos María Ramírez, los niños, el ejército y el pueblo se inclinarían ante la estatua del gran calumniado de la Historia de América...»⁷⁷

Zorrilla de San Martín, a quien el gobierno de su país encarga realizar una obra semejante a la que Mitre había elaborado en relación a Belgrano y San Martín, plantea su tarea en los siguientes términos: «... la finalidad primordial de la historia de los pueblos no es otra que la formación del patriotismo, es decir, del sentimiento RACIONAL de amor a la patria y el culto de sus héroes».⁷⁸ En consecuencia procederá a crear la imagen pedida por esos fines, a comenzar por el linaje: nieto de hidalgos zaragozanos y de un padre que había tenido una posición «holgada y decorosa». En seguida la educación: cimentada en el convento de los franciscanos. Luego los modales: conocido en Montevideo —en tanto vivió en la ciudad— como un sujeto «afable y atencioso». A renglón seguido la traza: «vestía con esmero», con casaca bordada o chaquetilla de alamares o trencilla fina en el pecho.⁷⁹ Y las ocupaciones en el campo: las de honrado comerciante, acopiador de cueros y otros productos vacunos que enviaba a Montevideo, a las barracas de su padre, para negociarlos. En suma, y para no caer en excesiva prolijidad, que la imagen de Artigas por Zorrilla es la opuesta a la que Mitre había construido, y en ambos casos, se supone, con la documentación pertinente.

Se dirá: ¿cómo es posible elaborar imágenes tan opuestas? Respuesta: ambos, Mitre y Zorrilla, están haciendo exactamente lo mismo pero en países que se han constituido como Estado y naciones diferentes: construyendo el imaginario social.

3.2.2. El caudillo Güemes

Mitre le hace graves reparos: no son los mismos que le formula a Artigas, pero en la esencia coinciden. El que San Martín hubiera escogido al caudillo salteño y los méritos de su pelea en el norte obligaban a un cierto reconocimiento. Pero Güemes es un caudillo, y un caudillo —llámese Güemes o Artigas— a más de jefe de irregulares lo es de gentes que lo siguen porque en él personalizan su causa, o dicho de otra manera: por la naturaleza de las relaciones interpersonales engendradas por una sociedad carente de intermediaciones institucionales entre el amo y subordinados. Llámese como se llame, y a despecho de que su aporte a la causa de la independencia pueda ser valorado de manera más negativa o menos negativa, habrá entre el caudillo y sus hombres una cierta promiscuidad o trato igualitario, o imitación de tal que aparenta disolver diferencias de estatuto social. Las jerarquías de los ejércitos regulares, los grados, las insignias, las formalidades en el tratamiento recíproco, los uniformes y los signos exteriores que marcan los niveles de estratificación reproducen la sociedad. En el ejército regular están claramente señalados los de arriba, los de abajo y los del medio; en la montonera, donde no existen las diferencias de grados militares, se opera una suerte de seudode-

⁷⁷ El decreto está incluido en la segunda edición, encabezando el texto de la obra *La epopeya de Artigas de Juan Zorrilla de San Martín*, tomo I (obra en dos tomos), Luis Guli Editor, Barcelona, 1916, pp. V y VI.

⁷⁸ *Carta confidencial de Juan Zorrilla de San Martín al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay*, en *La epopeya de Artigas*, edición citada, p. XII.

⁷⁹ *Juan Zorrilla de San Martín*, *La epopeya de Artigas*, edición citada, pp. 181, 182 y 183.

mocratización porque la autoridad del caudillo no es producto de una institucionalidad interiorizada en las personas sino de un sistema de relaciones personales, vividas —por lo menos en medida muy considerable— como pacto de reciprocidades. El caudillo sabe que debe ceder para obtener; y el acaudillado también cede, en este caso sus servicios en la guerra y en la paz, a cambio de protección, de reaseguros que la sociedad es incapaz de brindarle. Admitiremos que las excepciones existen, y que cada fenómeno de montonera y caudillo que sucede en distintas décadas de nuestro siglo XIX probablemente contenga ingredientes que lo particularizan. Pero hay algo que es evidente: en el ejército regular —insistimos: el que reproduce internamente y a su manera la estratificación de la sociedad— los que mandan no ceden nada, y los que obedecen ceden la vida.

Lo que supone la montonera como sistema de relaciones interpersonales, si trasladado a la vida civil genera, o arriesga generar, conductas disonantes de las que reclama el orden constituido, sus mandantes y sus privilegiados mayores y menores. Bajo la jefatura del caudillo los acaudillados descubren posibilidades de nuevos hábitos, aunque no es forzoso que ello ocurra en todos y en cada uno de los casos; adquieren por lo menos la posibilidad de desarrollar ciertos modos de convivencia y actitudes que no se compadecen con lo que de ellos se exige en la vida cotidiana. En sociedades rigurosamente estratificadas como la salteño-jujeña de los tiempos de Güemes, el aludido riesgo se aparece como extremadamente peligroso a los ojos de quienes no ven motivos para mudar la situación que ocupan en la pirámide social, perder eventualmente sus bienes o parte de ellos (o temerlo) y desjerarquizarse socialmente. Pero además y en la medida que los acaudillados constituyen la fuerza fundamental del caudillo, o el basamento de su poder, témesese que el afán de conservarlo lo lleve a concesiones que sólo podrán castigar a los que tienen qué perder. La ambición de poder es mala consejera. Por lo demás ni el caudillo representa democracia alguna, ni los acaudillados, gentes de pueblo, pueden ser asimilados a una manifestación democrática. Es grotesco aplicar categorías políticas propias de una sociedad capitalista a sociedades prenacionales y no capitalistas. La montonera no es el «sindicato» de los pobres campesinos del siglo XIX argentino ni el caudillo un dirigente sindical. Lo que está en juego en esa relación es algo tan específico como pueden serlo relaciones sociales que en nada se parecen a las del siglo XX y proyecciones ideales que nada tienen de común con las de la centuria posterior. Mitre pensó la montonera y el caudillo con la única categoría que tenía disponible: vio pueblo y habló de democracia. Un siglo y pico más tarde la interpretación de esos fenómenos se repetirá como grotesco.

Mitre y otros autores insisten en que la masa del caudillo carece de disciplina. ¿Esta observación que es al mismo tiempo inquietud no podrá leerse como la pérdida por el pueblo (si alguna vez la tuvo) de la adecuación a los modos de vida tenidos como normales por mansos y pacíficos? ¿No podrá leerse como la adquisición de un desenfreno que inhabilita para futuras ordenaciones, incluso diferentes a las antes conocidas?

Mitre no ignora que el caudillo aplica la violencia con aquellos de los suyos que se exceden de las reglas implícitas en la relación. Pero a diferencia del ejército regular a la europea, el caudillo tiene ascendiente y logra disciplina a su manera, incluso —ya que no exclusivamente— con habilidades personales superlativas tenidas como tales en

el medio rural, y una cierta dosis de carisma, en el sentido recto de esta palabra tan trasegada: don misterioso de origen superior... En el ejército regular el general puede ser un mal jinete, no es preciso que tenga atractivos personales de alguna especie ni que sepa manejar con destreza el cuchillo y las boleadoras. Y por supuesto, reclamará obediencia no por la relación anteriormente mantenida con sus soldados sino simplemente porque se supone que éstos deben estar imbuidos de la necesidad de obedecer.

El caudillo y su cohorte constituyen el paradigma de una sociedad que no responde a la visión de los hombres «cultos» e «inteligentes», de los civilizados aristócratas del espíritu. Familiaridad excesiva, uniformidad de gestos y de lenguaje, un uso semejante de habilidades ecuestres, son otras tantas prácticas que corroen la posibilidad de construir un imaginario en que cada grupo social posee su clara ubicación, reconoce sus límites, conserva sus modalidades de lenguaje y actitudes específicas y acaba por aceptar todo eso como normal y natural. Sin contar —y no es poca cosa— que en ocasiones el caudillo debe aceptar que sus hombres (que ciertamente deben comer y aun obtener a veces recompensas materiales) se entreguen al saqueo, que ataquen impunemente la propiedad ajena y que siquiera transitoriamente hagan sentir violencia a quienes socialmente están por encima de ellos y por lo tanto destinados —en su visión— a ejercerla y no a padecerla.

Esto es lo que Mitre ve con claridad y por lo tanto lo rechaza, lo fustiga, lo condena, aun en trañándose de don Juan Martín. En la ya aludida polémica con Vélez Sársfield dirá que «... Güemes, conocido por la generalidad, tan sólo por las pesetas falsas que llevan su nombre; considerado por otros, únicamente como un caudillo vulgar, desordenado y lleno de ambición; y disfrazado por algunos con las galas del heroísmo ideal, es uno de esos retratos falsos, una de esas fisonomías históricas adulteradas».⁸⁰ Vélez replica: «... fue el salvador de la patria y la única esperanza de los pueblos, después de perdido nuestro ejército en las inmediaciones de Cochabamba...»⁸¹ ¿Pero que un caudillo sea el «salvador de la patria»? ¡Absolutamente inaceptable! Mitre se dedica a demolerlo. Militarmente don Juan Martín «... no es nada, o es cuando más una pálida fisonomía militar...»⁸² Sus virtudes, si las tiene, lo son porque es caudillo; de esta condición derivan la táctica, el prestigio, los medios de acción de que se vale en tanto «representante de las masas populares». De esa condición se sigue el que éstas, a «un gesto suyo», se muestren dispuestas a luchar contra el enemigo o «contra la sociedad».⁸³ Obsérvese este último rasgo: hace del caudillo un personaje menos que confiable; al fin de cuentas a Güemes lo «apellidaron el padre de los pobres».⁸⁴ ¿Será por algo...?

Güemes en la imagen que de él construye Mitre es de alguna manera rescatable, a diferencia de Artigas. Aquel comenzó agitando la tea de la discordia y acabó con «la espada del libertador en la mano»; con Artigas ocurrió lo opuesto. Pero se igualan, aun cuando sus roles parecieran contrarios, porque «... tanto el uno como el otro (contribu-

⁸⁰ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 63.

⁸¹ Dalmacio Vélez Sársfield, *apéndice a Estudios históricos sobre la revolución...*, de B. Mitre, edición citada, p. 225.

⁸² Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 70.

⁸³ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 70.

⁸⁴ Bartolomé Mitre, *Estudios históricos sobre la revolución...*, edición citada, p. 70.

yeron, L.P.) así a su triunfo (de la revolución, L.P.) como a su paralización».⁸⁵ Y Mitre prosigue sistemáticamente en su obra de construir la imagen del caudillo, deslizando aquí y allí algún reconocimiento a sus méritos, pero nunca nada esencial: lo que es Güemes, repitamos, lo es porque encarna la fuerza de la multitud que acaudilla, cuya «sustancia» asimila, y sin negarle aptitudes en este aspecto, «... no era de cierto un género superior ni en política ni en milicia».⁸⁶ En Mitre quedan opuestos dos principios legitimadores: masas de un lado, instituciones «civilizadas» por el otro. El primero conlleva la arbitrariedad, la no regulación por ley alguna fuera de la voluntad personal. El otro hace de la fuerza armada el brazo fuerte del poder político.

Pero así como en Uruguay, Estado independiente, Artigas es elevado a la condición de héroe nacional (y hoy sabemos que fue mucho más que un héroe militar), tampoco en Salta la versión de Mitre sobre Güemes acabará por satisfacer, por más que haya encontrado repetidores y adeptos. Una de las más poderosas y autoconscientes oligarquías interioranas hará de don Juan Martín el santo mayor de su santoral provinciano.

Dámaso de Uriburu había atacado a Güemes en sus *Memorias*, que son de 1827;⁸⁷ tenía sus buenas razones políticas y personales. Acusará al caudillo de haber «planificado» una suerte de ley agraria que dispensaba a todos los gauchos de pagar el arrendamiento por las tierras que ocupaban. «De este modo, aquellos (los gauchos, L.P.) quedaron dueños de casi todo el territorio de la provincia, y éstos (los propietarios, L.P.) en la infortunada condición de un súbito y completo despojo». Pero al parecer las cosas no llegaron a mayores (a operarse el despojo) porque la mayoría de los gauchos, contrariando «la relajación a que sistemáticamente se la quería conducir», rehusó el ejercicio de ese privilegio y permaneció adherida a sus patrones.⁸⁸ Lo que demostraría —si ver, verdadero— que los gauchos salteños no se sentían proclives a vulnerar los principios fundamentales del orden establecido. El historiador Atilio Cornejo, que es ferviente partidario de Güemes, declara que jamás encontró el decreto a que Uriburu atribuye designios para él tan vituperables.⁸⁹

Medio siglo después que don Dámaso, publica Joaquín Carrillo una obra de historia en que Güemes aparece como una suerte de demonio, digno de ser clasificado en las páginas de algún bestiario fantástico: «Su figura moral se presenta como una esfinge egipcia, en que el arte antiguo combinaba la belleza del rostro a la fiera brutal de los animales, en el resto del cuerpo; así Güemes mantiene su cabeza de patriota, sobre su musculatura de un déspota; mientras estruja con garras deformes la túnica de los derechos de un pueblo levanta su frente amenazadora contra los enemigos de la independencia de la patria».⁹⁰ Carrillo describe así el gobierno de don Juan Martín: «Aquel comunismo que arrebatava sus bienes de fortuna al decente, al blanco o propietario

⁸⁵ Bartolomé Mitre, Estudios históricos sobre la revolución, *ed. cit.*, p. 79.

⁸⁶ Bartolomé Mitre, Estudios sobre la revolución..., *edición citada*, p. 82. Atilio Cornejo, en su *Historia de Güemes*, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires, 1946, dedica no pocas páginas a discutir la visión tristista de Güemes; también repasa la de sus comprovincianos salteños.

⁸⁷ Dámaso de Uriburu, *Memorias*, Buenos Aires, 1934, con prólogo de José Evaristo Uriburu.

⁸⁸ Dámaso de Uriburu, *Memorias*, *edición citada*, p. 142.

⁸⁹ Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, *edición citada*, p. 152.

⁹⁰ Joaquín Carrillo, *Historia civil de Jujuy*, Jujuy, 1877, p. 269.

de los centros urbanos, o de las campañas pobladas, para mantener el ocio y las pasiones del campesinado armado, más por lujo de sistema, que por fuerza de necesidad».⁹¹

Ya se ve que la fama del «padre de los pobres» había cosechado adeptos, y que en Carrillo se repite la pedrada de Uriburu, pero con lenguaje de actualidad: ahora se habla de comunismo. Carrillo no debía ignorar la Comuna de París.

A Güemes lo reivindica Bernardo Frías, uno de los más ilustrados miembros de la oligarquía salteña. Frías percibe que su grupo social no puede regalar una figura que surge del más conspicuo tronco provinciano y que presenta los atributos necesarios para ser rescatada. La oligarquía regional no solamente cultivará sus tradiciones antañonas —y por cierto que Frías lo hace de manera insuperable— sino que precisa elaborar su propia imagen como participante activo en el proceso de la independencia; hacerlo ignorando a Güemes parece absurdo. En la obra que le dedica, le importa subrayar que si «... estudiamos la revolución argentina, veremos que ella fue realizada por la clase elevada y culta de la sociedad, por la masa aristocrática...»; y para que no quepan dudas de qué está hablando, aclara: «... vale decir, por el elemento distinguido por la cuna, por la ilustración, por la educación y la fortuna; por la aristocracia que piensa, por la aristocracia que estudia [...]; porque los hombres que promovieron y dirigieron los acontecimientos surgieron no del populacho ni de la plebe, donde no hay más que vicios...»⁹²

En lo que hace al sistema de valores del poderoso grupo social a que pertenece, Frías no arria las banderas: Güemes debe ser suyo, pero dejando cuidadosamente en claro que no es un mero hijo natural del grupo sino un vástago legítimo, con todos los pergaminos. Enaltecer al héroe deberá ser una manera de autoenaltecer al grupo, de demostrar su relevancia en el logro de la independencia. Frías ve mejor y más lejos que Dámaso de Uriburu y Joaquín Carrillo.

El procedimiento que utiliza Frías para levantar a Güemes hoy puede suscitar sonrisas; probablemente en su tiempo y en su ambiente social y cultural fue la manera de cerrar el paso definitivamente a toda opinión denigratoria. Güemes es emparejado con el doctor Juan Ignacio Gorriti: la empresa acometida por ambos habría sido «... superior, sin duda alguna, a aquellas realizadas por Pelayo en España y por Juana de Arco en Francia...»; ⁹³ empresa pues de fundadores de una nacionalidad, de símbolos prominentísimos de la misma, aventura mítica, simbolización del heroísmo con un algo o mucho de santidad. De los detractores a Frías, por milagro de una escritura de una historia ni desinteresada ni ingenua, el caudillo es despojado de su monstruosidad, sometido al exorcismo de la palabra y transformado en el héroe sublime a la espera de su Homero salteño.⁹⁴

Frías lo reivindica y lo distingue de otros «... famosos jefes de montoneros del sur

⁹¹ Joaquín Carrillo, *Historia Civil de Jujuy, Jujuy, 1877, p. 269.*

⁹² Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, tomo I, Salta, 1902, p. 442.

⁹³ Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. IX.

⁹⁴ Juan Alfonso Carrizo en su *Cancionero popular de Salta, dice no haber encontrado cantar alguno entre el pueblo que mencionara a Güemes: mudéz total.* Cfr. Atilio Cornejo, *Historia de Güemes, edición citada, p. 142.*

[...] porque a diferencia de estos genios diabólicos...», don Juan Martín es no solamente «jefe de gauchos honrados y valerosos», sino también «... el jefe de la clase culta, ilustrada y pudiente; el gobernador de una sociedad distinguida y civilizada». De modo que su mérito es doble, porque en plena revolución logra manejar «los dos elementos antagónicos por naturaleza»,⁹⁵ lo que le permite salvar el orden social «de las masas ignorantes e incultas de los campos» y aprovecharlas para la revolución.⁹⁶

Por supuesto, en la imagen que construye Frías se enfatiza que el caudillo es «hijo de familia», que sus modales son «cultos» y que es en suma «... un aristócrata fino y distinguido en el seno de la aristocracia, un demócrata de maneras francas y de habla chabacana y descuidada entre las masas del pueblo».⁹⁷ Con profusión de detalles quedan descriptas sus ropas, la magnificencia de sus aperos, lo variado y brillante de sus uniformes. Pero bueno, nadie es de fierro y Güemes tampoco lo es: tiene un vicio: ama por demás a las mujeres, es un lúbrico. Pero eso sí, los sentimientos religiosos son en él muy fuertes y es un amante esposo. ¿El héroe tiene una tacha? ¿O el apego a las faldas (o lo que hay debajo de ellas) contribuye a dibujar una figura de buen padri- llo, propia del varón entero que habría sido don Juan Martín?

Es notorio que Lugones le dio el espaldarazo; lo hizo en 1905 en su *La guerra gaucha*, gesta a la que llamó de una de «las grandes resistencias nacionales». Güemes habría sido «... realmente el salvador de la independencia en el norte [...]; uno de los más grandes guerreros de su país».⁹⁸

El arquetipo del caudillo no se realizará en Güemes en toda su perversidad. El doctor Alberto Álvarez Tamayo, autor de *Güemes y Salta en el siglo XVIII*, hará su contribución al ennoblecimiento de la palabra vil: no cabía negar al héroe su cualidad más alta, la de caudillo; pero «... lo fue a la manera santa de aquellos demoletores de tiranías...»⁹⁹ Joaquín Castellanos exalta la «belleza masculina de su alma». Y exige: el concepto de caudillo debe ser superiorizado,¹⁰⁰ ya que en Salta no habría existido el caudillaje «de contextura inferior». Y ya tenemos que la palabra, traída y llevada por el fango, recibe al menos en Salta —y acaso no para todos los oídos— resonancias menos desagradables. Pero ese esfuerzo de algunos escritores lugareños no tendrá andamio nacional: la palabra caudillo aún no ha recibido los óleos de la santidad.

3.2.3. Caudillos

No hubo caudillo del siglo XIX que se saliera con bien de la historia escrita. En la práctica fue distinto. Nadie que hiciera política y repudiara a los caudillos logró prescindir de ellos. Sarmiento, cuando presidente, cortejó a Urquiza luego de haber pedi-

⁹⁵ Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. XX.

⁹⁶ Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo I, p. XXIV.

⁹⁷ Bernardo Frías, *Historia del general Güemes...*, edición citada, tomo 3, p. 532.

⁹⁸ Leopoldo Lugones, «La guerra gaucha», en *Obras en prosa*, Editorial Aguilar, México, 1962, pp. 293 y 294.

⁹⁹ Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, edición citada, p. 165.

¹⁰⁰ Atilio Cornejo, *Historia de Güemes*, edición citada, p. 166.

do para el entrerriano la horca o el exilio. Mitre se entendió con los Taboada de Santiago del Estero, quienes por cierto no disfrutaban de la estima sarmientina. En cuanto al en su momento célebre general Peñaloza, alguna vez cité una carta del general Wenceslao Paunero a Bartolomé Mitre, escrita en Córdoba el 17 de junio de 1862; en ella se lee que Vedoya y Rivas «... han quedado prendados del Chacho, a punto que aseguran que es el único y mejor elemento de orden que allí (La Rioja, L.P.) se presenta. Usted recordará que hace tiempo lo he pensado así».¹⁰¹ En misivas posteriores, el mismo Paunero insiste: Peñaloza «... ha de ser un instrumento útil a la causa nacional en manos de usted».¹⁰² Y siguen testimonios semejantes que reproduzco en mi trabajo sobre Peñaloza. Pero si en el terreno de la lucha política Mitre llega a transigir (y no en el caso del Chacho) cuando el caudillo acepte subordinarse, o servir siquiera coyunturalmente a los intereses de un poder que está pugnando para imponerse como poder nacional incontestable, en orden a la construcción de la imagen Mitre no transigirá. Quiroga será «el flagelo de Dios»,¹⁰³ Ramírez el «genio del mal»¹⁰⁴, Aldao el «fraile apóstata, tirano de la escuela de los Borgia»,¹⁰⁵ Ibarra un «cacique feroz, inmortal como Iván el terrible por sus crímenes».¹⁰⁶ Y en un trabajo juvenil, anterior a sus grandes obras, Mitre atribuye a los caudillos el haber «perseguido la inteligencia».¹⁰⁷ Idea que es retomada por otros, y que *El Nacional* expresa así: los caudillos son los responsables de la «... antipatía de estas masas (populares, L.P.) para con la clase ilustrada...»¹⁰⁸

Ya vimos que el salteño Joaquín Carrillo tacha a Güemes de comunista; también esta veta tendrá sus seguidores. Víctor Mercante, en el prólogo al libro *Su Majestad, el emperador de los Llanos*, de Domingo de la Colina, verá en las andanzas del Chacho la «experiencia maximalista que realizamos»,¹⁰⁹ lo que hace del general Peñaloza un soldado del marxismo-leninismo, o una prefiguración vernácula y provinciana de Vladimir Ilich Lenin. El general Paz es más racional; para él la montonera debe ser explicada por «el estado de nuestra naciente civilización», en que era «... muy fácil a los caudillos sublevar la parte ignorante contra la más ilustrada, a los pobres contra los ricos...» Pero a este motivo —al fin de cuentas demasiado vago— Paz agrega que «... quizá la causa más poderosa, fueron las fuertes prevenciones que había engendrado en el paisanaje la indisciplina y la altanería de las tropas de los primeros ejércitos y las exacciones gravosas a que los sujetaban».¹¹⁰ Y acaso esto pueda tener que ver —algo o mucho— con

¹⁰¹ *Archivo Mitre*, tomo XI, Buenos Aires, editado por La Nación, 1912, p. 111, en León Pomer, «El Chacho», revista La Rosa Blindada, octubre de 1964.

¹⁰² *Archivo Mitre*, tomo XI, edición citada, pp. 115 y 116, en lugar citado.

¹⁰³ Bartolomé Mitre, Galería de celebridades argentinas (*biografías escritas por Mitre, Sarmiento, Juan María Gutiérrez, Mariano Lozano, M.R. García, T.J. Guido, M. Moreno, L. Domínguez y P. Lacasa, sobre personajes de la historia argentina*), Ledouz y Vignal Editores, Buenos Aires, 1957, p. III.

¹⁰⁴ Bartolomé Mitre, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

¹⁰⁵ Bartolomé Mitre, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

¹⁰⁶ Bartolomé Mitre, Galería de celebridades argentinas, edición citada, p. III.

¹⁰⁷ Bartolomé Mitre, «La montonera y la guerra regular», en *Obras completas*, tomo XIII, Edición ordenada por el Honorable Congreso de la Nación, Buenos Aires, 1959, p. 178.

¹⁰⁸ *Diario El Nacional*, artículo «Proyecto de mejoras sociales para la confederación argentina», Buenos Aires, 2 de septiembre de 1853.

¹⁰⁹ Citado en León Pomer, «El Chacho», revista citada.

¹¹⁰ José María Paz, *Memorias póstumas*, Editorial Almanueva, Buenos Aires, 1954, tomo I, pp. 158 y 159.

lo que dice Iriarte en sus *Memorias*: el nombre de porteño era detestado por los gauchos de Güemes.¹¹¹

Respecto del caudillo salteño, Paz le atribuye el haber indisputado la plebe «con la clase más elevada de la ciudad», lo que posteriormente será rechazado por Frías. Al muy letrado general cordobés le repugna la relación sin distancias que Güemes mantiene con sus hombres, su manera de hablar con ellos. Lo que no impide a don Juan Martín mostrarse como lo que es: un hombre de una posición superior exhibida en su vestuario y en los arreos de su cabalgadura. Paz puede entender y señalar los motivos que tiene el «paisanaje» para profesar fidelidad al caudillo. Pero en tanto culto hombre de ciudad le repugnan las maneras, los gestos y las palabras de una relación que reduce las distancias y acaso las diferencias, pero ciertamente no las elimina. Aludiendo a Bernabé Aráoz, dice que asciende al gobierno de Tucumán en medio del escaso interés de «la parte ilustrada»; entre tanto la campaña lo acoge con entusiasmo, y en ella están las gentes que quieren sobreponerse a las personas de la ciudad.¹¹² Una vez más la dicotomía: el caos versus el cosmos.

Pero a propósito de habitantes de la campaña, Frías trae unas parrafadas harto interesantes sobre los gauchos de Güemes, o para ser más precisos, sobre el tipo de relación que ese elemento campesino mantiene con sus amos. Son los pobres del campo —dice Frías—, pobres sometidos «a la protección del poderoso»; y lo son por la posición social que ocupan «... y por su rudimentaria civilización, de origen indígena o mestizo...»¹¹³ Ellos siguen con «carifño» a la «clase pudiente», representada por los grandes propietarios territoriales, quienes a más de queridos son respetados a la manera «... de patriarcas poderosos cuya providencia protectora dispensaba la felicidad de los que vivían a la sombra de su nombre...»¹¹⁴

Dejando la felicidad a un lado, porque no nos consta que los poderosos la dispensaran, lo que aquí importa es la significación que ellos tienen para la vida de los que habitan sus haciendas. Máxime cuando se sabe que en la hacienda señorial se corporifica la influencia de la religión («avasalladora», la llama Frías), «... cuya capilla, muchas veces, se levantaba en un extremo de su propia casa, y cuyas máximas de obediencia, respeto y humildad con que el cristianismo dulcifica la suerte de los pobres y suaviza el rigor de la soberbia, estaban tan copiosamente derramadas en las costumbres y en las ideas...»¹¹⁵ Y por si no fuera suficiente, el señor es también habitualmente el jefe de las milicias locales o regionales y por añadidura el administrador de la justicia.¹¹⁶

Después de enumerar los poderes que concentra en sus manos el señor de la hacienda, ¿alguien podrá dudar sobre lo que significa su figura para la vida de sus dependientes? Y aún cabe agregar: en los hábitos que engendra una relación extraordinariamente asimétrica, ¿no deberán buscarse claves explicativas de la fidelidad de los dependientes hacia el señor?

¹¹¹ *Tomás de Iriarte, Memorias, tomo I, Buenos Aires, 1944, p. 69.*

¹¹² *José María Paz, Memorias..., edición citada, p. 166.*

¹¹³ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 391.*

¹¹⁴ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 391.*

¹¹⁵ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 392.*

¹¹⁶ *Bernardo Frías, obra citada, tomo I, p. 392.*

Frías describe los elementos de una relación que se da con frecuencia en las regiones del continente hispano-luso-indígena de grandes empresas agrarias que emplean trabajo intensivo, no obligatoriamente servil o esclavo. La atadura de por vida a la hacienda señorial genera en el dependiente un complejo de hábitos y sentimientos, entre los cuales no escasea la lealtad que se expresa en el acompañamiento al señor en las empresas que éste emprende, incluso las militares. No es una relación que excluya los conflictos, pero éstos quedan considerablemente subsumidos en un clima relacional en que parece (¡sólo parece!) imperar un sistema de prestaciones recíprocas y equivalentes. Habrá que ver aquí uno de los factores explicativos del caudillismo decimonónico, seguramente no el único, pero sin duda uno a tener en cuenta. En el caudillismo y sobre todo en los acaudillados hay un componente de hostilidad hacia grupos sociales de raigambre urbana, aun cuando vinculados con el campo; en los acaudillados es una hostilidad que dirige sus tiros no siempre al explotador real e inmediato sino a gente que viste diferente, habla diferente, camina y gesticula diferente y vive en un espacio diferente: los presuntos caballeros de la urbe. Gente ésta que por lo demás es menos —o mucho menos— diestra en cabalgar, enlazar y otras artes camperas, y es físicamente menos fuerte. En el imaginario del pueblo rural la virilidad y su expresión en las artes ecuestres, en las destrezas campesinas, son tenidas por atributo supremo y constituyen una manera de autoenaltrecimiento que se contrapone a la degradación que se ve sometido.

El general Paz agrega que los caudillos aprovechan la diferencia-hostilidad, a veces odio fundado, de los grupos campesinos para con determinadas gentes de la ciudad. Y aunque Paz no lo dice, los habitantes de la campaña no carecían de razones para envolver de animadversión a determinados individuos de la urbe por explotadores y chupasangre. De aquí a generalizar podía no haber gran distancia, y al final todo individuo enfundado en una levita y viajero de un carruaje con asientos acolchados acabaría en símbolo de ofensas y humillaciones. Levas forzadas, exacciones de los primeros ejércitos de la patria (y otros no tan primerizos), actitudes de arrogancia despreciativa son factores —y hay más de ellos— a ser tenidos en cuenta cuando se computa la rebeldía campesina, que imagina al caudillo como el líder de los vengadores. Rebeldía que salda cuentas —o así lo cree— cuando se apropia de una vaca marcada con los hierros de un poderoso, o cuando somete a éste a alguna humillación que equivale a invertir los papeles: tratarlo de superior a inferior.

Sarmiento también aporta lo suyo en tratando de explicar los alzamientos montoneros en La Rioja y en particular los del Chacho. Relata que la familia del Moral «... hace medio siglo que viene condenada a perecer víctima del sordo resentimiento de los despojados». ¹¹⁷ ¿Razones? «Para irrigar unos terrenos los abuelos desviaron un arroyo, y dejaron en seco a los indios ya de antiguo sometidos. En tiempos de Quiroga fue esta familia, como la de los Ocampo y los Doria, blanco de las persecuciones de la montonera». Y Sarmiento concluye: «Cómo se explicaría sin estos antecedentes la especial y espontánea parte que en el levantamiento del Chacho tomaron, no sólo los Llanos y los Pueblos de La Rioja, sino los laguneros de Guanacache, los habitantes...» de etc. ¹¹⁸ Sar-

¹¹⁷ Domingo Faustino Sarmiento, *Vida del Chacho*, en *Los caudillos*, Editorial Jackson, Buenos Aires, 1945, p. 83.

¹¹⁸ Domingo Faustino Sarmiento, obra citada, pp. 83 y 84.

miento sabe que «... para remediar esta situación hacen falta capitales y una política». ¹¹⁹ No mucho después de haber escrito esto, en el discurso que pronuncia ante las cámaras cuando asume la presidencia, imputa los «... los movimientos insurreccionales que ponen a cada momento en problema la solidez de las instituciones...», a la «miseria de las clases destituidas», pero igualmente a la barbarie que tiene «su foco en las campañas», y a «la ignorancia». ¹²⁰ A la comprobación del hecho objetivo se suma el estereotipo verbal, la imagen acuñada y sedimentada en la conciencia. Pueblo, barbarie, campañas: una sola significación.

Más allá de las notas esclarecedoras que advertimos aquí y allí (y que por cierto no hemos pretendido agotar) se acabará imponiendo la imagen infamante, que no sería difícil rastrear hasta nuestros días. ¹²¹ Imagen que contribuyen a reforzar aun aquellos que como Ayarragaray, Ingenieros, Juan Agustín García (h), Ernesto Quesada y otros intentan abordar el problema desde una perspectiva sociológica menos prejuiciada. Para Ingenieros «... el caudillismo es el exponente político de la anarquía...», ¹²² y ésta, la anarquía política, producto de la «... falta de organización económica, ausencia de intereses comunes...» ¹²³ La teoría de Ingenieros puede o no ser aceptable, pero es digna de respeto. Entre tanto, mezclada con las tiradas sobre las «campañas ignorantes y bárbaras», la «irrupción del mestizaje rural» y la aceptación parcial de la tesis de Bunge sobre la «pereza colectiva» se acaba por degradar. En Quesada el prejuicio elitista queda expresado con meridiana claridad; los caudillos y «los treinta años de luchas civiles enconadas» acabarán «... por constituir una sociabilidad en la cual ni el saber, ni el abo-lengo, ni la fortuna ejercen influencia alguna, sino la audacia, el empuje del caudillo, los instintos de la plebe urbana o del gauchaje rural...» ¹²⁴ Alberdi atribuye el origen del caudillismo al «... desquicio de los intereses rentísticos y financieros de la nación, por el cual todos sus recursos de poder están concentrados en Buenos Aires, pues hacen

¹¹⁹ Domingo Faustino Sarmiento, obra citada, p. 85.

¹²⁰ Domingo Faustino Sarmiento, en *El Nacional de la Semana*, Buenos Aires, 25 de octubre de 1868.

¹²¹ El 7 de septiembre de 1930, un día después del golpe de Estado del general Uriburu, se lee en un editorial del diario *La Nación*: «Hasta pocas horas de su caída, parecía firmemente asentado sobre la venalidad, la sumisión y el desprecio de la inteligencia». Obviamente alude al gobierno de Hipólito Yrigoyen. El propio día del golpe, Julio A. Roca (h), futuro vicepresidente del general Agustín P. Justo, dirá estas palabras en el *Círculo de Armas*: «... parecían vindicarse del caudillo oscuro que les infirió el agravio de su barbarie». Quienes parecían «vindicarse» eran los «mayores» de Roca, o más concretamente el general Julio Argentino Roca, de destacada actuación militar en la lucha y eliminación de caudillos interioranos. Aquí Yrigoyen aparece asimilado a la estirpe de los Peñaloza, López Jordán, etc., y ungido con la palabra denigrante de «caudillo», a la que agrega «oscuro». En *La Nación* del 7-IX-1930. Para Federico Ibarguren, el entierro de Yrigoyen (6 de julio de 1933) «fue un lúgubre candombe», «una orgía de instintos», una «tropa desatada de primitivos», una «turba sin origen». En *Orígenes del nacionalismo argentino*, Editorial Celcius, Buenos Aires, 1969, pp. 173 y 174. Para el senador Benjamín Villafañe, el triunfo de Yrigoyen en 1916 había sido el «triunfo del extremismo en la República Argentina antes que en Moscú» (dicho en el Senado nacional en 1932), lo que dio por resultado que el país fuera gobernado por «los últimos detritus humanos venidos de las distintas regiones del globo», o sea los inmigrantes. Por eso el 6 de septiembre una «minoría selecta» corrió de la Casa Rosada a los «bajos fondos» que se habían apoderado de ella. Citado por Arturo Frondizi, en *Petróleo y política*, Editorial Raigal, 1954, p. 286.

¹²² José Ingenieros, *Sociología argentina*, edición citada, p. 183.

¹²³ José Ingenieros, *Sociología argentina*, edición citada, p. 183.

¹²⁴ Ernesto Quesada, «La evolución social argentina», *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, Buenos Aires, 1911, p. 18.

de su gobierno un prototipo de caudillo y caudillaje...»¹²⁵ Alberdi, por lo demás, invierte la ecuación sarmientina: la barbarie es engendrada por el centralismo financiero porteño y no por las campañas: los caudillos citadinos son más nefastos que los de chiripá y caballo. El problema es presentado en términos de distribución de rentas; la única razón real y valedera reside en los intereses económicos.¹²⁶ La rapacidad porteña habría impedido la constitución de un poder nacional capaz de imponer el orden en el país entero; los caudillos no habrían sido sino auxiliares de la causa porteña en la tarea de prolongar la desorganización del país. Pero es preciso suprimir a los caudillos: la salvación de la democracia lo requiere. Pero suprimir no equivale en la idea de Alberdi al exterminio sino a crear las condiciones políticas capaces de anularlos, de subordinarlos al poder central que deberá constituirse omnipotente.¹²⁷ En Alberdi hay ideas, de las que nuevamente podrá decirse: discutibles o no, pero ideas. Pero no se podrá pasar por alto que el tono inflamado que las informa —dentro de la habitual sobriedad alberdiana— tiende a arrojar pedradas al tejado de Sarmiento y a la cabeza de Mitre. Pero objeciones aparte, es la suya la propuesta más racional, incluso porque rehuye frecuentemente los lugares comunes de la barbarie, etc. Con Mitre hay una diferencia radical: para éste la anarquía tiene «sus raíces en el pueblo».¹²⁸

3.2.4. Caudillos y hombres de pro

Sin necesidad de extendernos sobre la colaboración que hombres «cultos» y de «distinguido» linaje prestaron a los caudillos, dediquemos a este tema unas pocas líneas. Entre los oficiales de Quiroga encontramos a Paulino Orihuela, poderoso ganadero de Atilas (La Rioja), vinculado con «... las familias fundamentales de los departamentos Rivadavia y Vélez Sársfield (de esa provincia, L.P.) [...]: los Peñaloza, Vera, Gómez, Ocampo, Mendoza, de la Vega, etc.»¹²⁹ Cárcano, en su violenta diatriba contra Quiroga, anota que en Córdoba complotan a su favor y en contra de los Reinafé los Arredondo, «de estirpe virreinal» y Juan Pablo Bulnes, «... emparentado con encumbradas y prestigiosas familias...» Lo mismo Manuel Navarro.¹³⁰ El apellido Rawson en San Juan, Gondra en Santa Fe y los integrantes de la legislatura porteña bajo Rosas también deponen como pruebas. Sin olvidar que en 1833 se publica en Buenos Aires una *Corona lírica* destinada a Alejandro Heredia, de Tucumán, en la que aparecen honrando al caudillo Sixto Terán, Bonifacio Huergo, Luis Pose, Ezequiel Paz, Marcos Paz (futuro vicepresidente de Mitre) y Juan Bautista Alberdi.¹³¹

¹²⁵ Juan Bautista Alberdi, Facundo y su biógrafo, edición citada, p. 281.

¹²⁶ Juan Bautista Alberdi, Facundo y su biógrafo, edición citada, pp. 316, 317 y 320.

¹²⁷ Juan Bautista Alberdi, Belgrano y sus historiadores, edición citada, pp. 134 a 263.

¹²⁸ Bartolomé Mitre, Historia de Belgrano y de la..., edición citada, p. 390.

¹²⁹ Nicandro Vera, Los llanos de La Rioja, Ediciones Biblios, La Rioja, 1955, p. 16.

¹³⁰ Miguel Ángel Cárcano, Juan Facundo Quiroga, Buenos Aires, pp. 86, 87 y 183.

¹³¹ Corona lírica, Buenos Aires, 1833. José Pedro Varela, un destacado uruguayo, dejó escrito: «Los pomposos programas revolucionarios de los caudillos, los decretos firmados por esos caudillos, las leyes puestas en vigencia por dictaduras militares, más o menos disfrazadas, y toda la decoración civilizada con que se cubren entre nosotros, aun los actos oficiales que menos civilización revelan han sido y son aún hoy obra de los que recibieron su espíritu y su ilustración en las bancas universitarias». En La legislación escolar, Montevideo, 1876, pp. 67 y 68.

Conclusiones

Difícilmente ignorable como factor de poder que era preciso combatir o pactar con él, la práctica política de la segunda mitad del siglo XIX (para sólo hablar de ese tiempo) incluye al caudillo como factor nada despreciable, principalísimo en ocasiones. Construir un esquema de poder que se pretendía nacional excluyendo a tamaño componente prenatal de la sociedad argentina era tarea utópica que nadie emprendería. Porque en definitiva, a partir de relaciones sociales prenacionales, de un conjunto heterogéneo de hábitos y representaciones heredados de la colonia habría de comenzar la construcción de la nación. Debía pactarse con el caudillo, subordinarlo siquiera coyunturalmente, utilizarlo, si cabe, para las tareas configuradas por la constitución de un poder central unificado capaz en el corto o mediano plazo de ser más fuerte que las parcialidades. Y si era imposible —o reputado de tal— quedaba el expediente del exterminio. El que no existiera una clase social moderna, suficientemente poderosa y extendida en el espacio interno, capaz de constituirse en rectora del proceso estatal nacional por la mediación de sus representantes debía obligar a conciliar con la realidad, todo lo desagradable que ella fuera. Pero eso, en la práctica política. En orden a la construcción del imaginario social, al caudillo y sus acaudillados les estarían reservadas las imágenes a las que hemos pasado revista. Un Estado cuya tarea mayúscula era nada menos que crear una nación destinada a ocupar un lugar preciso dentro de un sistema mundial no podía admitir confusión alguna de jerarquías, de valores y de normas. Debía ser enérgicamente rechazada la glorificación de quienes queriéndolo o no (y en realidad no lo querían) por la manera de su accionar parecían estar contribuyendo a fabricar la imagen y a crear los hábitos de una sociedad en las antípodas de la que se agitaba en el cerebro de los pensadores-hacedores. Los ideales y modelos institucionales en que concordaban sin discrepancias los teorizadores fundamentales del Estado y la nación propugnaban la democracia representativa configurada por el cuerpo político de la minoría dominante; nada que oliera a una democracia más abarcadora, y eventualmente directa podía ser aceptable. En el sistema político en construcción la «soberanía popular», aun cuando extraordinariamente restringida, debía estar representada y mediatizada por un conjunto de individuos en aptitud de filtrar la «voluntad popular» de impurezas incompatibles con el juego de la democracia censitaria.

Pero tornando nuevamente la mirada hacia los caudillos será preciso puntualizar que en sus huestes jamás existió democracia alguna, ni directa ni indirecta. Y aun deberá reconocerse que en algunos casos será dable observar una serie de mediaciones entre el jefe supremo y el pueblo bajo: los caudillejos menores, los jefezuelos de aldea. Pero es claro que no estaremos en presencia de un sistema institucionalizado por ley o código alguno, excepto los códigos y las leyes estructurados por relaciones prenacionales. Entre tanto, no será otra cosa que una visión fantasmal la que asaltarán a los «civilizados»: la tal «democracia bárbara» no era ni una cosa ni la otra. Por lo demás un razonamiento de sentido común no podía estar ausente de las preocupaciones de quienes tenían bienes que defender: eran necesarias garantías para esos bienes. Ayarragaray en su momento lo expresó así: «Los trastornos cada día más profundos concluyeron por suscitar un sentimiento difuso de conservación, arraigado principalmente en la clase laboriosa,

la cual, con el refinamiento de las costumbres y los recursos acumulados, aspira a gozar el fruto de sus afanes. Es cierto que esas aspiraciones eran reducidas; ellas no reclamaban libertades políticas dignas de una democracia, sino las garantías rudimentarias, casi policiales, que ampararan sus intereses y sus vidas».¹³²

El caudillismo, al mismo tiempo, es la contrafigura del grupo social que por ensamble intelectual con el mundo europeo occidental emprende la tarea de constituir el Estado y crear la nación con arreglo a imágenes que si no transferidas a la realidad como hechos, instituciones y conductas, constituyen el modelo incontrovertible, a instituir y perfeccionar. En ese modelo no tienen cabida poderes locales y regionales que no se subordinen rigurosamente al poder central, ni grupos populares que extralimiten los papeles a ellos asignados. Difícilmente nadie haya entendido todo esto mejor que Mitre.

Tampoco tendrán cabida —en la teoría al menos— los gestos, las acciones y las relaciones tenidas como inherentes a la barbarie. Y si en la práctica será preciso conciliar con todo esto, aceptarlo y utilizarlo, siempre en el hombre «culto» de la ciudad se asomará un rictus de desprecio que tendrá su correlativo en la superexplotación de las masas, y que operará a modo de calmante de conciencias que no deberán inquietarse por el hecho de inferir agravios a quienes no merecían nada más que eso.

León Pomer

¹³² Lucas Ayarragaray, «La anarquía argentina y el caudillismo», en José Ingenieros, *Sociología argentina*, edición citada, p. 178.

Sarmiento y la biografía de la barbarie

Se llama enseguida al rastreador que ve el rastro, y lo nuestro sigue sin mirar sino de tarde en tarde el suelo, como si sus ojos vieran de relieve esta pisada que para otro es imperceptible.

D.F. Sarmiento

Contra la peste que es mezcla, la disciplina hace valer su poder que es análisis.

M. Foucault

Una investigación

Desde el exterior, Sarmiento ejerce el oficio de escribir para proponer un modelo cultural que sea el sustrato de la comunidad política. Examinando distintas culturas, trenza conexiones y diferencias, transita geografías, relaciona esferas, interpreta historias y zurce, finalmente, los retazos. Así, da origen a un modelo configurado en torno a la suma de los elementos significativos encontrados.

Cada texto diseña uno o varios pedazos de un mundo en que se perfila la identidad nacional. Cada texto interroga, de alguna manera, esta problemática que se plantea bajo la forma de un enigma: ¿cómo y dónde descubrir las pistas que conduzcan a construir la identidad?

El objetivo orienta el desenvolvimiento de una escritura que funciona como máquina de desciframiento. La escritura se aboca sin cesar a detectar las huellas dispersas, las conecta en su espacio y repone las carencias que presenta una realidad concebida como caos. En resumen, hace legibles los detalles en que reparan unos pocos: ordena, interpreta y llena baches de información.

La identidad nacional se delinea en el camino gradual hacia ese modelo cultural futuro. Para llegar a él, se torna imprescindible superar etapas o, lo que es lo mismo, eliminar el orden de los particulares que caracterizan al contrario. De esto se ocupan las biografías de caudillos: *Facundo o civilización y barbarie*, *El general fray Félix Aldao* y *El Chacho. Último caudillo de la montonera de los Llanos*. La identidad de la barbarie se reduce a dimensiones antropológicas: en ella el sujeto es un aleph cuya focalización revela todos los ámbitos de la realidad.

El género pone en escena cómo se construye la identidad del otro en las relaciones entre lo individual y ciertas instancias colectivas. Los sujetos que optan por la aceptación o el rechazo de la legalidad institucional eligen en el mismo acto su devenir como miembros de una comunidad.

Pero para despejar el enigma de la identidad es preciso partir de una serie de oposiciones binarias —los textos enfrentan razón y sinrazón, ley positiva a ley consuetudinaria, pensamiento a cuerpo y corrección lingüística a adulteración del lenguaje— que, en rigor, confeccionan un sistema de juicios morales y señalan el origen de las divisiones. Sin embargo, las dicotomías afectan sólo a las acciones o características subjetivas que involucra consecuencias políticas: hay, en efecto, otros espacios «liberados» donde proliferan las variaciones y las contradicciones.

El relato de una vida coincide con el relevamiento histórico de un período y la degradación individual contiene la decadencia de formas sociales anacrónicas. La biografía narra la historia nacional actualizando permanentemente el recurso de la sinécdoque: Quiroga, Aldao y Peñaloza anudan las épocas de apogeo y declinación de las montoneras. Si la biografía literaturiza en el individuo la categoría de la barbarie, la autobiografía lleva primer plano a un sujeto ejemplar que sintetiza la categoría de la civilización.

Desde la autobiografía puede leerse la producción íntegra de Sarmiento. Uno atrapa la posición del enunciador no bien se apela al punto de vista descentrado. Concretando: cuando Sarmiento escribe las biografías, su posición, de una manera u otra, es la de un excluido del sistema sea ya por el endurecimiento del régimen federal ya por el creciente desentendimiento con Mitre. (Ciertos datos permiten fechar la escritura de *El Chacho* hacia 1865, fecha en que se desempeñaba como ministro en Estados Unidos.)¹

Así, la relación conflictiva entre sujetos e instituciones que Sarmiento coloca del lado del mundo del otro remite también a la relación personal; respecto de las instituciones el exiliado es siempre un marginal. Se trata, en última instancia, de una defensa. Ponerse a resguardo de las acusaciones federales o clarificar su intervención en la muerte del caudillo riojano. En cualquier caso, el exiliado es el ilegal para los otros. La biografía de la barbarie cuestiona el sistema del otro —lengua, cultura, costumbres, leyes, formas políticas— para convertir la legalidad que pertenece al otro en ilegalidad.

El narrador detalla las carencias de las que adolece el mundo opuesto pero el exiliado es también un ser carente. En el presente no tiene suelo, ni historia y, a menudo, tampoco tiene lengua. Porque hay un hueco fundamental, escribir realiza el deseo de suprimir o corregir el presente, de restablecer las presencias de la patria lejana.

Si al exiliado le falta la patria, el otro carece de razón. El par razón-sinrazón se multiplica y extiende tramando una red de homologías destinadas a cambiar el *estatuto jurídico* del otro. Las cuestiones políticas se deslizan hacia el plano de la ética. El atributo *bárbaro* se prolonga, se ramifica en una cantidad de conceptos análogos: anormal, violento, confuso, desobediente, bajo, irracional, inútil, fanático, anárquico, individualista, primitivo y *malo*.

La homología juega un papel de nivelación y confusión de planos, mezcla valores disímiles y preserva veladamente la función combativa de la escritura. Penetra por entero en la sociedad, poniendo en contacto lo privado con lo público, y además le ofrece al

¹ En carta del 6 de agosto de 1865 a Aurelia Vélez, Sarmiento dice que piensa agregar un «complemento» al *Facundo* en el que aclararía su intervención en la guerra contra las montoneras. En otra carta del 7 de marzo de 1866 a Mary Mann, Sarmiento le comunica que ha terminado la vida del *Chacho*.

narrador su coartada: la biografía de la barbarie se presenta como la investigación y reconstrucción de un *crimen*.

El momento del acto delictivo se encuentra en la deserción o en la desobediencia a ciertas instituciones. Se sabe: la transgresión a las normas institucionales convierte en marginales a los individuos. El ilegal no sólo se coloca fuera de la sociedad; porta también el estigma de la criminalidad. Entonces, el verdadero excluido, que es el exiliado, arroja el anatema a los adversarios, con lo cual pasa de «reo» a «juez», de «imputado» a «juzgador».

En su afán por imponer una óptica moral, la biografía realiza una investigación pormenorizada de la zona enemiga: deslinda jurisdicciones; marca límites entre componentes redimibles y condenables; separa y califica las acciones; individualiza y jerarquiza a los sujetos.

Toda biografía pone en marcha una investigación. El seguimiento detallado de las etapas de una vida se orienta a la dilucidación final, instante en que los fragmentos se unen para completar el sentido. Para Sarmiento, las pistas están diseminadas en los dos elementos que definen la barbarie: el cuerpo y la lengua.

La interpretación del cuerpo y del lenguaje desvanece, por un lado, el misterio que es la característica del otro. Pero, por otro lado, la coartada refuerza sus alcances en la medida en que echar luz sobre el enigma permite restituir el orden perturbado decidiendo la forma del distinto por defecto o por exceso: a la falta de racionalidad se suma un excedente pasional. La actividad interpretativa arranca al otro su cultura. El despojo distorsiona los valores originales de la cultura diferente; el distinto asume así el modo de lo deforme al tiempo que la cultura propia exhibe una conformación adecuada.

El seguimiento de las pistas que guían al narrador hasta el acto criminal muestran la enormidad del delito. En la versión sarmientina, el crimen resulta doblemente monstruoso porque en lugar de un cadáver y un móvil tendremos el cuerpo social asesinado y la gratuidad del acto, lo que lo vuelve aún más irracional.

Sarmiento se convierte en Calíbar. La figura del rastreador tiene mucho de detective. El pasaje de *Facundo* en que aparece el personaje ofrece el microrrelato que expandirán las biografías. Aunque imperceptibles, las huellas permiten al ojo avisado reconstruir la historia entera. El perseguido es siempre un reo y el perseguidor, un justiciero que trata de llegar al origen del delito.

Cada relato se genera a partir de un enigma descubierto a priori. La investigación no se desarrolla linealmente: por el contrario, gira en círculo puesto que las pistas conducen a la revelación de algo ya conocido: el caudillo es el criminal.

La investigación avanza en una dirección única. Si la premisa del actamamiento a las instituciones preexiste, la biografía de la barbarie desplegará una serie de cláusulas de legitimación o ilegitimidad que pondrán en evidencia cuáles son los instrumentos aptos para someter al enemigo.

En Sarmiento el plano de la fundamentación abstracta se cruza permanentemente con un trabajo concreto que ejemplifica las bases teóricas. La biografía se apoya en una concepción del mundo que opera con pares binarios: orden versus caos. Esta concepción ancla en un centro que examina las relaciones jurídicas entre las instituciones y

los sujetos. La única manera de minar el dominio de las leyes del otro y reivindicar la legalidad propia es negar los fundamentos de esas leyes. La legalidad del poder proviene del mandato del pueblo o de un mandato moral que revierte en reclamo o apelación al derecho natural. Este no deriva de la voluntad de la mayoría, sino de una instancia superior. Sin necesidad de acudir a la ratificación de la comunidad, Sarmiento demostrará en la biografía que tiene a su favor el derecho y las leyes naturales, es decir, la razón.

Desde su lugar marginal, acusará a los adversarios de apartarse de estas leyes escritas en la naturaleza. La infracción a un orden determinado se iguala con el delito de subversión social; conlleva un ataque a la sociedad entera. Los textos manifiestan la ilegalidad del sistema del otro transformando a los *enemigos políticos* en *delincuentes* al tiempo que recalcan la legalidad de una postura enunciativa que se basa en principios inmutables.

Sarmiento cumplió al pie de la letra la orden del gobierno nacional que le pedía quitar el carácter de guerra civil al accionar de las montoneras². En la realidad, la tarea la culminó con la ejecución brutal de Peñaloza degradado de su rango y ajusticiado como un bandido. En la literatura, amplió esa imagen al convertir la historia de ciertas formas socio-políticas en la historia de un sistema delictivo.

La biografía aplica una lógica sintética que descubre en el sujeto una cantidad de categorías (políticas, sociales, económicas, jurídicas, psicológicas, históricas y morales). Su eficacia consiste en puntualizar que de ellas, la única redimible es el rasgo caracterológico de la violencia.

La barbarie es un cuerpo guerrero y un lenguaje confuso. Pero si algunos cuerpos pueden ser neutralizados y, por consiguiente, incorporados al campo propio, otros deben ser eliminados y el lenguaje del otro, sin excepción, rectificado y aniquilado.

Si nos detenemos en lo mínimo, en lo que está aludido, elidido o dicho al pasar daremos cuenta de una constante en la producción sarmientina: el espacio textual está en relación inversa a la importancia otorgada a un elemento específico. En la biografía las reflexiones acerca del lenguaje del oponente son relativamente breves.

La brevedad está acompañada por la descalificación. Creo que la impugnación del lenguaje enemigo proviene del hecho de que ese lenguaje retorna y duplica los universales expresados por la lengua propia. Porque ambos discursos resultan paralelos e idénticos, es posible leer en las acusaciones mutuas una lucha por el dominio de los universales.

La autonomía política y la unidad lingüística tienden a nivelar los poderes en pugna. Por eso, contra la autonomía y la unidad que amenazan con instaurar la igualdad de los términos antagónicos, la biografía de la barbarie levantará la subordinación, la división y las diferencias.

² Mitre fraguó la política a seguir contra Peñaloza. En sus instrucciones a Sarmiento —abril de 1863— dice «[...] declarando ladrones a los montoneros sin hacerles el honor de considerarlos como partidarios políticos ni elevar sus depredaciones al rango de reacción, lo que hay que hacer es muy sencillo [...]». Transcrito por F. Chávez, Vida del Chacho, *Theoria*, «Tierra en armas», Buenos Aires, 1967, pp. 72-73.

«¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte, para que sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas, te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo!»³. El objetivo primario de desentrañar la historia nacional se alarga en otras historias. Los tres textos confeccionan un sistema correctivo que usa como soportes a las instituciones y a la lengua para rectificar el cuerpo y la lengua del otro. Los tres reconstruyen una historia de transgresiones; la investigación permite revelar el origen de las desviaciones y enderezarlas.

Creo que todas estas pequeñas historias son, finalmente, variantes de una historia mayor que recorre la producción de Sarmiento. Me refiero a la historia de un orden cuya función es situar y sitiar al adversario.

Subordinación de las instituciones

El acto de transgresión precipita al sujeto en la carrera criminal. Facundo deserta del regimiento de Arribeños; Aldao se separa del Ejército de los Andes; el Chacho se alza contra el gobierno nacional. Aunque Sarmiento se muestra siempre preocupado por establecer las causas, las esquivo en esta ocasión. Si para Aldao la causa es exterior —el ejército se disuelve dejando «huérfano» al personaje— y Facundo se desgaja movido por su idiosincrasia rebelde, la desobediencia del Chacho queda sin justificación: «[...] por motivos y con objetos que él mismo no sabría explicarse, se lanzó sobre Tucumán [...]»⁴.

Sarmiento reflota en la biografía el viejo conflicto político de la *autonomía* y de la *dependencia*; se revela partidario de un unitarismo a ultranza; el caudillo debe subordinarse o desaparecer. Inversamente a su contemporáneo Alberdi que preconiza el cambio de las costumbres como paso previo y necesario al cambio institucional, Sarmiento enfatiza la efectividad de una autoridad coercitiva que imponga la ley desde arriba y desde afuera.

¿Cuál es la opción discursiva para resolver el problema político? Primero, poner en el enemigo todo lo que se considera irracional. Luego, explicar las vías de canalización de las energías del otro para que resulten aprovechables. La biografía maneja un concepto de uso de la fuerza útil del adversario: postula que lo irracional no es bueno o malo en sí mismo; existe, más bien como dato empírico. Pero —he aquí el tercer paso— la descalificación moral surge no bien hay una elección política. El juicio moral negativo deriva directamente de esta opción. El momento de deserción respecto del sistema propio parte en dos a la vida y al relato.

La noción de uso rige también en la postura del enunciador en la medida en que utiliza argumentos éticos para discutir problemas políticos. A la imagen del narrador-rastreador se agrega la del narrador-juez. Pero un juez sumamente parcial puesto que el mismo acto arrastra el elogio para unos y la denostación para otros. No es cuestión de objetividad sino de posición subjetiva: matar *dentro* o *fuera* de las instituciones.

³ D.F. Sarmiento, Facundo o civilización y barbarie, *Sopena, Buenos Aires, 1960, p. 5.*

⁴ D.F. Sarmiento, El Chacho. Último caudillo de la montonera de Los Llanos, O. C., t. VII, Edit. Luz del Día, Buenos Aires, 1949, p. 308.

Las instituciones fiscalizan las fuerzas individuales. El gaucho es educado dentro de los límites institucionales; dentro de ese marco es posible una línea evolutiva. Dicho de otro modo, la única vía de progreso para el sujeto gaucho reside en el acatamiento.

La educación de los niños y la educación de los gauchos se sustentan en el mismo principio de *obediencia ciega*. Su instrumentación permite anular las fuerzas improductivas y aprovechar las fuerzas útiles.

La utilidad nace del acuerdo con las normas institucionales. Por eso la biografía sigue paso a paso los usos que hacen los caudillos de esas fuerzas. Lejos de homogeneizar, dictamina en cada momento qué es útil o inútil. La utilidad política de los atributos del otro los moraliza mientras que reserva un carácter negativo para las mismas propiedades que caen fuera de la jurisdicción institucional.

El narrador que recorre las huellas —el cuerpo del delito— ve en ellas el plan del contrario. Controla no sólo sus movimientos; estudia también sus intenciones ocultas y la posible o imposible evolución del sujeto biográfico.

El sujeto gaucho adquiere legalidad olvidando su identidad, adoptando una cultura prestada. Para obtener la ley es necesario dejar de pertenecer a un mundo, salirse de un orden para penetrar en otro. Las instituciones juegan el papel de mediadoras. La constitución de la identidad respecto de una instancia exterior reaparece en *Recuerdos de provincia* pero con sentido contrario: la afirmación de la identidad se consolida en la lucha contra ciertas estructuras despersonalizantes (iglesia, gobierno).

La biografía despliega las condiciones de ingreso en el mundo ajeno; presupone la *subordinación* total a las leyes que dominan en este mundo. El principio de subordinación constriñe a cada componente del mundo textual: lengua, cuerpos, instituciones.

Sarmiento otorga a los caudillos algunas virtudes y un sinfín de bajezas; pero los rasgos positivos —coraje, don de mando, liderazgo natural— se oscurecen en el instante de la transgresión. Este exceso anómalo que interrumpe y perturba el orden de las cosas puede ser encauzado por dos instituciones: *ejército y familia*. Una institución pública y otra privada para vigilar la vida entera del caudillo: «Facundo, moralizado por la disciplina y ennoblecido por la sublimidad del objeto de lucha, habría vuelto un día del Perú, Chile o Bolivia, uno de los generales de la República Argentina, como tantos otros valientes gauchos que principiaron su carrera desde el humilde puesto de soldado»⁵.

El ejército para Facundo; el ejército y la familia para dominar a Aldao. Ambos contienen en su sistema disciplinario la posibilidad de que el «gaucho valiente» sofoque al caudillo. El instrumento de readaptación serán las tácticas disciplinarias ejercidas sobre el cuerpo. Pero Sarmiento irá más lejos: si compete a determinadas instituciones ceñir las fronteras de las acciones, otras se ocuparán de lo verbal; la lengua propia institucionalizada precisará el lugar secundario del lenguaje enemigo.

El interés que muestran los regímenes políticos por la familia —aún cuando postulen modelos distintos— revela el rol que se le da como dispositivo neutralizador de gérmenes de rebelión.

⁵ Facundo, p. 79.

Como institución, la familia se configura en el punto de cruce de las relaciones entre la esfera privada y la esfera pública. En su centro los valores internos se compatibilizan con las normas sociales externas. Una incorporación adecuada de las exigencias sociales a los valores propios desvanece la heterogeneidad que afecta a las normas que provienen de afuera. La familia refuncionaliza las imposiciones sociales transformándolas. Resulta así un espacio donde se condensan la totalidad de las relaciones entre el Estado y la sociedad.

Sarmiento insiste a menudo en la correlación existente entre la organización doméstica y la organización del país: «La sociedad ha desaparecido completamente; queda sólo la familia feudal aislada, reconcentrada; y no habiendo sociedad reunida, toda clase de gobierno se hace imposible; la municipalidad no existe, la policía no puede ejercerse y la justicia civil no tiene medios de alcanzar a los delincuentes»⁶.

El aparato político sabe que lo que sirve para el desarrollo de la sociedad puede aprovecharse en beneficio del aumento del poder estatal. Por esta razón, la familia aparece siempre, a pesar de los cambios y las variables históricas, como el lugar de emergencia de nuevas técnicas de regulación. La mirada atenta de cada uno de los miembros sobre los restantes establece un régimen de normalización que se autorregula y que dispone la rápida intervención allí donde exista la posibilidad de cualquier desvío.

En esta línea, la misión primera de la familia resulta ser la educación de individuos «morales» y «honorables». Esta tarea es concomitante con la otra que le encarga solapadamente el Estado: el individuo moralizado es además —o ante todo— un individuo normalizado, un sujeto útil para la sociedad. Así en el seno de la familia los principios socializantes se sobreimprimen a determinados imperativos económicos y políticos. El sujeto adaptado o integrado es aquel que renuncia a los deseos de autonomía en favor del acatamiento a un orden que lo precede y que preexiste.

En la medida en que las instituciones se tornan factores moralizadores, Sarmiento les otorga la capacidad de reformular su misión dentro del orden social. Claro está que su carácter eminentemente ético anula cualquier riesgo político.

El narrador consigna el pasado y el presente familiar de los caudillos. El común denominador se registra en la insubordinación a la autoridad paterna: Facundo golpea a su padre; Rosas crece apartado del afecto doméstico porque su padre lo destierra; Aldao es destinado a la vida sacerdotal desde temprano para enderezar sus inclinaciones torcidas. La actitud rebelde respecto de los padres se prolonga en acciones violentas hacia la mujer y los hijos, aunque a veces, los esposos irascibles se convierten en padres solícitos.

Sarmiento describe una genealogía de las relaciones de parentesco en la que puntualiza la ruptura de un linaje; en otras palabras, la deserción de la institución familiar; Quiroga y Aldao proceden de familias «decentes» —una acaudalada, la otra pobre. Estos dos caudillos rechazan los bienes simbólicos transmitidos por la institución; al desconocer lazos naturales ratifican su esencia subversiva.

⁶ Op. cit., p. 34.

Rosas se inscribe en la tradición familiar acrecentando los bienes simbólicos recibidos. Su familia prefigura y determina las características atribuidas a don Juan Manuel. El texto satura al personaje, lo atraviesa con el legado español haciéndolo el producto más acabado de esa tradición (la rigidez materna se corrompe en crueldad en Rosas y obtiene en Manuelita un instrumento eficaz de delación).

La biografía del Chacho presenta a un desclasado, sin origen, sin linaje, sirviente de un cura e iletrado.⁷ Peñaloza carece de los bienes positivos que transmite la familia —nombre, clase, cultura—; la versión sarmientina lo dota de otro «padre» que le da por herencia el bien simbólico negativo de la religión.

Señas particulares de Peñaloza: individuo sin campo social de pertenencia. Basta recorrer las páginas de la biografía para comprobar que su situación en el interior de la sociedad está invalidada por la práctica del bandolerismo, práctica que coloca a los sujetos que la ejercen en la posición de enemigos públicos. El texto escamotea todo dato que informe sobre el lugar peculiar de un caudillo que peleó con los unitarios contra Rosas y que, como general de la República, desempeñó numerosas misiones pacificadoras como mediador del gobierno nacional.

La familia que presenta Sarmiento contiene un núcleo despolitizado y opera como dispositivo despolitizante. Por eso Victoria Romero, la compañera de Peñaloza que lo seguía en las batallas y empuñaba la lanza como un llanista más, aparece aludida fugazmente: «Mostraba más inteligencia y carácter que él».⁸ La mujer oficia de puente entre los dos opuestos. En rigor, su verdadera tarea consiste en lograr la retracción de la vida pública: al integrar al rebelde al ámbito privado, la mujer se convierte en el mejor vigía del orden establecido.

Este tipo más sutil de represión opera sobre los sentimientos convirtiendo la política en algo doméstico: encerrar en las paredes del hogar lo que emerge como peligroso porque nó es dominable. Siendo originalmente la mínima organización política, la familia diagrama un espacio neutro. La autoridad afectiva que emana de la institución traza las líneas apropiadas para resolver el conflicto político concreto. Asegura la conservación de un orden desligándose de toda acción política y enfatizando la misión de integración social.

Los componentes de la familia activan el traspaso de la autoridad feudal del caudillo de la esfera pública a la esfera privada. (Facundo es el «padre de los peones», el Chacho cobija en sus tierras a los perseguidos por la otra justicia.) La institución actúa como brazo de la intervención exterior: el objetivo de desarmar las amenazas montoneras se muta en un problema afectivo al pasar al interior de la familia. Así, funciona a la manera de una escuela en miniatura: educa reemplazando la rigidez de la ley por las caricias de los parientes.

⁷ En la Vida de «El Chacho» que se publicó en el diario *El Argentino de Paraná* durante noviembre de 1863, Hernández rastrea el origen del caudillo. «Peñaloza no fue jamás un hombre oscuro. Perteneció a una de las más antiguas, como de las más notables familias de La Rioja, y la que ha contado y cuenta entre los suyos personas muy respetables». Texto recogido por A. Pagés Larraya, *Prosas del Martín Fierro*, Edit. Raigal, Buenos Aires, 1952, pp. 151-183. Chávez incluye en su libro un trabajo de César Reyes que detalla la genealogía de Peñaloza.

⁸ El Chacho, p. 289.



El baile del «cielito» (dibujo anónimo del XIX)

Instrumento eficaz del poder externo, la familia despliega una serie de estrategias para demoler la resistencia y el poder paralelo del caudillo: demuestra cómo cortar de cuajo la vida nómada del gaucho sin que medie alguna instancia de represión descubierta. En síntesis, sirve al doble fin de sacar de la escena política un factor de poder y sustituir el espacio de la autonomía política por el de la autonomía doméstica: «El juez es naturalmente algún famoso de tiempo atrás a quien la edad y la familia han llamado a la vida ordenada».⁹

Las instituciones influyen de manera decisiva en el proceso social mediante la utilización de un conjunto de contenidos que se transmiten de generación en generación. La operación de selección de algunos contenidos que son calificados de «tradiciones auténticas» deja afuera otros que no convienen a ciertos intereses específicos; su enseñanza tiende a la socialización que es un modo particular de incorporación.

Al privilegiar determinadas tradiciones en detrimento de otras, las instituciones dan coherencia a una versión del pasado en la que entrevén principios rectores del presente así como líneas de continuidad para el futuro. En manos de las instituciones que las difunden esta reserva social conecta pasado, presente y futuro.

En la biografía de la barbarie el ejército es depositario de las tradiciones de Mayo. Sarmiento le otorga dos funciones claves: difusor ideológico y centro viviente de los postulados revolucionarios y unificador político. A falta de autoridades nacionales constituidas, ese valor está puesto en la institución. El ejército que emerge primero como grupo de referencia, instancia social a la que adhieren los individuos voluntariamente, conforma también un factor de presión que actúa sobre el enemigo quitándole las iniciativas.

Hay en el género una increíble supervivencia de la historia de la patria preservada por la institución. El ejército resguarda los intereses colectivos y es el brazo armado de los ideales de Mayo. Cuando Sarmiento opone al ejército nacional los ejércitos provinciales atará el nudo cuestionador en torno al accionar por motivos particulares. La operación precipita al otro en la ilegalidad puesto que la legalidad arraiga en la preocupación por la colectividad. Los textos insisten: los caudillos hacen su propia revolución movidos por un espíritu anárquico.

Si confrontamos las palabras tendremos, por lo menos, el centro del debate, la lucha por apropiarse y reclamar para sí las tradiciones de Mayo. Basta recorrer las páginas escritas por algunos jefes provinciales para comprobar que los ideales eran compartidos por ambos bandos; basta escuchar la voz de Peñaloza para interiorizarse en la contienda ideológica: «[...] la sangre argentina debe economizarse, como los frutos de una paz verdadera y benéfica para todos; lleváis la enseña de la ley, del venerado Código de Mayo».¹⁰ Basta leer la fórmula con la que los gobernadores federales encabezaban la

⁹ Facundo, p. 57.

¹⁰ Citado por D. de la Vega Díaz, Mitre y el Chacho, *La Rioja*, 1939.

correspondencia oficial para concluir que los caudillos se consideraban en una línea de continuidad respecto de 1810.¹¹

En esta pugna por las tradiciones, la biografía es el género que consigna las tradiciones rechazadas mientras que la autobiografía recoge las tradiciones aceptadas.

Pero esta fetichización del ejército conduce a una militarización total de la escritura. El código militar es una fuerza de irradiación que regula cada fragmento del mundo textual. Las normas institucionales derivan en una lógica de subordinación que rige las relaciones sintácticas y semánticas de los relatos.

Bajo los juicios morales harto evidentes actúa esta lógica militar. En ella se atrinchera el manifiesto programático de: un tipo específico de inserción social, una organización política fundada en el sometimiento, un uso de las fuerzas productivas, la adopción de un pensamiento oficial, una versión de la historia y de la cultura, en fin un modo de producción de bienes materiales y simbólicos.

La normalización militar de la nación: ésta es la consigna que despliega la biografía. Pensemos en esos cuerpos corajudos que deben ser dominados y en ese lenguaje al que hay que aniquilar; ¿acaso no están metaforizando el grito de «subordinación y valor para servir a la patria»?

Sarmiento reforzó el retrato verbal del otro con el retrato fotográfico. Después de la batalla de Caucete, el gobernador hace fotografiar a las fuerzas chachistas; la imagen insiste en la versión que ha presentado. Documento para exportación, el sentido que diseña la imagen reduplica el mensaje verbal: sucios, mal vestidos y peor armados la fotografía dice que esos *no* son soldados. Si la vestimenta «traduce» los valores de una cultura, los que Sarmiento les da coincide con los harapos que cubren los cuerpos gauchos.

La imagen transportable asegura el adelgazamiento de las fronteras lingüísticas. La composición hecha para el mundo europeo transparenta el mensaje que se quiere transmitir: la homologación de las montoneras con la categoría de barbarie. La imagen es una síntesis que desborda significados; no es símbolo sino la presencia misma, la reproducción del concepto.

Hay un uso social que se agrega al objeto plasmado en la imagen. La fotografía recorta, reduce la totalidad humana a la apariencia exterior. El objeto seleccionado hace visible formaciones sociales anacrónicas que aún subsisten. En los puntos de intersección entre el pasado que se niega a desaparecer y el presente —ejército ataviado a la europea— surge el gesto que invalida las tradiciones montoneras.

Sarmiento presenta una tradición deformada, jibarizada a nivel de la vestimenta. El ejército nacional toma a cargo la segunda versión de la tradición guerrera. En estos cuerpos bien provistos encarna el mito del coraje gaucho: el cuerpo expuesto a las heridas es tema para la apología. No obstante hay en este ejército una ausencia: los cuerpos eclipsan el pensamiento. El ideal es un ejército de cuerpos que luchan dirigidos en sus fines por cabezas que piensan.

¹¹ La fórmula que encabezaba la correspondencia señalaba tres hitos históricos: «La Rioja, junio de 1848. Año 39 de la Libertad, 33 de la Independencia y 19 de la Confederación Argentina». Carta de Bustos al gobernador de San Juan, citada por Chávez, op. cit., p. 238.

La relación del cuerpo y del lenguaje del otro con las instituciones cabe en un esquema que tiende a despejar cualquier ambigüedad:

INSTITUCIONES

Esfera del otro		Esfera propia
cuerpo	lenguaje	pensamiento
descalificación-apología	descalificación-apología	apología
LEY DEL OTRO	LEY ESCRITA-DOCUMENTOS (constitución) (propios) (ajenos)	LEY NATURAL-RAZÓN

La cárcel del cuerpo

Hay en la biografía un interjuego de leyes que, recalando en el cuerpo o en el intelecto, ejemplifican los comportamientos sociales que definen la órbita de cada contendiente.

La ley consuetudinaria es para Sarmiento una ley bárbara. Sus acciones se cifran en la violencia practicada sobre el cuerpo propio o ajeno. Es la ley que impera en los hechos de sangre, en el juego, en el trato brutal con las mujeres y en las borracheras.

Oponiéndose a esta ley, existe la que emana de las instituciones. Identificada con la razón, provee el instrumento primero para la consolidación de un orden. Sin embargo, en el Chacho, Sarmiento introduce una diferencia axial en el concepto desde el momento en que la ley escrita, la constitución, no coincide con la razón. El viraje que convierte la constitución en letra muerta, sirve simultáneamente de estrategia de ataque contra el enemigo coyuntural, Mitre. Frente a una teorización desgajada de la realidad, el narrador esgrime un argumento que libera a su gobierno de toda culpa, que justifica la ejecución del caudillo: la racionalidad se asienta en el imperativo de un orden social que se fusiona aquí con el orden de la naturaleza.

En la escala de valores que pergeñan los relatos, el lugar supremo corresponde a la razón. Ese lugar subordina e indica cuáles son los lugares que competen a los demás integrantes del mundo textual.

Así sólo al cuerpo sometido a la razón se le denomina heroico. El atributo se gana por la relación de dependencia que mantiene el objeto respecto de su fundamento. Aun cuando el narrador hable del coraje físico que prevalece en la esfera del otro, el valor superlativo se encuentra siempre angostado por una sintaxis que alterna lo positivo con lo negativo. La contigüidad conmociona la apología mediante un elemento perteneciente al campo enemigo o al propio que nivela y relativiza. Los ejemplos se multiplican: el arrojo de Aldao en la lucha contra los españoles está atenuado por un comentario que conjetura intenciones oscuras del caudillo hacia su jefe; al cuerpo esquivo de Aldao que se fuga de la batalla opone la actitud valiente de Benavídez. En *Fa-*

cundo el programa racional atempera la heroicidad casi mítica del personaje; los gestos de generosidad de Quiroga hacen contrapeso a sus actos cruentos.

El género propone una alianza particular de formas políticas articulando dos de sus propiedades simbólicas: el cuerpo —emblema del adversario— entra en contacto con el intelecto —marca del grupo propio—. El partido unitario, la cultura, incorpora a la naturaleza con rango de soldado raso. Toda una galería de personajes —Navarro, Barcala, Sandes— puntualizan las variantes y matices tolerables para permanecer en esta esfera.

En Sarmiento los principios abstractos tienen siempre un momento de epifanía. El fenómeno ejemplifica el concepto al tiempo que reclama un espacio geográfico sobre el cual desarrollarse y del cual tomar sentido. El concepto necesita de una exterioridad y de una exteriorización. Profundamente didáctica, la biografía de la barbarie transita la vida de los caudillos señalando etapas, cambios y defecciones que anticipan el destino final de cada uno; el desenlace se desprende como consecuencia lógica de las pistas salpicadas aquí y allá.

Literalmente, lo abstracto se corporiza: la ley del otro se posesiona de un cuerpo que protagoniza la aventura singular del predicativo. El cuerpo pleno (Aldao = soldado de San Martín) o el cuerpo decadente (Aldao = caudillo) une su suerte a la opción política.

En íntimo acuerdo con la ley gaúcha, el género muestra que sacar el cuerpo cierra la etapa de la vida pública e inicia el período de decadencia. La degradación física y moral de Aldao se acelera a partir del instante de la desertión (de la institución pero también del campo de batalla).

La transgresión a las leyes acarrea penas que repercuten directamente sobre el cuerpo. El cuerpo es un espectáculo que exhibe los castigos o las recompensas. Luego del primer gesto común que es la transgresión, los textos individualizan por medio del tratamiento de los cuerpos y la distribución de las penalidades. El género no sólo descubre al culpable; formula también otras preguntas: ¿en qué consiste la transgresión?, ¿en qué campo de la realidad inscribirla?, ¿dónde están las causas del crimen?, ¿qué medidas tomar para que el delito no se extienda?

En las muertes se delinea un sistema punitivo; una notable gama de significados une la muerte con los actos de la vida. En ella se aplica una sentencia —en un doble sentido, refrán y castigo—: así como se vive, se muere.

El elemento de enlace es la sangre derramada. La biografía interroga cómo y dónde se derrama. Los espacios de la muerte construyen los sentidos de la muerte. La división en espacios privados y públicos distribuye los sentidos: a cada uno la muerte merecida. El espacio no funciona como escenografía neutra, trasfondo sobre el que destaca el sujeto; por el contrario el espacio dictamina el valor.

Sandes perece a causa de las heridas recibidas en el puesto de soldado. Su muerte comienza en ese espacio público que congrega a los iguales.

Facundo es asesinado en el trayecto entre Córdoba y Buenos Aires. El camino interrumpido por la bala tiene su correlato en el proyecto político que el texto atribuye al caudillo: Facundo se queda a mitad de camino. El espectáculo de su cuerpo sacrifica-

do es análogo al proyecto abortado porque se había convertido en «el centro de una nueva tentativa de organizar la república».¹²

Barranca-Yaco es el espacio anónimo de la traición. En la ley del gaucho la traición reclama la venganza. En rigor, esta ley es la que adopta la biografía poniéndola en manos de la sociedad o de un poder trascendente. En cualquier caso, la ley gaucha es la que prima en el final de los caudillos. Facundo traiciona dos veces: deserta primero del ejército, abandona luego la causa federal.¹³ A pesar de que el texto exalta de manera explícita al Facundo urbano, confiesa también la vigencia de la ley de la venganza: no se puede traicionar sin riesgo de acabar traicionando.

La narración urde los motivos de la venganza: Quiroga, metamorfoseado en cuerpo y pensamiento, invade un espacio en el que reina un igual. Dos espacios deciden el final de Facundo: Buenos Aires preludia a Barranca-Yaco. Si la ciudad es lugar de las transformaciones opera también como arquitectura articulada para vigilar. En ella el individuo está circunscripto; siempre hay alguien que ve al forastero. En este sentido la ciudad es lo contrario de la pampa: enormidad imposible de ser abarcada por la vista. En Buenos Aires es posible seguir los pasos del sujeto: es difícil que alguien se sustraiga a la mirada en una ciudad pero la geografía donde se desplazan los caudillos es móvil, y por esto son inasibles.

La ciudad es como un cuerpo que le impone al caudillo sus límites. Buenos Aires se internaliza en Facundo haciendo de él un rival. Rosas, el Restaurador de las Leyes, viola la ley propia mandando matar.

Los cuerpos bañados en sangre, mutilados, dramatizan el triunfo de la justicia. Justicia divina en el caso de Aldao: «¡Sangre! ¡Sangre! He aquí la única reparación que la Providencia ha dado a esos malaventurados pueblos cuya sangre él derramó tan sin medida; morir derramando su propia sangre [...]».¹⁴ El espacio privado en que muere Aldao señala la cobardía del que abandona su puesto; en un tono fatalista la narración concibe la enfermedad como castigo justo a los crímenes. El objetivo sublimado cliva el abismo que separa la sangre del ex fraile de la sangre del coronel Sandes que expira «cuando la sangre que no había derramado ya no pudo circular por aquellos canales rotos y mal remendados por las cicatrices».¹⁵

Sarmiento construye su práctica literaria en la conexión y alternancia de dos leyes: la ley positiva y la ley consuetudinaria. En los relatos de las muertes de los caudillos domina una apología de la venganza. Contra la regulación de la ley positiva, la venganza opera como foco que denuncia la presencia de la otra ley. Esta ley que propicia la venganza es llamada por el narrador «justicia»; entonces, si la venganza pasa a ser

¹² Facundo, p. 191.

¹³ Sarmiento subraya un cambio ideológico en Facundo. Sin embargo, de la correspondencia de Quiroga se desprende la fidelidad a un pensamiento. Escribe a Rosas en 1832: «¡Usted sabe, porque se lo he dicho varias veces, que no soy federal, soy unitario por convencimiento pero sí con la diferencia de que mi opinión es muy humilde y que yo respeto demasiado la de los pueblos constantemente pronunciada por el sistema de gobierno Federal [...]». E. Barba (comp.), «Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López». *Hyspamérica*. Biblioteca argentina de historia y política, n.º 55. Buenos Aires, 1986. p. 68.

¹⁴ D.F. Sarmiento, *El general fray Félix Aldao*, O. C., t. VII, p. 279.

¹⁵ *El Chacho*, p. 349.

sinónimo de la justicia, la ley gaucha amordaza a la otra ley. Aunque la biografía se empeña en localizar los crímenes para justificar los desenlaces, la ley del otro termina por imponerse descubriendo su presencia viva en el centro mismo de la escritura. La fuerza que tiene esa ley entrampa al sujeto de la enunciación. Desde ese lugar privilegiado, la ley del otro anuncia su capacidad de resistir cualquier intento de un espíritu modernizador que pretenda socavarla.

Si la providencia lleva a cabo en el cuerpo de Aldao la venganza que la sociedad no puede concretar, es la sociedad la que va a castigar al Chacho a través del brazo armado de Irrazábal. La biografía apela a una cantidad de fundamentaciones: hace sinónimos conceptos que no lo son igualando, por ejemplo, desobediencia con crimen; cambia el estatuto del personaje: de general —estatuto militar— a bandido —estatuto jurídico—; identifica órdenes —el orden social es igual al orden natural—; invoca una razón de Estado.

El castigo de Peñaloza debe contemplarse desde la táctica política. En su pena se unen dos legalidades: a la vieja legalidad del castigo como sufrimiento corporal se suma la legalidad del castigo como suspensión de los derechos.¹⁶

La cabeza del Chacho expuesta en la plaza pública significa la humillación para el condenado y un espectáculo ejemplar para el pueblo. Cada uno se siente identificado con ese cuerpo mutilado: la pena disuade y pulveriza el origen del disturbio. Bien dice Valéry que cuando la sociedad corta una cabeza cree cortar la causa primera que anida en ella.

Si el narrador se demora en otros casos en describir los cuerpos heridos o corruptos, liquida rápidamente el relato de la muerte del riojano: «Llegado el mayor Irrazábal, mandó ejecutarlo en el acto y clavar su cabeza en un poste, como es de forma en la ejecución de salteadores, puesto en medio de la plaza de Olta, donde quedó por ocho días». ¹⁷ En el pasaje el énfasis no recae sobre el acto violento de la ejecución sino que se desplaza hacia la calidad del condenado. La escritura argumenta: el cuerpo del caudillo está inmerso en otro cuerpo, el cuerpo social y es este cuerpo el que marca al otro, lo diferencia e individualiza con la mutilación.

La cabeza expuesta a la podredumbre: parte del cuerpo que identifica pero también parte que piensa. Si los robos del Chacho son irredimibles —los historiadores y los contemporáneos aseveran que Peñaloza no saqueaba— es sobre todo porque ha robado el lenguaje del oponente. La cabeza se constituye en símbolo máximo del error: una cabeza corrupta debe albergar un pensamiento distorsionado. En rigor, los robos provienen del narrador: robo del rango —en una sociedad estratificada el rango marca la diferencia—; escamoteo del cuerpo. Presentado como gaucho atípico —física y también moralmente— Peñaloza saca el cuerpo y burla permanentemente al enemigo. En

¹⁶ En ocasiones la teoría de la «guerra de policía» entra en contradicción con el reconocimiento de un estado de guerra civil: «Durante la guerra todos los Estados amenazados, los leales y los rebeldes, estuvieron bajo la exclusiva jurisdicción de los comandantes generales de los distritos militares, con suspensión de la jurisdicción de las cortes ordinarias, ya federales, ya de Estado, en todo crimen que a la tranquilidad pública afectase [...]». El Chacho, p. 381.

¹⁷ Op. cit., p. 371.

la biografía Sandes toma a cargo la violencia del cuerpo. El deslizamiento proporciona la estrategia que sirve para ocultar el cadáver del caudillo.

A veces el narrador calla para poner en boca de personajes circunstanciales el funcionamiento de la ley gaucha. Las armas usadas para matar lejos de ser equivalentes cargan de sentido el castigo: Santos Pérez usa un arma de fuego; al secretario lo traspasa una espada pero el niño que integra la comitiva de Facundo es degollado. La culpa de los mayores recae en la descendencia; el maestro de posta le explica al doctor Ortiz la inclusión del niño entre los condenados: «Aquí hay un niño que es sobrino del sargento de la partida, y pienso mandarlo; pero el otro... a quién mandaré? ¡a hacerlo morir inocentemente!»¹⁸ Esta ley discrimina formas de castigo y armas nobles o innobles para matar.

En la biografía de la barbarie las formas de morir restituyen justicia. La afirmación de un poder superior atraviesa los textos. Pero la ley que restablece el orden violentado acciona una violencia potenciada sobre los cuerpos de los culpables.¹⁹

Un lenguaje confuso

Es tarea de la biografía normalizar las vidas relatadas. El género compara, distingue y jerarquiza a los cuerpos gauchos. El otro se constituye como sujeto por marcas corporales que lo singularizan. Pero también se construye en el uso de un lenguaje «desviado», no conforme con la norma o la ley.

El cuerpo es el gran tópico de la biografía; el lenguaje, el detalle. Sin embargo, en este elemento late el peligro porque si un sistema disciplinario puede someter los cuerpos por la voluntad o la fuerza, no sucede lo mismo con el lenguaje. Corregir para impugnar: tal es el gesto narrativo que reinterpreta el lenguaje del adversario para despojarlo de cualquier semejanza con la lengua propia.

El trabajo sobre la diferencia encierra las variaciones que habitan en los cuerpos, materiales disponibles para un uso político. Pero frente al lenguaje del enemigo, la escritura trama compulsivamente una homogeneización de los discursos. Nada mejor que unificar para hacer desaparecer todo resto de ambigüedad.

Si se adopta un juego de inclusiones y exclusiones para ubicar a los cuerpos, se prefiere la corrección y consiguiente exclusión en el dominio de la lengua. Cada elemento requiere un tratamiento distinto: la materia moldeable de los cuerpos puede suprimir fronteras y comunicar los términos antagónicos pero el lenguaje del adversario está aislado. La palabra del otro es una palabra sin territorio, sin arraigo y sin legalidad. El

¹⁸ Facundo, p. 198.

¹⁹ Si para los unitarios la negativa de la sociedad gaucha a adoptar sus reglas constituía un acto de rebelión, del otro lado se escuchan argumentos semejantes. En 1842 se rechaza la renuncia de Rosas invocando la necesidad de orden. Un conflicto reiterado: cada orden considera al otro el caos y la violencia: «El ocio, la vagancia, la insubordinación en el hogar doméstico, el fraude, el hurto, el asesinato, la profanación y el sacrilegio, el feroz libertinaje se mostraron insolentes en todas partes». Citado por Rodríguez Molas, Historia social del gaucho, C.E.A.L., Capítulo, Biblioteca argentina fundamental, Serie complementaria: Sociedad y cultura, n.º 11, Buenos Aires, p. 161.

procedimiento borra la inscripción social de la lengua enemiga. El otro, para Sarmiento, habla un lenguaje a institucional: «A falta de gobierno, de legislaturas, de diarios, de manifiestos que explicasen el objeto y los medios de conseguir la proyectada subversión, un comandante de fuerzas en San Luis recibió la siguiente carta del Chacho, que por la torpeza del lenguaje y lo embrollado de lo que quisiera que expresase las ideas, muestra suficientemente el origen y los elementos de aquella perturbación».²⁰ En síntesis, un lenguaje que carece en su enunciación de aparato político. La denostación progresa hasta culminar en un intercambio de valores: lo informe es lo anormal. El género estrecha las distancias entre ambas nociones que se implican al punto de difuminar toda diferencia.

A algunos cuerpos se los somete; a otros se los liquida. La represión va más contra el pensamiento que contra el cuerpo; o mejor, contra el cuerpo que piensa. Sarmiento califica al pensamiento de Rosas con un atributo de tipo moral —pensamiento abyecto— pero la reflexión toma en Peñaloza valoraciones de tipo lógico-formal: sus ideas son poco claras, caóticas.

Cuando aparece en el otro, el pensamiento conserva el estatuto doble: es correcto mientras usa el sistema que le presta el narrador; mientras se mantiene subordinado a la otra cultura. Pero no bien el otro se libera de los vínculos que lo tienen atado, entonces, habla un lenguaje tergiversado.

Callo y doy la palabra al Chacho: «Es por esto, Sr. Presidente, que los pueblos cansados de una dominación despótica y arbitraria, se han propuesto hacerse justicia, y los hombres todos, no teniendo más ya qué perder que la existencia, quieren sacrificarla más bien en el campo de batalla, defendiendo sus libertades y sus leyes y sus más caros intereses atropellados vilmente por los perjuros».²¹

Las voces de los caudillos repiten una y otra vez los universales en los que insiste el discurso de la otra cultura: patria, libertad, organización, constitución, ley. ¿Cómo hacer ilegítimo el lenguaje del otro si las palabras se confunden? ¿Cómo arrancarle a ese discurso ajeno los baluartes de los que se ha apropiado? Habrá que minar el interior de esa lengua, sofocar sus contenidos con argumentos sintácticos u ortográficos, esconder la semántica, explicar su alteración originaria. Habrá que negarle racionalidad²² u obstinarse en descubrir segundas intenciones: Rosas, la especulación al servicio del crimen.

La biografía incluye la lengua del oponente —cartas de Peñaloza y de Facundo, el testamento de Aldao— y la analiza. Examinando su estructura concluye que esa palabra es el lugar de emergencia de la confusión. Un lenguaje privado de su función comunicativa, que no transporta ninguna información ni despliega ideal alguno. A esa palabra carente se contrapone una palabra plena, bien conformada. Pero la lucha no

²⁰ El Chacho, p. 319.

²¹ Citado por de la Vega Díaz, op. cit.

²² Sarmiento no pone en duda la autenticidad de la palabra de Facundo pero argumenta de manera similar en lo que respecta a su claridad: «La incorrección del lenguaje, la incoherencia de las ideas, y el empleo de voces que significan otra cosa que lo que se propone expresar en ellas o muestran la confusión o el estado embrionario de las ideas, revelan en estas proclamas el alma ruda aún [...]», Facundo, p. 256.

será en torno a los sentidos sino a las reglas gramaticales. Sarmiento académico pega su discurso y cuestiona con ademán pedagógico los errores de redacción.

La rebelión de los caudillos contra las instituciones, contra las leyes de la razón y el orden se transforma en desconocimiento lingüístico. De manera similar y porque en el lenguaje se nota la procedencia, el narrador exhibe su competencia lingüística que es competencia jurídica: «La palabra outlaw, fuera de la ley, con que el inglés llama al bandido, contiene todo el procedimiento. Las ordenanzas lo tienen, autorizando a los comandantes de milicia a ejecutar a los salteadores. Ciertas palabras tienen valor legal».²³

El narrador traduce literalmente la palabra y la ley del modelo —Norteamérica—. Pero cuando focaliza el lenguaje del enemigo olvida el principio de fidelidad y se inclina por la traducción libre. Orientada hacia el discurso del otro, la palabra propia intensifica su poder de veto: si por un lado le niega al otro la racionalidad, por otro una operación de desciframiento concluye en la certidumbre de que el caudillo no es el verdadero dueño de ese lenguaje. El desconocimiento de la *autoría* suponiendo otro autor distinto del que firma, apunta a destituir al oponente como origen de los significantes universales.

El narrador reclama para su cultura la propiedad y el uso de los universales. Pero todo planteo sobre el origen supone el empeño en ligar algún elemento del presente con un comienzo del que sería tributario; implica considerarse heredero de alguna tradición. Así en la biografía hay dos herederos de dos tradiciones: el narrador recoge la razón, las consignas de Mayo; el otro retiene el legado del conquistador; es causa primera no de la razón sino de la violencia.

Los universales forman parte de los bienes simbólicos transmitidos. Desde una concepción clasista, el género decide que ese legado no puede pertenecer al patrimonio del otro. Cuando el caudillo usa los universales lo hará de modo desviado o se lo acusará de robo.

El dato biográfico de que el Chacho era casi iletrado sirve a Sarmiento para explicar las «anomalías» que descubre en su lenguaje. Porque el caudillo no sabe leer ni escribir otro escribe por él y al hacerlo inventa los contenidos. El comentario respecto del adjetivo «venturoso» (¡Borges!) delata su pertenencia a otra cultura, la del amanuense pero también la de Rivadavia: «El adjetivo venturoso no entra en la común parlanza de la gente llana. Rivadavia en sus conversaciones, se extasiaba al arrullo de la esperanza en el venturoso porvenir que aguardaba al país. Sus enemigos hicieron de esta frase un apodo del ridículo».²⁴

A esta figura del amanuense como intérprete de la palabra del otro, se superpone la del narrador-intérprete que cuestiona la apropiación de los universales: dueño del discurso y de los sujetos por él constituidos restituye los significantes a su órbita de procedencia.

²³ El Chacho, p. 374.

²⁴ Op. cit., p. 313.

La relación entre lengua y sociedad se da en determinados tipos de contenidos; los enunciados orientados hacia los intereses colectivos inscriben la lengua en el campo social; por el contrario quedan fuera de él aquellos enunciados que expresan intereses individuales. La palabra oral del otro recogida en las voces conjeturales de Facundo y Aldao habla siempre la lengua material del cuerpo, una lengua centrada en la preocupación por el dinero, los apetitos personales y las venganzas mezquinas.

La escritura no pierde de vista en ningún momento la necesidad de desposeer al otro. ¿En qué consiste este trabajo de desposesión? Es una práctica de descontextualización y de puesta en duda. Los textos extraen fragmentos de los documentos, los interrogan retóricamente, los valoran y les ponen comillas. El uso de las comillas distancia al discurso ajeno transformándolo en objeto de sospecha. Al mismo tiempo denuncia el plagio. Plagio distorsionado. La biografía insiste en prohibir al otro la utilización de los universales.

Toda lógica binaria es jerárquica; esta lógica que afecta al plano del lenguaje y que permite la exclusión de un término se sobreimprime a la lógica distributiva que opera en el plano del cuerpo, especie de rejilla en la que se reparten lo útil y lo inútil.

El género antropomorfiza en pares complementarios que se contraponen —lenguaje adulterado/cuerpo *versus* lenguaje correcto/pensamiento— fenómenos que pertenecen al campo de la economía, de la política, de la cultura, de la jurisprudencia y de las relaciones sociales. Lo notable es que Sarmiento concibe el lenguaje como elemento conector entre los dos campos, como instancia mediadora que posibilita o dificulta el acceso al orden liberal.

Dos concepciones del lenguaje: la primera fusiona la lengua propia con la ley y la razón; la segunda oscila entre la aceptación o la exclusión de acuerdo con las relaciones de subordinación o autonomía que accione el lenguaje enemigo para ingresar en la otra cultura o mantenerse al margen de ella.

El fin

La biografía de la barbarie es la apuesta literaria de una de las consignas básicas del programa político de Sarmiento: la sumisión del enemigo. El modo de la investigación que permite rastrear las pistas hasta llegar al momento del acto delictivo, justifica la represión desatada sobre el otro.

La biografía muestra su deuda con el iluminismo y las doctrinas rousseauianas en un punto crucial: desertar de las instituciones implica quebrar el contrato social. En la concepción de Sarmiento, los caudillos desandan la historia: si el contrato social transforma la naturaleza corrupta en la existencia moral del ciudadano, su ruptura retrotrae a la sociedad a estadios primitivos.

La doctrina del contrato social y el derecho natural funcionan como apoyaturas implícitas para desplazar el problema político-cultural hacia el campo legal. En virtud de una apelación al derecho natural, el género niega la legitimidad de la otra ley.

Los textos enfrentan dos leyes deformadas en sus fundamentos: conciben a la ley propia como ley natural y a la ley del adversario como no-ley. En este sentido, propician una

interpretación peculiar del conflicto entre poderes: se transforma en una lucha desigual entre la preservación de los derechos inalienables y la defensa de un aparato delictivo.

Sarmiento es maestro no en el plano pedagógico sino en el dominio de la lengua; sabe a la perfección cómo constituir una escritura eficaz, sabe disolver los conceptos teóricos en lo material y servirse de ellos en la praxis política. Los naturalistas sostienen que sólo el poder político concreta el orden natural, que no existe sociedad separada del Estado. La biografía va en esta dirección: al identificar orden social con orden natural, se interroga y propone soluciones concretas para constituir un poder político que restaure el orden perturbado.

Para sujetar al contrario, Sarmiento opta no por leyes escritas sino por dos instituciones, anteriores al Estado. Su concepción iusfilosófica se ubica en un punto temporal anterior a la ley positiva, en una esfera que la trasciende y compete a una autoridad casi divina. Desde este lugar escribe las biografías. Emanación de esta instancia, la ley que encarna en la biografía queda fuera de la jurisdicción humana. Desde ese lugar privilegiado puede dictaminar los castigos.

El gesto de modernizar el concepto de trascendencia invocando el consenso de la sociedad no borra el sesgo autoritario y excluyente de su pensamiento. El reclamo de la razón es más bien apelación a una razón de Estado en la medida en que argumentando el interés común se arroga el derecho de sortear ciertos «escollos formales», entre ellos la Constitución nacional.

Pero esta razón desemboca en una ley del talión que entrapa al narrador, lo corre de su puesto de luchador por el progreso y lo sitúa en el rol de remozador de sistemas legales primitivos: «Las sociedades humanas tienen el derecho de existir y cuando las organizaciones que establecen para castigar los crímenes son ineficaces, el pueblo suple a la falta de jueces en un país despoblado».²⁵

La noción de razón convoca una trama de significados: orden, justicia y rectitud. Cuando Sarmiento ataca a los caudillos tachándolos de irracionales dice que ellos son la anarquía, la arbitrariedad y el error. El círculo se cierra al identificar razón con voluntad general: la rebelión va contra la sociedad entera y contra la naturaleza.

Cuando la razón pasa de fundamento teórico a acción concreta se traduce en virtudes públicas. Toda una galería de personajes virtuosos desfila por la biografía, personajes reclutados entre los iguales. Sin embargo, los textos reparten virtudes también para el otro, sea el otro enemigo o el otro incorporado a la esfera propia: Sandes, Navarro, Barcala, Lamadrid.

La diferencia esencial radica en el hecho de que las virtudes reconocidas a los caudillos no superan la esfera privada —exceptuó a Facundo, como contracara de Rosas— mientras que las acciones del otro sometido trascienden a la esfera pública y redundan en beneficio de la comunidad.

En esta dirección la biografía funciona como agente publicitario de las instituciones. Hay siempre un factor externo —poder, o ejército— que transmite al caudillo la virtud: «El poder educa, y Quiroga tenía todas las altas dotes del espíritu que permiten

²⁵ Op. cit., p. 377.

a un hombre corresponder siempre a su nueva posición por encumbrada que sea».²⁶ Filtrada por la acción personal, esta virtud retorna a la esfera de la que ha nacido. De manera similar, lo privado se confunde a menudo con lo que está inscripto en la naturaleza y conduce al desastre. A Facundo «la falta de hábitos de trabajo, la pereza del pastor, la costumbre de esperarlo todo del terror [...] lo mantienen en una expectativa funesta que lo compromete últimamente».²⁷

Los textos distribuyen muchos vicios y pocas virtudes. Elaboran distintas versiones del otro y lo configuran apoyándose en uno o dos atributos. Facundo es frecuentemente el caudillo y a veces el gaucho valiente; la biografía da una versión moral y política del personaje que continúa sin grandes cambios la imagen desplegada en el ciclo folclórico. Rosas, aunque en alguna ocasión se le llama bandido, ostenta el título de enemigo político; el género diseña una versión moral, política y económica. Aldao, fraile y general, la oposición en el interior del personaje; la versión moral, individual y doméstica dibujan su figura. Pero para el Chacho sólo existe el mote de bandido. Porque la existencia del insurgente supone más que la violación de la ley, la rebelión total, el enfoque se centra en el aspecto moral y jurídico.

Versión contra versión: las leyendas y cantares populares transforman a Peñaloza en defensor social y político. El arraigo en la sociedad se percibe bajo la forma de la supervivencia. Si su muerte es el fin de la esperanza la leyenda corrige el destino, le regala al riojano la inmortalidad.

Diz que Peñaloza ha muerto
Yo digo que así será...
¡No se descuiden salvajes
No vaya a resucitar!

Sarmiento señaló en muchas oportunidades la adhesión espontánea que despertaban los caudillos en las masas campesinas y advirtió con lucidez que esa adhesión se debía más a los valores que encarnaban que a causas teóricas. Estas cuestiones teóricas las desarrolla el género reubicando a los líderes gauchos en el seno de la sociedad, arrinconando el peso político y económico que aglutinan sus figuras.

Cuando Hobsbawn define al bandido, sus palabras concuerdan asombrosamente con las de Sarmiento: «No se trata tanto de rebeldes sociales o políticos, ni mucho menos de revolucionarios, como de campesinos que se niegan a someterse y al hacerlo se ponen en cabeza de sus compañeros o incluso más simplemente de hombres que se encuentran excluidos de la trayectoria normal de su gente y que, por tanto, se ven forzados a quedar fuera de la ley y a caer en la “delincuencia”».²⁸

La palabra como arma. Lanzada contra el adversario oculta en sus pliegues las motivaciones ideológicas. ¡Bandido! ²⁹ La acusación no la acuña Sarmiento; es usada inclu-

²⁶ Facundo, p. 189.

²⁷ Op. cit., p. 191.

²⁸ E.J. Hobsbawn, *Bandidos, Ariel, Barcelona, 1976, p. 20.*

²⁹ *Hay un momento de quiebra en la imagen que el texto dibuja de Peñaloza. El gaucho atípico moral y físicamente se cruza con una visión épica: «Desde ese día principia el acto más heroico, más romanesco que las crónicas de la montonera, tan intangible, tan rápida y fugaz recuerdan. Alguna cualidad verdadera».*

so por Sandes que llama a Peñaloza el «general bandido»,³⁰ curioso oximoron que condensa las contradicciones expandidas en la sociedad.

La biografía de la barbarie que apunta al sometimiento total del otro pone en movimiento una palabra descalificadora. Como contrapartida, la palabra gaucha exhibe el deseo de restaurar un orden signado por ideales de justicia y libertad.

Pero a esta altura el rastreador puede estar satisfecho: las huellas lingüísticas y corporales le han permitido cercar al enemigo.

Adriana Rodríguez Pérsico



Carlos Enrique Pellegrini: *La media caña*

mente grande debía de haber en el carácter de aquel viejo gaucha, si no era nativa estolidez, como la terquedad brutal que a veces pasa plaza de constancia heroica», El Chacho, p. 345.

³⁰ En carta del 12 de marzo de 1862 dirigida al coronel Rivas, Sandes, reitera el apelativo oficial: «[...] me puse en marcha sobre el bandido Peñaloza [...] y no debiendo demorar un solo momento para darle alcance, seguí la marcha incontinenti por el camino que llevaba al general bandido». Citado por J. Victorica, Urquiza y Mitre, *Hyspamérica, Biblioteca argentina de historia y política*, n.º 30, Buenos Aires, 1986, página 224.

La utopía como *analogon*: Sarmiento y el proyecto de una ciudad moderna

1. La importancia de la ciudad dentro del proyecto

Entre la mayoría de los escritores proscritos bajo la dictadura rosista fue Sarmiento, luego de Echeverría, el que teorizó más ampliamente la importancia de la ciudad americana dentro del proyecto económico, político y cultural de la generación del 37.¹ La urbe consiste, para el autor de *Facundo*, en «la posesión permanente del suelo», «es la que desenvuelve la capacidad industrial del hombre y le permite extender sus adquisiciones» y, en ella, se siente fundamentalmente, «la necesidad de manifestarse con dignidad».²

El crítico período rosista impulsará a los escritores románticos argentinos a analizar la ciudad, a interpretar literariamente la condición de la misma bajo la tiranía y a insistir en que constituye el fundamento de ese proyecto que intenta, en primer lugar, conocer el enigma de la realidad social que había comenzado a formarse luego de la independencia. *Ciudad y proyecto* serán inseparables durante este período; y por proyecto puede entenderse también utopía, pues, como señala R. Poggioli, la utopía «é una costruzione tanto arbitraria quanto armonica dell'ideale politico».³

Tanto en *El matadero* de Echeverría como en *Facundo* de Sarmiento o en *Amalia* de Mármol, destaca la necesidad de apelar a una idea abstracta de *polis* con el fin de oponerla no sólo a lo «vacío» de la pampa, sino también a la degradación de lo «lleno», o sea las ciudades bajo el gobierno de Rosas o de los caudillos. Así la ciudad aparece como el lugar-origen de un orden social y en las imágenes para representarla prevalece

¹ El «proyecto» es generalmente de carácter totalizante al unificar una serie de elementos de la realidad en función de un fin determinado. Como señala E. Jameson, el proyecto es asimismo un fenómeno dialéctico puesto que «ordena» el ambiente circundante al individuo o a la comunidad pero, al mismo tiempo, muestra el «cociente de adversidad» de lo que resiste al fin proyectado, y agrega, «thus the desert, as I try to survive it, is revealed as an inhuman landscape: thus the open freeway redoubles my own speed [...]». The project then leaves behind it these aggregates of matter in the form of totalities or husks of dead projects, traces of human action which has long since vanished. In this sense, our cities are sedimentation of such totalities, like a sitting room whose owner has died» (en *Marxism and Form*, Princeton, Princeton Univ. Press, 1977, p. 230).

² D.F. Sarmiento, *Facundo*, Civilización y barbarie, Madrid, Editora Nacional, 1975, p. 82. Las citas en el texto siguen esta edición indicándola F.

³ R. Poggioli, Definizione dell'utopia e morte del senso della tragedia, Pisa, Nistri-Lischi, 1964, p. 11.

un referente de tipo político-filosófico que remite a una visión volteriana de la *polis*: la urbe como fuente de virtud.⁴

El modo urbano de asociarse resulta apto para combatir la extensión argentina pues contrapone a esta «nada» el «todo» que significa la ciudad como recinto de civilización. Y, según Poggioli, ésta y la utopía son la misma cosa; «la barbarie é l'unico suolo storico dove non alligni la pianta dell'utopia». ⁵ Y, en efecto, Sarmiento, al representar la ciudad americana como una isla asolada por la pampa (que es «la imagen del mar en la tierra» [F, 71]), presenta analogías con un tipo de imaginario utópico:

La ciudad capital de las provincias pastoras existe algunas veces ella sola, sin ciudades menores, y no falta alguna en que el terreno inculto llegue hasta ligarse a las calles. El desierto las circunda a más o menos distancia, las cerca, las oprime: la naturaleza salvaje las reduce a unos estrechos oasis de civilización enclavados en un llano inculto de centenares de millas cuadradas. [F, 80.]

La ciudad aparece aislada, como Utopía, en el momento de su fundación,⁶ por una llanura donde casi navegan las lentas carretas que la atraviesan: «Nuestras carretas viajeras son como una especie de escuadra de pequeños bajeles» [F, 76].

La utopía, sin embargo, tiene asiento en una contradicción. Es difícil que se desarrolle un imaginario utópico cuando los contrastes en la situación histórica son mínimos. Así es como la idea de ciudad en Argentina, surge y se manifiesta en relación con las contradicciones que le dieron origen. Es paradójico, por ejemplo, que el modelo de ciudad que se propone el interior, en el *corpus* de textos de los proscriptos, sea Buenos Aires y, al mismo tiempo, ésta se presente en el auge de su inestabilidad social y tiroteada entre una mentalidad ordenadora a la manera europea y otra perspectiva que recibe y da apoyo a algunas áreas rurales apenas ocupadas y cuyos límites estaban marcados por las poblaciones indígenas y la naturaleza.

Santa María de los Buenos Ayres resulta, pues, un lugar privilegiado para observar, en la literatura del período, los vínculos entre la idea de ciudad, el proyecto, y la verdadera situación argentina. Su representación artística conjugará, por lo tanto, los ideales de una generación y la problemática de la realidad a la cual intentaban aplicarlos.

⁴ He tratado este asunto en «El arrabal. Un cronotopo intermedio en la fundación de la ciudad», *Quaderini di Lingua e Letteratura*, 12 (1987), Verona; en «Buenos Aires en Amalia. La ciudad-desierto», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, 1 (1985-86) y en «Buenos Aires en la imaginación del 80. El teatro como paradigma», *Letterature d'America*, 16 (1983).

⁵ Poggioli, op. cit., p. 92.

⁶ La analogía presenta, sin embargo, notables diferencias con el texto de Moro. En éste, Utopos somete a los nativos para que juntos corten el istmo que los une al continente; se anula un pedazo de tierra para desvincularse de Occidente pero no se anulan seres humanos. Utopía debe su origen a un acto de violencia cultural: una modificación de la naturaleza por el trabajo del hombre con la ayuda de otros hombres. La humillación de los vencidos se sublima por medio del trabajo sobre la tierra junto con los vencedores y, a la inversa, la indiscutible violencia de los vencedores sobre los nativos se desplaza a la modificación del territorio, al acto cultural: por medio del trabajo común se funda una «sociedad civil». En cambio, en la realidad argentina, la generación de los proscriptos se siente «isla», periferia y, si por una parte, todos los esfuerzos tenderán a restablecer el «istmo» con Occidente por medio de una dependencia cultural y económica, por otra, en ese intento por extender los contenidos utópicos en las «ciudades islas» se efectúa una anulación: la de los indios. Así pues, la violencia en el pensamiento utópico argentino no se sublima por medio de un trabajo conjunto sobre el vasto territorio, ni se produce una metáfora desplazada del crimen, sino el crimen mismo: a ese acto salvaje, no cultural, se le llamará «civilización».

2. Los males de la República Argentina

Tanto en *Facundo* como en *Argirópolis* se enumeran una serie de males que aquejan a la República Argentina. En *Facundo* se afirma que los principales males argentinos son la extensión despoblada y la falta de comunicaciones: «El desierto la rodea [a la R.A.] por todas partes, se le insinúa en las entrañas» [F, 69]. Otra dificultad es la disociación, por eso Sarmiento propone la creación «de una sociedad ficticia para remediar esta desasociación normal» [F, 104]. En *Facundo* se habla de un tipo de asociación irregular en la que se mezclan capacidades individuales con la inexistencia de una «cosa pública» que las aúne; falta, sobre todo, la ciudad. A la república «fáltale la ciudad, el municipio, la asociación íntima, y por tanto, fáltale la base de todo desarrollo social, no estando reunidos los estancieros, no tienen necesidades que satisfacer: en una palabra, no hay *res pública*» [F, 84].

La utopía consistirá, pues, en la organización material de una *res pública*. El espacio vacío junto con la contradicción histórica, será el elemento determinante que dé impulso a la imaginación utópica pero, al mismo tiempo, representa la barrera para llevar a cabo una utopía —considerada como un imaginario cuyo fundamento es un orden social, y cuya descripción es un modelo de asociación.

Como el vacío no era fácilmente «llenable», pues no podía ser ocupado con un solo elemento de la civilización («¿Dónde colocar la escuela para que asistan a recibir lecciones los niños diseminados a diez leguas de distancia en todas las direcciones? Así pues, la civilización es del todo irrealizable, la barbarie es normal.» [F, 84]), sólo es posible llenarlo con un «todo»: la ciudad. El desierto podía desaparecer únicamente con la multiplicación de la totalidad.

Pero la abstracción y proyectualidad de la urbe, que para Sarmiento

[...] es el centro de la civilización argentina, española, europea; allí están los talleres de las artes, las tiendas del comercio, las escuelas y colegios, los juzgados, todo lo que caracteriza, en fin, a los pueblos cultos. La elegancia en los modales, las comodidades del lujo, los vestidos europeos, el frac y la levita tienen allí su teatro y su lugar conveniente. [F, 80.]

contrastan con la experiencia histórica que está llevando a cabo Rosas. Éste se eleva como un Atila, gracias a la destrucción de Buenos Aires («¡Ay de ti, ciudad! En verdad os digo que dentro de poco no quedará piedra sobre piedra» [F, 156]; «Por otra parte él [Rosas] no habría podido elevarse sin que el ruido que hacía el edificio de la civilización que destruía no se oyese a la distancia» [F, 170]), y a partir de allí crea un modelo de sociedad perversa, una distopía:⁷

Es el Estado una tabla rasa en que él [Rosas] va a escribir una cosa nueva, original, es él un poeta; un Platón que va a realizar su república ideal según él la ha concebido. [F, 304.]

⁷ El concepto de distopía es tratado en distintos artículos que aparecen en el libro *Utopía e distopia*, Milano, F. Angeli edit., 1987. En la «Introduzione», el compilador A. Colombo señala que «il dys greco è l'opposto dell'eu, è il prefisso del male rispetto a quello del bene e della bontà; sì che se l'utopia è eutopia [...] se il non luogo è il buon luogo, la distopia è il luogo cattivo e perverso. Si tratta perciò di affermare questa parola come la più precisa e sintetica, la meglio modellata e atta rispetto a parole più approssimative come anti- o controutopia, o utopia negativa» (p. 12).

Y Sarmiento precisa y enumera los primeros actos totalitarios de Rosas —desde su uniformar a los habitantes de la ciudad, hasta exaltar sus sentimientos xenófobos— con el fin de contrastarlos con su idea de una utopía de reconstrucción social (uniendo las características de las utopías científicas que subrayan las condiciones materiales de la sociedad y las arcádicas, que subrayan la libertad individual).⁸

En *Argirópolis*, en cambio, hay menos interés por mostrar que los males de la Argentina están determinados por las características del suelo o del tipo de naturaleza que cubre la llanura. Ahora el anhelo de Sarmiento es analizar la situación internacional de la Argentina —la guerra exterior, el bloqueo francés, la falta de unión entre las viejas provincias del virreinato del Río de la Plata que impide la libre navegación de los ríos— para llegar al centro de la controversia: las instituciones políticas que de provisionales se han vuelto permanentes (como el encargo de las Relaciones Exteriores en manos del gobernador de Buenos Aires), la falta de un Congreso que represente a todos los ciudadanos y la carencia de una capital para la República, que pueda convertirse en la sede de aquella institución democrática.

Pero, a mi modo de ver, el factor principal que impide realizar el proyecto, pero que permite fundar la ciudad por medio del discurso (para que la *praxis* se acerque a la utopía volviéndola posible), es la concentración de riquezas en Buenos Aires y su provincia. Frente a este hecho, Sarmiento mantendrá una actitud ambigua en *Facundo* y, finalmente, luego de la caída de Rosas, adoptará el partido de la aldea portuaria. Las relaciones entre Buenos Aires y el interior están en la base de la anarquía y en la pobreza de las provincias internas, en la continuidad de la dictadura rosista, en el retraso de la aprobación de una Constitución, en el afianzamiento de instituciones de la misma índole.

Justamente porque son el centro de la contradicción histórica, tienden a ser negadas: en *Facundo* hay muchas citas que ejemplifican el contraste ciudad/campo y la degradación, el degrado, consecuencia de la dictadura rosista y el caudillaje —según el sanjuanino— de la ciudad; sin embargo, sólo una vez se habla de la concentración de riquezas en Buenos Aires y del papel de ésta en la política interna de la República [F, 73]. En cambio, en *Argirópolis*, aunque el problema aparece («Aquellos motivos, acaso infundados, de temor a la influencia demasiado poderosa de Buenos Aires, toman hoy nueva fuerza de la circunstancia de ser aquella ciudad la residencia del encargado de los negocios exteriores, facultado con la *Suma del poder públicos*»)⁹ es desplazado utópicamente, es decir, neutralizando la contradicción en una totalidad abarcadora:

El local para la reunión del congreso general ha de estar de tal manera situado, con tales garantías resguardado, que todas las opiniones se hallen en completa libertad, todos los intereses respetados, y todas las susceptibilidades puestas a cubierto de cualquier viso de humillación. [A, 47.]

⁸ Cf. de R. Eliot, «L'estetica dell'utopia» en *Strumenti Critici*, 9 (1969), p. 301.

⁹ D.F. Sarmiento, *Argirópolis*, Buenos Aires, 1968, p. 46. Las citas en el texto seguirán esta edición indicando la A.

3. Buenos Aires

Buenos Aires, por su origen y evolución —como la gran mayoría de las ciudades americanas, y como consecuencia de la conquista española— puede ser considerada en primer lugar, una ciudad «alogenética», es decir, aquella que «trasplanta una cultura ajena a un nuevo territorio para beneficio de los centros originarios de esa cultura, al menos inicialmente». Y de esa manera «llega a mediar entre su propio territorio y una variedad de centros extranjeros». ¹⁰ Buenos Aires aparece, pues, «entre» dos espacios y con una función de «mediadora» lo cual la favorecerá para centralizar la economía y la cultura del país.

Esta centralización y concentración de riquezas y poder no quita que Buenos Aires sea configurada a nivel semiótico como lo que Lotman llama una «ciudad excéntrica»: este tipo de urbes surgen generalmente en el confín de un espacio cultural —en este caso el europeo en América— como resultado de una lucha contra la naturaleza. Demuestran el orgulloso esfuerzo de construcción del hombre, pero están siempre sujetas a las alteraciones del orden natural (recuérdese *El matadero*). El código que las configura está impulsado hacia el futuro, lo cual condicionará por mucho tiempo su matriz axiológica: la ciudad presente, vista desde dentro, es valorizada negativamente, mientras que la metrópolis futura —o extranjera— resulta la única portadora de la verdad. ¹¹

Así Buenos Aires, que cuando dependía de la Corona había sido la periferia de la periferia, ¹² está destinada a cumplir —según Sarmiento— un papel hegemónico dentro del área latinoamericana, por ser la «hermana mayor» en las luchas por la independencia y por ser la «heredera de la civilización europea»: «Buenos Aires está llamada a ser la ciudad más gigantesca de ambas Américas» [*F*, 72]. Un porvenir tan bello es el augurio compensatorio para una ciudad que, en el presente, constituye el ejemplo mayor de esa civilización degradada cuyo fautor principal es Rosas, y el símbolo de su humillación el color punzó: «Rosas [...], reviste al fin la ciudad de colorado: casas, puertas, empapelados, vajillas, tapices, colgaduras, etc. Últimamente consagra este color oficialmente y lo impone como medida de Estado» [*F*, 195]. De allí que la aldea, constituida en oxímoron, tarde en encontrar un espacio textual definitivo, y sus literatos dejen muchas veces de lado la ciudad verdadera para privilegiar su imagen virtual.

En *Facundo* se dice que la aldea «fuera ya la Babilonia americana si el espíritu de la pampa no hubiese soplado sobre ella, si no ahogase en sus fuentes el tributo de ri-

¹⁰ R. Morse, «The City-Idea in Argentina. A Study of Eranescence», en *Journal of Urban History*, vol. 2, n.º 3 (1976), p. 309.

¹¹ J.M. Lotman, *El simbolismo di Pietroburgo en La semiosfera*, Venezia, Marsilio, 1985, pp. 226-227.

¹² Buenos Aires fue fundada por primera vez en 1536; la segunda fundación la hace Garay en 1580. Desde entonces la ciudad será dependiente de Lima, y su prosperidad económica estará basada en el intenso contrabando que pretendía subsanar las carencias del mercado porque el puerto del Plata no tenía autorización el ingreso de productos europeos. A lo largo del siglo XVII, la corona hace lo posible por mantener el comercio Lima-Potosí, y por eso las ciudades del interior —como Córdoba, Salta, Jujuy— son convertidas en barreras de aduana para evitar el paso hacia el norte de productos del Viejo Mundo contrabandeados en Buenos Aires. La situación de ilegalidad de la aldea rioplatense dura hasta 1776 cuando se la transforma en sede del Virreinato del Río de la Plata. Véase el cap. II de Buenos Aires y el país de Félix Luna, Buenos Aires, Sudamericana, 1982.

queza que los ríos y las provincias tienen que llevarle siempre» [F, 72-73]. La oración, con dos condiciones contrarias al hecho hipotético, permite resaltar elementos de índole diversa: por un lado dice que el espíritu de la llanura sopló sobre la ciudad; por otro que Buenos Aires ahoga en sus fuentes la contribución que debe ofrecerle el interior. En la primera condición Buenos Aires es la víctima, en la segunda, la victimaria. El elemento común en el paradigma es el «aire» («hubiese soplado», «ahogase»), es decir, lo esencial para sobrevivir. Tanto el interior como Buenos Aires se anulan mutuamente: la pampa tiene una atmósfera «mala», opuesta a los «buenos aires» de la aldea y que, cuando penetra en la ciudad, anula su condición de ser. En cambio, Buenos Aires «ahoga» la riqueza de las provincias. Y lo hace «sola». Mediante «la repetición obsesiva del adjetivo, que constituye de por sí un acta de acusación»¹³ y la expresión concreta de cada una de las razones por las que falta el «aire» en el interior, Sarmiento expresa la situación privilegiada de la aldea sobre el Plata. Esta disparidad, que el sanjuanino expresa mejor que los otros proscriptos, ofusca el paisaje urbano y vuelve difícil imaginar la futura capital del país encarnando el orden social.

En *Facundo* Sarmiento señala que la Argentina se veía tironeada por dos corrientes, «una que partía de Buenos Aires y se apoyaba en los liberales del interior, otra que partía de las campañas, y se apoyaba en los caudillos que habían logrado dominar las ciudades: la una, civilizada, constitucional, europea; la otra bárbara, arbitraria, americana» [F, 186]. Las relaciones entre Buenos Aires y el interior, son el signo de esa contradicción básica de la que hablábamos y no en vano Sarmiento intenta fijarlas en su fórmula «civilización vs. barbarie», fórmula que Alberdi criticará en su comentario a la edición parisina de *Facundo* de 1874.¹⁴

El contraste sarmientino, además de representar en el concreto nivel histórico los proyectos ideológicos de los grupos que luchaban por la hegemonía argentina en la primera mitad del siglo XIX —los unitarios y los federales—, resulta también una variante de otras antítesis como «cultura vs. natura», «cosmos vs. caos», «ordenado vs. no ordenado». Caracteriza a un tipo de cultura en la que prevalece una orientación hacia el contenido y que busca representarse a sí misma con un sistema de reglas (que en el caso que nos ocupa comienza a ponerse de manifiesto en el *Dogma socialista* de Echeverría, continúa en las *Bases* de Alberdi, para desembocar en la *Constitución* de 1853). Pero si Sarmiento consideraba que las costumbres urbanas eran la suma de textos culturales sobre los que se quería fundar la existencia del país y que de la difusión de las costumbres ciudadanas iba a derivar, casi naturalmente, un conjunto de reglas que organizaran aquél, Alberdi tendía a fundar una cultura «gramaticalizada»: importaban las leyes para ordenar aquello que era caótico y esas normas debían servir para toda la comunidad argentina.

Aspiraciones diversas pero genuinas que, sin embargo, hay que enmarcar dentro de una circunstancia: la de que todos los intelectuales del período pertenecían a la bur-

¹³ Noé Jitrik. Muerte y resurrección de «Facundo». Buenos Aires, CEAL, 1968. p. 101.

¹⁴ Dice Alberdi, «Lo que él llamó barbarie en Rozas y Facundo es lo que hoy sirve y se presenta como civilización, restaurando el estado económico de cosas que produjo a esos caudillos y a todos los del país», en «Facundo» y su biógrafo en *Grandes y pequeños hombres del Plata*. París, Garnier, s/f., p. 307.

guesía. Por eso, cuando se hablaba de contraponer al poder de Rosas y de los caudillos un país constitucional, cuya extensión estuviese ocupada por ciudades, se lo hacía desde una perspectiva de clase, lo cual no invalida la verdadera urgencia, entonces existente, por ordenar lo que se veía como caótico, y reglamentar con un sentido mediato el problema de la concentración absoluta del poder, que da lugar al abuso del mismo.

En realidad, la idea de democracia, concepto íntimamente vinculado con el desarrollo de la ciudad, en la República Argentina evoluciona lentamente. A lo largo del siglo XIX es un concepto más vinculado con una ideología política —la liberal—, y con una clase —la minoría ilustrada y burguesa— que con un mecanismo de participación de la colectividad. Los liberales del 37 atacaron el sufragio universal que, paradójicamente, había sido instalado por aquellos unitarios que más tarde se habían de encerrar en un conservadurismo aristocrático. Echeverría afirmaba que «el derecho de sufragio, diferente del derecho individual anterior a toda institución, es de origen constitucional, y que el legislador puede, por lo mismo, restringirlo, amplificarlo, darle la forma conveniente».¹⁵ La democracia no era el despotismo absoluto de la masa, sino el «régimen de la razón» que los del 37 ponían en manos de una *élite* ilustrada; para ellos el sufragio universal consistía en entregar el país a la muchedumbre, a la parte rural del país en la que perduraba la tradición hispano-criolla y una visión autoritaria del mundo; de allí que propusieran la soberanía sólo para la ciudad.

Así, pues, nos encontramos dentro de un período complejo y contradictorio que, en primera instancia, está caracterizado por la superioridad de una aldea de marcado carácter europeo sobre una vasta extensión deshabitada o habitada por indios o con pocas aldeas criollas. El predominio de Buenos Aires, que Sarmiento critica, pero ambiguamente, se ve agudizado por la suma del poder público y el encargo de las relaciones exteriores del país, en manos del gobernador de Buenos Aires. A la preeminencia geográfica de la ciudad porteña sobre el interior —por estar situada sobre el río de la Plata—, se unen la supremacía económica, puesto que Buenos Aires es también la aduana del país, y el poder político, ya que Rosas no sólo es poseedor de los encargos mencionados, sino que consigue, por diversos medios, controlar la mayoría de los caudillos del interior.

4. Figuras

La utopía, presente en la idea de ciudad del proyecto civilizador, se alimenta de la tensión de futuro y de la contemporánea vivencia de estar creando algo que tienen las mejores cabezas de los proscriptos. Así es como Buenos Aires empieza a perfilarse en un espacio textual contradictorio. Por una parte, en *Facundo* hay una figura que la representa análoga a la ciudad virtual. Es la alegoría: se dice que Buenos Aires es «señora de la navegación de cien ríos» y que está «reclinada muellemente sobre un inmenso territorio» [F, 72]. Esta personificación urbana que en el *corpus* de los proscriptos expresa angustia (en *El matadero*) o molicie (en *Amalia*) quiere representar la anulación

¹⁵ E. Echeverría, Dogma socialista: ojeada retrospectiva en La cautiva. El matadero y otros escritos, Buenos Aires, CEAL, 1967, p. 90.

recíproca de las fuerzas en conflicto y proyectar una significación que se apoya en la filosofía iluminista. Con la alegoría, Sarmiento intenta dar una continuidad racional a la discontinuidad y heterogeneidad que conformaron el espacio urbano posindependentista, para mejor proyectarlo al futuro; pero también es una forma para expresar el estado de ánimo de la aldea, como si ésta fuese un organismo vivo y en evolución («Buenos Aires es un niño que vence a un gigante» [F, 177]), imagen apta para manifestar aquellos elementos más difíciles de aprehender, como la atmósfera política, las creencias o las actitudes de los habitantes de la ciudad. La imagen femenina recostada en la ribera del Plata, dueña de la puerta del país, procura resumir el asunto bipolar, sin resolver sus contradicciones. Lo «neutro» de la imagen ciudadana en *Facundo*, aquello que está «en posición de diferencia respecto de la diferencia interna de la totalidad»,¹⁶ Sarmiento lo intenta resumir en una figuración que connota «otra cosa», pero ni la una (la Buenos Aires real), ni la otra (la barbarie del campo).

También en *Argirópolis* —y como su nombre lo indica al evocar el mito de Heliópolis que retoma Campanella— la ciudad y, especialmente la utopía, atraen el interés sarmientino. Escrito cinco años después que *Facundo* y con objetivo de sugerir a Urquiza la necesidad de convocar un congreso constituyente y de revocar el encargo de las relaciones exteriores en manos de Rosas, se diferencia del polémico libro sobre el caudillo riojano por su proyecto federal en lugar de unitario, y por su tono contenido, diplomático que se vincula con un estilo realista, político —aunque su asunto fuese utópico—, en lugar de retórico y panfletario.

Argirópolis presenta como figura estructurante (en relación con la utopía) la paradoja. Sarmiento se sirve de la utopía, el «noble frontispicio»,¹⁷ porque quiere plasmar la sociedad argentina siguiendo un plan preciso. Desea modificar el mecanismo perverso que se había instaurado con Rosas en las instituciones y la economía argentina. Pero, a diferencia de la actitud utópica, que tiende a ser totalitaria si no llega a conformar la utopía,¹⁸ Sarmiento escribe *Argirópolis* para combatir una forma totalitaria de gobierno y para prevenir, dentro del mecanismo institucional, una recaída en la misma.

5. Utopía/distopía

Las relaciones ciudad/Buenos Aires/utopía son diversas en *Facundo* y *Argirópolis*. Ambos textos, relacionados interdiscursivamente¹⁹ por medio de una frase que implica la grandeza de Buenos Aires —como veremos más adelante—, representan, por una parte, la tensión existente en la indefinición léxica del vocablo *utopía* (utopía puede provenir de *ou-topos* [no lugar] y de *eu-topos* [lugar feliz, así nombrada en el poema

¹⁶ L. Marín, *Utópicas. Juegos de espacios*, Madrid, Siglo XXI, 1976, p. 21.

¹⁷ D.F. Sarmiento, *Campaña al Ejército Grande* (citado en «Una utopía realista» de G. Ferrari, introducción a *Argirópolis*, op. cit., p. 9).

¹⁸ Según M. Baldini, «Il pensiero utopico [...] nonostante la sua apparenza di candido sogno, costituisce la più raffinata espressione e il veicolo più pericoloso di quelle teorie sociali che propugnano lo Stato etico» en *Il pensiero utopico*, Roma, Città Nuova editrice, 1974, p. 35.

¹⁹ Cf. C. Segre, *Intertestualità e interdiscorsività nel romanzo e nella poesia* en *Teatro e romanzo*, Torino, Einaudi, 1984.

de Anemolio —interno al texto de Moro—]); por otra, la contraposición entre utopía, que es el proyecto histórico de una sociedad justa y fraterna, y distopía, que es el modelo de sociedad perversa.

En *Facundo*, la existencia textual de la aldea a orillas del Plata se debate entre las figuras alegóricas —cuyo referente es una idea de ciudad más vinculada con el proyecto que con la Buenos Aires real— e imágenes de degradación. Buenos Aires es «como La Habana, el pueblo más rico de América, pero también el más subyugado y más degradado» [F, 123]. Si por una parte la aldea es propuesta al resto del país como el paradigma de la civilización («Buenos Aires es tan poderosa en elementos de civilización europea que concluirá al fin con educar a Rosas» [F, 123]), al mismo tiempo representa una distopía, aquella creada por Rosas y cuyo mecanismo consiste en hacerla desaparecer como ciudad («La barbarie del interior ha llegado a penetrar hasta las calles de Buenos Aires» [F, 131]; «porque el espíritu de la pampa está allí en todos los corazones, pues si solevantáis un poco la solapa del frac con que el argentino se disfraza, hallaréis siempre el gaucho más o menos civilizado, pero siempre el gaucho» [F, 242]).

Hay, por lo tanto, una cierta ambigüedad —excepto al final del libro— entre la función utópica, paradigmática (existente sólo en el discurso, todavía no realizada pero proyectable, pues sus bases están dadas en el proceso histórico) y la función distópica —que es el modelo inverso de aquélla— creada con la intención de amonestar y de aborrecerla. Ambas imágenes de Buenos Aires son una interpretación de un determinado referente. Pero ambas se diferencian por el hecho de que la primera aparece como paradigma, es decir, una guía para la praxis —en el sentido del paradigma platónico— mientras que la segunda es mostrada como la realidad a la que había que aborrecer y modificar. La utopía, por lo tanto, es en *Facundo* un no-lugar; la distopía, en cambio, aparece representada por la Buenos Aires bajo el gobierno de Rosas.

Hablamos de ambigüedad o contaminación pero, en realidad, bien se podría hablar de *conciencia crítica*, de la gradual formación de un pensamiento utópico: la conciencia que anhela la inversión y transformación de un mundo absurdo y hostil, y de una condición humana que se percibe como degradada. Si Sarmiento sólo hubiese hablado de la distopía rosista, hubiera provocado la parálisis del lector; en ese juego ambiguo entre utopía/no lugar y distopía/Buenos Aires real, trata de ofrecer un estímulo para la acción. De allí que sólo al final de *Facundo*, en su contraste neto entre la utopía y la distopía, Sarmiento defina el perfil de su proyecto.

En *Argirópolis*, en cambio, «el lugar existe». «Hablamos —dice Sarmiento— de la isla Martín García, situada en la confluencia de los grandes ríos» [A, 48]. Allí se instalaría la capital de las provincias del Plata y su descripción coincide con un «lugar feliz». Como «Venus saliendo de las aguas» [A, 84], Argirópolis en Martín García es un sitio que servirá para que los hombres «habituén su espíritu a creer posible lo que es verosímil, a desear que sea un hecho lo que en teoría presenta tan bellas formas» [A, 82].

Con este breve ensayo, Sarmiento expresará varias de las ideas de su proyecto invirtiendo —como ya lo había hecho en *Facundo*— pero, sobre todo, desplazando elementos que hacían a la vida de una ciudad en conflicto: Buenos Aires.

6. La enunciación y la palabra

Tanto en *Facundo* como en *Argirópolis* se evidencia el interés —en el simulacro textual de la enunciación que se produce en el enunciado—²⁰ por la palabra. La actitud frente a la misma es diversa en uno u otro texto. En *Facundo* aparece una actitud emocional de corte romántico, desde la Introducción: «¡Sombra terrible de Facundo, voy a evocarte!» El emisor no presenta una actitud distanciada del objeto que evoca. La primera oración del texto vale casi como un conjuro: recordar al caudillo riojano y elegir un género, la biografía, están en función de revelar el enigma de la realidad social que se ha encarnado en Facundo Quiroga. Rosas es el monstruo resultante de ese enigma y lo repropone, como la Esfinge. La actitud del emisor es, pues, desde la primera frase, emocional y, al mismo tiempo, a través de una metáfora mítica, intenta revelar algo. Para esto, más tarde, mezclará la actitud emocional con un método científico de presentación, que va de lo general a lo particular, del teatro donde se mueve el héroe, a su retrato, porque la idea de Sarmiento es que el ambiente determina los rasgos de sus habitantes. Sin embargo, todo se pone al servicio del tema principal: la degradación de la civilidad con el avance de la barbarie.

Hay, pues, un asunto presupuesto que organiza toda la materia textual. El acto de habla prevalente es un acto perlocucionario:²¹ existe una intención previa y la palabra ha de ser portadora de la misma; su objetivo principal es convencer. De allí que *Facundo* abunde en hipérboles, metáforas, personificaciones, comparaciones y analogías, exclamaciones e interrogaciones retóricas. Pero la figura prevalente es la antítesis que acompaña al tema principal y se vuelve evidente en la parte III, «Presente y Porvenir», en el contraste gobierno de Rosas = barbarie = distopía *vs.* nuevo gobierno = civilización = utopía. El mismo Alberdi recuerda en una de sus *Cartas Quillotanas*, la importancia de la retórica como arma durante la tiranía rosista advirtiendo del peligro de su abuso luego de la caída de Rosas.²²

No olvidemos que el interés por la palabra parte de la educación recibida por Sarmiento. En *Recuerdos de provincia*, cuando habla de Domingo de Oro, dice: «Oro es la palabra viva, rodeada de todos los accidentes que la retórica no puede inventar. Yo he estudiado este modelo inimitable, he seguido el hilo de su discurso, descubierto la estructura de su frase, la maquinaria de aquella fascinación mágica de su palabra».²³ Palabra que forma parte de un estilo hiperbólico y profético («La América va a estremecerse de espanto»)²⁴ que más tarde el joven sanjuanino adoptará.

Según Bachtin, la palabra y las principales categorías estilísticas «sono state generate e organizzate dalle forze storiche reali del divenire ideologico-verbale di determinati

²⁰ Cf. Énonciation, en A.J. Greimas, J. Courtés, Semiotique. Dictionnaire raisonné de la théorie du langage, París, Hachette, 1979.

²¹ Cf. J. Searle, Actos del habla, Madrid, 1980, p. 34.

²² Dice Alberdi, «El escritor liberal que repitiese hoy el tono, los medios, los tópicos que empleaba en tiempos de Rosas, se llevaría un chasco, quedaría aislado y sólo escribiría para ser leído» en Cartas Quillotanas, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916, p. 26.

²³ D.F. Sarmiento, Recuerdos de provincia, Buenos Aires, Sur, 1962, p. 99.

²⁴ *Ibíd.*, p. 115.

gruppi sociali e sono state l'espressione teorica di queste forze attive, creatrici della vita linguistica».²⁵ Pues bien, en el momento histórico del que nos ocupamos, hay un gran esfuerzo por unificar e imponer un mundo ideológico-verbal con fines netamente políticos. De allí que cada grupo que pretende obtener o mantener la hegemonía, intenta una centralización cultural, nacional y política, a través de la palabra.

Se acusa a Rosas de ser un «robador del don de lenguas» [F, 63]: aunque la palabra es portadora de civilización, Rosas, al controlar la prensa porteña ha producido en ella modificaciones semánticas y así, «la revolución que se ha estado obrando en la República Argentina [...] está desfigurada por palabras del diccionario civil, que la disfrazan y ocultan, creando ideas erróneas» [F, 115]. Pero es curioso que el uso de determinados vocablos («¿No habéis oído la palabra *salvaje* que anda revoloteando sobre nuestras cabezas?» [F, 51]) y el juego populista de Rosas con precisos sintagmas basados en la antítesis, no haya impedido que los proscriptos utilizasen la misma figura retórica para enfrentarlo.

Rosas es el primero en utilizar en forma explícita un lenguaje contrastado e hiperbólico («¡Vivan los federales! ¡Mueran los salvajes, asquerosos, inmundos unitarios! ¡Federación o muerte!»), cuya función populista —al incluir en un único sistema a enemigos de diversa proveniencia política—, le sirve para articular el antagonismo de las masas a sus intereses de terrateniente y al poder omnímodo que ejercía.²⁶

Los liberales, aunque mantuvieron por un tiempo una actitud más política que ideológica (trataron en un primer momento de acercarse a Rosas para después hacerlo con Urquiza), terminaron por asumir la antítesis de la dictadura invirtiendo sus términos y, de la misma manera, procuraron afirmar su identidad política negando las diferencias existentes en el grupo de oposición.

Pero Sarmiento, con el pasar de los años, a pesar de haber continuado con su intención retórica, parece haber tenido conciencia de los aspectos negativos que el hecho acarrearba. De allí que en las primeras líneas del breve ensayo *Argirópolis*, el destinador afirme que su intención es establecer la semántica precisa de las palabras que ha de usar: «En todos los asuntos que dividen la opinión de los hombres, si han de evitarse extravíos deplorables, conviene antes de entrar en discusión, fijar el sentido y la importancia que se da a las palabras» [A, 15].

²⁵ M. Bachtin, *Estética e romance*, Torino, Einaudi, 1979, p. 78.

²⁶ He tenido en cuenta la definición que de «populismo» da F. Laclau en *Hacia una teoría del populismo en Política e ideología en la teoría marxista*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 165-233. Según Laclau, ciertos conceptos como «nacionalismo» o «populismo» históricamente han sido articulados a discursos políticos de significación diversa. Lo que importa es diferenciar el contenido de los niveles ideológicos y políticos de la forma de la existencia de las clases. Un principio reduccionista tiende a identificar ambos problemas; esto confunde, pues ciertos contenidos, según Laclau, no tienen connotación clasista. Conviene concebir la presencia de la clase en los niveles ideológico y político, no por los contenidos que éstos presenten, sino por su forma, es decir, por el principio articulador específico que la caracteriza. Aunque dos clases —la burguesía o el movimiento comunista— presenten contenidos comunes (por ejemplo el «nacionalismo» de la clase burguesa, contra el particularismo feudal; o el «nacionalismo» vinculado con el socialismo en la China de Mao) sus esfuerzos articuladores son antagónicos. En el caso que tratamos, se puede afirmar que el «nacionalismo» del gobierno rosista vinculó el antagonismo independentista de las masas con los intereses terratenientes.

Como vemos, la actitud del enunciante es completamente diversa de la del de *Facundo*: la emoción se ve reemplazada por una búsqueda de precisión, ya que establecer a priori el código y el sentido de lo tratado (la cuestión de las relaciones entre Montevideo, Paraguay y Argentina; la consecuente navegación de los ríos; el encargo de las relaciones exteriores), da lugar a una mayor posibilidad de acuerdo.

La palabra se ve ponderada teniendo en cuenta su etimología, el contexto histórico donde se desarrolló y su importancia contemporánea: «Ningún nombre de éstos pasará por nuestra pluma sin que hayamos consultado sus antecedentes, compulsado la historia y dádoles su verdadera importancia» [A, 15].

Y si la palabra no fuese aceptada por el destinatario en el marco semántico propuesto por Sarmiento, el objetivo es lograr que los hechos a los cuales se refiere, sirvan de fundamento neutro para proponer una nueva significación. Por eso el emisor se propone adoptar una actitud imparcial: «Por otra parte es nuestro ánimo decidido poner en este examen la más severa imparcialidad, a fin de alejar toda prevención de espíritu, aun de parte de aquéllos que menos dispuestos se sientan a participar de nuestras opiniones» [A, 15].

Sin embargo, en *Argirópolis* Sarmiento no puede dejar de utilizar figuras que cargan el discurso de una particular emotividad (recuérdese que G. Bof señaló que el estatuto lingüístico de las utopías se basa en una función aseverativa unida a una función emotiva, y ambas están incluidas en la dimensión performativa del lenguaje utópico).²⁷ En los primeros párrafos del texto, junto al voto de imparcialidad aparece la hipérbole («la más grave cuestión que haya hasta hoy llamado la atención de la América» [A, 15]) y la sinécdoque («con la sangre y la fortuna de los pueblos del Río de la Plata» [A, 15]). Y más adelante aparecerán interrogaciones y exclamaciones retóricas, anáforas, enumeraciones caóticas, contrastes, metáforas, comparaciones. Aunque tienen una función intencionalmente menor que en *Facundo*, también en *Argirópolis* se intenta «hacer sentir» algo a través de las palabras, en lugar de «hacer comprender» («Ya hemos hecho sentir en otra parte la ruinoso organización actual de la Confederación» [A, 69]).

La neutralidad es una meta pero resulta ilusoria; la utopía se revela como un espacio textual contradictorio. Esto se evidencia mejor en la construcción de algunos párrafos de *Argirópolis* que presentan una construcción binaria, es decir, aparecen divididos entre la emoción y la neutralidad. Por ejemplo, en las páginas 41-42, encontramos uno cuya primera parte comienza con una frase emocional «nuestro ardiente deseo» y está caracterizada por hipérboles y personificaciones («lucha fratricida que tiene escandalizado al mundo, acongojada a la América» [A, 41]), exclamaciones («¡No! No es así como obran de ordinario los gobiernos ni los partidos» [A, 41]), contrastes («El grito de las pasiones sofoca casi siempre la voz templada de la razón» [A, 42]). En cambio, la segunda parte comienza oponiéndose a todo maniqueísmo «Proponemos una transacción» [A, 41] —que será el primer paso para llevar a cabo el acuerdo, la unión, el congreso—. Así afirma: «Tomemos consejo de las circunstancias y demos a cada uno lo que legítimamente tiene derecho a exigir, sin perjudicar a los demás» [A, 41].

²⁷ G. Bof, *Escatología e utopía en Utopía e distopia*, op. cit., pp. 266-67.

En esta última posición conciliadora y neutral («Nosotros no prejuizamos nada» [A, 69]), juegan su papel los *shifters* de organización:²⁸ «Hemos cuidado intencionalmente de apartar del grave examen que nos ocupa una de las fases que presenta la cuestión del Río de la Plata, y no la menos influyente, a fin de no complicar las cuestiones y oscurecer la verdad con la multitud de tópicos y detalles» [A, 92].

Argirópolis resulta, pues, un texto formalmente contradictorio pero en el que predomina la intención de dar su justo significado a las palabras que durante tantos años de lucha han perdido su vigencia o han sido trastocadas, entendiéndose, a veces, por su significado contrario, como si la ironía fuese la figura vigente en el lenguaje político del país.

Desde 1831 en que se reservaba cada una [de las provincias] la iniciativa de la convocación, hasta 1850 (...), la palabra congreso parece haber sido abolida de nuestro lenguaje político, y lo que se dio como *provisorio* y de las circunstancias del momento, tomarse como definitivo y normal. [A, 26.]

Como el referente tópico no existe (es sólo una propuesta, una proposición, un texto), la lógica del discurso intenta circunscribir, en un significado total (Martín García como sede del congreso constituyente y como la capital de una nueva unión de las provincias del Plata), la ausencia del referente «real» (pues Martín García está todavía bajo el poder de Francia; Paraguay, Montevideo y Argentina tienen intereses diversos y opuestos; no existe un congreso sino un encargado de las Relaciones Exteriores que concentra el poder absoluto).

Argirópolis ocupa así un lugar históricamente vacío y se apoya sobre una contradicción real. Es el «noble frontispicio» de una polémica con contenidos reales. El espacio textual ideal de la ciudad-isla es el grado cero de la escritura: pocas figuras para que éstas no alteren la relación entre el texto y su referente virtual. Al entender la figura «come alterazione del rapporto di trasparenza fra significante e significato»²⁹ en un lenguaje comunicante presidido por el yo consciente, en *Argirópolis* la aspiración del «grado cero» pone en evidencia un enunciante que pretende alejarse de la «literatura»³⁰ para hablar, paradójicamente de una utopía. Justamente es la actitud imparcial del enunciante la fachada de la contradicción: no permite que los contrarios se reconcilien realmente, sino que trata de desplazarlos y trasponerlos. Y esto es observable si comparamos dos trozos equivalentes y con vínculos interdiscursivos; uno de *Facundo* («No hay que quejarse de Buenos Aires que es grande, y lo será más, porque así le cupo en suerte» hasta «pueblo que extravía» [F, 73]) y otro de *Argirópolis* («No maldigamos de la

²⁸ Para la noción de *shifters* véase el artículo de R. Jakobson, *Commutatori, categorie verbali e il verbo russo* en *Saggi di Linguistica generale* (Milano, Feltrinelli, 1966), y la aplicación de estos conceptos lingüísticos al discurso histórico en Barthes, *El discurso de la historia* en *Ensayos estructuralistas*, Buenos Aires, CEAL, 1971. Este último señala que los *shifters* de organización son «todos los signos declarados por medio de los cuales el enunciante [...] organiza su propio discurso, lo retoma, lo modifica, a lo largo de su camino, en una palabra, le asigna referencias explícitas» (p. 11). Por su parte Greimas agrega a la noción de *em-brayage* (equivalente al *shifter*) la de *débrayage*, y dice, «le terme de *débrayeur* nous paraît plus adapté à l'approche générative qui va de l'énonciation à l'énoncé», op. cit., p. 81.

²⁹ F. Orlando, *Per una teoria freudiana della letteratura*, Torino, Einaudi, 1973, p. 64.

³⁰ *Ibid.*, p. 66.

Providencia que dispone y dirige los acontecimientos humanos» hasta «los pueblos que lo forman» [A 36-37]).

En uno y otro libro, las primeras oraciones de ambos textos comportan la negación de una rebelión o protesta; pero en *Argirópolis* Buenos Aires desaparece como referente de importancia pues se ha efectuado una trasposición a la utopía representada en la situación ideal de Martín García. La primera oración del párrafo de *Argirópolis* anula la negación de la rebelión contra Buenos Aires y la traspone a la negación de la protesta contra la providencia —término de la segunda frase (afirmativa) de *Facundo* («Debiéramos quejarnos antes de la Providencia»)—.

En *Facundo* se reprime la queja a Buenos Aires, dando por justificación la grandeza presente y futura de la aldea rioplatense, y en cambio, se la traspone a la dictadura de Rosas y a la Providencia (entendida aquí como Fortuna, Naturaleza, más que como programa, destino trazado). *Facundo* niega el conflicto sustancial que acarreaba «la grandeza» de Buenos Aires; pero aunque, en principio, lo traspone a un elemento no concreto, no material (la Fortuna, la Providencia), también lo explicita: por alguna razón surge la queja.

Si en el párrafo de *Facundo* la protesta contra la situación preeminente de Buenos Aires pasa a ser contra el poder brutal del tirano, en *Argirópolis* el enunciante ordena que la queja contra la Providencia se desplace a un «nosotros», a los extravíos de toda una colectividad. Tiende así a patentizar el peso de la lucha por la hegemonía por parte de las fuerzas políticas con intereses económicos diversos. Pero esta evidencia inmediatamente se neutraliza cuando el conflicto se transmuta en una perspectiva de conciliación representada por el proyecto utópico.

El párrafo de *Facundo* acaba con el imperativo de quejarse y, por tanto, con la subsistencia del contraste y de la oposición, aunque ésta haya sido desplazada de su real objetivo a otro inmediato y encarnado en una persona: Rosas.

Con la propuesta de la búsqueda de una conciliación, y la identificación de la Providencia con el Proyecto ³¹ —en el sentido de una posibilidad («acaso») que logre acordar los excesos y los intereses diversos detrás del «noble frontispicio»— llegamos al final del párrafo en *Argirópolis*.

7. *Facundo*: la utopía por negación

Vanni Blengino ha señalado en un artículo que en *Facundo* «il futuro ha una tale consistenza che si sovrappone alla percezione del presente, negandola. La convinzione nel progresso è così radicata da negare i dati della percezione e attraverso l'ingannevole apparenza cogliere la potenzialità che la mediazione temporale, il futuro, *el porvenir*,

³¹ El concepto de Providencia que aparece en otros textos de Sarmiento (recuérdese la profunda creencia de la madre en una Providencia protectora. Recuerdos de provincia, op. cit., p. 147) era bastante común en algunos de los escritores y utopistas de la época romántica. Lamennais, por ejemplo, pensaba que la Providencia que gobierna el progreso, es el alma de la historia. Cf. P. Bénichou, El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica, México, F.C.E., 1984.

renderà pienamente intelligibile». ³² Como hemos visto, es precisamente cuando Sarmiento se refiere a Buenos Aires, y a su «providencial destino», que se vuelve imperioso no renunciar al porvenir: cuando el sanjuanino se refiere a la aldea porteña en su dimensión futura utiliza un tono elevado y aún coordinadas literarias, biográficas, históricas, políticas, sociológicas y filosóficas en las que el futuro se superpone al presente. Esto es explicable pues, como señala Roger Caillois, «la elevación de la vida urbana a la categoría de mito significa inmediatamente para los más lúcidos una preocupación aguda de *modernidad*» ³³

Sarmiento desea que se ponga fin a la tiranía rosista, entre otras cosas, para que se dé a Buenos Aires, «el rango elevado que le toca entre las naciones del Nuevo Mundo» [F, 46]. De su importancia, la misma Buenos Aires se había dado cuenta cuando su victoria contra los ingleses: ese espíritu de la propia suficiencia, Sarmiento lo proyectará al futuro y lo manifestará en la idea de una ciudad virtual. Pero, además, el tono profético que Sarmiento adopta al describir la aldea, se enlaza con su actitud frente a la historia argentina y con su creencia en el papel mesiánico que le tocaría en la misma.

A pesar de su detallada (aunque sabemos que no experimentada: conocerá la pampa sólo en 1852, cuando será boletínero en el Ejército Grande) distinción entre los dos espacios en conflicto, sea desde un punto de vista geográfico como cultural, Sarmiento no profundiza en la contradicción política y económica que estaba en la base del desarrollo de la aldea rioplatense y se limita a presentar la Buenos Aires «real» bajo una dimensión distópica.

Al final de *Facundo* esos dos polos en los que se encarna Buenos Aires se concretizan en una serie de interrogaciones y de respuestas que hacen al gobierno de Rosas y al proyecto de Sarmiento («¿Ha perseguido Rosas la educación pública [...]? No importa; centenares de alumnos argentinos cuentan en su seno los colegios de Francia, Chile, Brasil, Norteamérica, Inglaterra y aún España. Ellos volverán luego a realizar en su patria las instituciones que ven brillar en todos esos estados libres.» [F 347]). Es lo que yo llamo «utopía por negación», es decir, los postulados ideales de la sociedad son puestos en evidencia por medio de su contraste con los aspectos negativos de la comunidad presente, con la distopía creada por Rosas. De allí que el sanjuanino afirme: «Ahora no nos queda que hacer sino lo que él no ha hecho y reparar lo que él ha destruido» [F 351].

Curiosamente, para desarrollar estos ideales que se contraponen a la obra del dictador, su nombre desaparece de la escritura. Sarmiento usa, en su lugar, el pronombre de tercera persona, en bastardilla y lo vuelve recurrente por medio de anáforas. En esta desaparición del nombre del tirano, *Facundo* es semejante a *Argirópolis* pero, si en este texto el no nombrar a Rosas tiene por finalidad neutralizar los ánimos y las pasiones para realizar una reforma de la institución de las Relaciones Exteriores, en *Facundo* la repetición del pronombre adquiere el carácter de una letanía acusatoria: «Porque *él* ha destruido los colegios» [F 352]; «Porque *él* ha encadenado a la prensa». «Porque *él* ha perseguido a muerte los ilustrados» [F 353].

³² V. Blengino, «Storia negata. nazione programmata», en Letterature d'America, Anno V, n.º 21, Inverno 1984, p. 72.

³³ R. Caillois, El mito y el hombre, Buenos Aires, Sur, 1939, p. 305.

Pero en la letanía entrará también ese «porvenir tan bello» al que no pueden renunciar los hombres libres. De este modo la utopía aparece en una serie de sintagmas yuxtapuestos gramaticalmente pero contrapuestos en la significación a la otra serie, que pertenece a la distopía rosista:

Porque *él* ha malbaratado las rentas pingües del puerto de Buenos Aires (...), el puerto de Buenos Aires será declarado propiedad nacional, para que sus rentas sean consagradas a promover el bien de toda la República, que tiene derecho a ese puerto de que es tributaria. [F 352.]

La primera serie de sintagmas tiene por sujeto el pronombre «él» al que siguen los verbos de significación negativa («ha encadenado», «ha profanado», «ha perseguido», «no ha tomado una medida administrativa», etcétera). La otra serie, en cambio, tiene por sujeto ese «nuevo gobierno», aún no existente en la realidad, y sus verbos en futuro constituyen el Proyecto: «se consagrará a restablecer los correos y asegurar los caminos que la naturaleza tiene abiertos» [F 351]; «situará el ejército permanente en el Sur y asegurará territorios para establecer colonias militares», «establecerá grandes asociaciones para introducir población y distribuirla en territorios feraces», «fomentará de preferencia la navegación fluvial», «organizará la educación pública» [F 352], etc.

Esta utopía de reconstrucción social que subraya tanto las condiciones materiales a las que debe llegar la sociedad como la libertad individual que deberá poseer el hombre tiene en común con la distopía la orientación teleológica. Así se explica la paradoja del rol fundamental de la Providencia tanto en la configuración del gobierno de Rosas como en la puesta en marcha del Proyecto futuro:

Pero no se vaya a creer que Rosas no ha conseguido hacer progresar la República que despedaza, no; es un grande y poderoso instrumento de la Providencia que realiza todo lo que al porvenir de la patria interesa. Ved cómo. Existía antes de él [...] el espíritu federal en las provincias, en las ciudades, en los federales y en los unitarios mismos; él lo extingue, y organiza en provecho suyo el sistema unitario que Rivadavia quería en provecho de todos. Hoy todos esos caudillejos del interior [...] no respiran sin su consentimiento. La idea de los unitarios está realizada, sólo está demás el tirano; el día que un buen gobierno se establezca, hallará las resistencias locales vencidas y todo dispuesto para la unión. [F 345.]

El uso del futuro en la serie «nuevo gobierno» o de perífrasis verbales de carácter futuro para referirse a la Buenos Aires del porvenir («venga a ser», «está llamada a ser») subraya la idea de que la utopía, como la concretización de un mundo diverso, está subordinada al devenir (y algo hay en esos sintagmas, del pensamiento milenarista, cuyas ideas —en su aspecto apocalíptico— habían sido recogidas en las descripciones que se hacían de París por esa misma época: descripciones que parecían sacadas de sermones de predicadores que advertían de la corrupción presente de la urbe)³⁴. Es una utopía basada en la esperanza y tiene carácter temporal —a diferencia de aquellas de tipo geográfico-mítico; la alienta más un trasfondo religioso (el rol de la Providencia) que un espíritu netamente laico.

Su falta de apoyo en un lugar «real» y el construirse por negación, *contra* algo, vuelve

³⁴ Según R. Caillols, «Habría una investigación que llevar a cabo sobre el papel de la Iglesia en la creación del mito de París y la manera en que éste ha heredado una representación también mítica, en parte, de Babilonia», *ibíd.*, p. 198, nota p. pág.

la sede primigenia y virtual del proyecto (Buenos Aires dentro de un programa político unitario) en un no-lugar, que se concreta sólo en la nostalgia del futuro.

8. *Argirópolis*: la utopía como desplazamiento

El tema de la utopía comienza a ser desarrollado en *Argirópolis* a partir del capítulo «La capital de los Estados Unidos del Río de la Plata». La cuestión de la falta de una capital argentina surgió a partir del momento en que el partido federal se opuso en 1826 a la constitución y a la idea de transformar Buenos Aires en el centro del poder político. Fue por eso que el Tratado del Cuadrilátero propuso como sede de la comisión a Santa Fe, por el temor del exceso de poder que se podía llegar a concentrar en Buenos Aires. A pesar de que Sarmiento opina que era un temor exagerado, en el momento en que escribe tiene su razón de ser, puesto que la aldea porteña está representada por Rosas y los estancieros de la provincia.

Cuando Sarmiento insiste en justificar el temor hacia Buenos Aires tan sólo por la existencia en la misma de un personaje inadecuado y no por la serie de intereses que el mismo representa, simplifica una vez más la compleja realidad nacional y prefigura su posterior actitud después de la caída de Rosas. Como señala Alberdi en «Facundo y su biógrafo»: «Sarmiento ignora que la *Suma del poder público* con que Rosas gobernó, no procedía de la ley ni del plebiscito que la confirmó, sino de la suma del tesoro argentino concentrado en Buenos Aires. No conocía la naturaleza económica del poder.» Y agrega: «El hecho es que la misma causa que quebró la vida de Rosas en dos partes, haciendo de un buen ciudadano campesino un terrible tirano de Buenos Aires, es lo que ha dividido en dos mitades la vida de Sarmiento, haciendo de un buen provinciano liberal un aciago restaurador de la tiranía económica que tuvo Rosas por instrumento.»³⁵

Según Sarmiento, el sitio para la instalación de la capital de la República Argentina es Martín García. Por lo tanto, el lugar utópico no es una invención; pero existe sólo para el objetivo del escritor, puesto que entonces la isla estaba bajo el dominio de un país extranjero. Esto Sarmiento lo pasa por alto, en su sueño del porvenir. Tiende, en cambio, a subrayar las características que servirán de fundamento en la construcción de la utopía: con la historia de Martín García recoge una, la unión; y con su situación geográfica, la otra: la distancia de Buenos Aires.

8.1. *La unión*

Dice Sarmiento: «Afortunadamente el local existe, y es célebre ya en la historia de las colonias españolas por la *reunión* de los diputados de las coronas de España y Portugal, para *transigir* por medio de *convenios amigables*, prolongadas cuestiones de límites y poner, como al presente, término a guerras asoladoras» [A, 47].

³⁵ J.B. Alberdi, *Grandes y pequeños...*, op. cit., p. 298.

³⁶ *Ibíd.*, p. 316.

Como vemos, primeramente, Sarmiento afirma la existencia de Martín García, y lo hace repasando su historia. En el texto se suceden sustantivos, verbos y adjetivos («reunión», «transigir», «convenios», «amigables») que hacen a la gran unidad de significado de *Argirópolis*: la unión. En el librito se busca la resolución de la contradicción activa (la historia) —entre Buenos Aires y su poder, por un lado, y la situación política y económica de las provincias argentinas y los estados limítrofes del litoral, por el otro— en la unificación pluralista de los elementos en juego, bajo un estado confederado que constituirá esa reconciliación por venir: «Hablamos de la isla Martín García, situada en la confluencia de los grandes ríos. Ocupándola el *Congreso* la ocuparán *al mismo tiempo, todas las provincias, todas las ciudades interesadas, todos los estados confederados*» [A, 48; el subrayado es mío en las dos citas]. Y más adelante agrega: «Crear una capital en el punto céntrico del Río de la Plata que poniendo por su posición geográfica en armonía todos los intereses que se chocan sin provecho [...] termine a satisfacción de todos los partidos, de todos los Estados del Plata la guerra que los desola» [A, 77].

Las ideas de «unión» y «totalidad» le vienen a Sarmiento de Europa: hacia la unión propende Italia y lo mismo hace Alemania. Incluso los Estados Unidos tienden a agregar nuevos estados a los ya existentes. Esta idea se apoya, además, desde un punto de vista económico, en el ejemplo del monopolio («la ciencia económica muestra, desde el mecanismo de las fábricas hasta la administración de los Estados, que grandes masas de capitales y brazos soportan con menos gasto el personal que reclaman» [A, 80]). Y desde un punto de vista político, en la idea del imperio: «Cuando por otra parte brillan en la tierra cuatro o cinco naciones, los hechos y los hombres de las pequeñas pasan inapercibidos, valiendo más ser diputado de la cámara baja en Inglaterra que presidente en una república oscura» [A, 80].

La idea de unión no es ajena tampoco a una cuestión de estrategia política internacional: «Los Estados del Plata están llamados, por los vínculos con que la naturaleza los ha estrechado entre sí, a formar una sola nación. Su vecindad al Brasil, fuerte de cuatro millones de habitantes, los pone en una inferioridad de fuerza que sólo el valor y los grandes sacrificios pueden suplir» [A, 80].

Así pues, esta ciudad en Martín García propondría la resolución de los conflictos por su posición céntrica en el Plata, y en ese lugar que, simbólicamente, representa la armonía, se reunirían «todos». En consecuencia, el centro constituiría, además, una condensación de opiniones pues, al ser la sede de un congreso, concentraría los intereses democráticos de la nación.

8.2. *Distancia de Buenos Aires*

La posición geográfica de Martín García, alejada de los espacios conflictuales, posibilitaría la reunión de todas las partes, garantizando con su distancia de Buenos Aires y de Rosas, la libertad de las mismas («se desliga naturalmente de toda influencia de cada una de las provincias que forman la unión» [A, 77]). Y esa libertad también se reflejaría en otros aspectos, entre ellos el económico: al ser una aduana libre para todas las provincias que concordasen con ella, Martín García permitiría el libre intercambio de productos [A, 68].

Además, la situación «extranjera» (alejada/distanciada) la vuelve «baluarte de defensa para los Estados y, por lo tanto, está llamada a ser el centro de la unión» [A, 78]. Vemos así que el «centro» de la esencia de la capital de los Estados del Plata, Argirópolis, sería su situación extranjera.

8.3. *Desplazamiento*

Las características de esa urbe virtual que proponían los proscriptos, frente a la ciudad real de Buenos Aires, se concreta en *Argirópolis*, en el proyecto de hacer de la isla de Martín García, capital de la República, a la vez que aduana de una deseada federación de estados que habría permitido reincorporar Uruguay y Paraguay a los intereses argentinos.

Por lo tanto, en esta obrita de Sarmiento, se busca la resolución de los conflictos vinculados con un espacio (Buenos Aires), por medio del desplazamiento. Cuando hablamos de que la esencia de la utopía de Martín García es su situación distanciada de Buenos Aires —su situación «extranjera»— estamos repitiendo aquellas características que sirvieron y servirían para perfilar literariamente a Buenos Aires. Hay, por lo tanto, un desplazamiento de aquellas condiciones que volvían a Buenos Aires una imagen escindida, en contradicción consigo misma y en la que los elementos positivos, virtuales, estaban en un «no-lugar». En el «lugar feliz», esas características cambian de signo: en Martín García los elementos negativos de la Buenos Aires «real» se transforman en su «baluarte de defensa» y se convierten en un centro que condensa la totalidad.

Algunas de las funciones que ya cumple Buenos Aires (ser la puerta del país, por ejemplo), se ven desplazadas textualmente a la isla, a la que Sarmiento define como «la llave del país» [A, 29].

Por lo tanto, por su condición insular, y por su posición geográfica, Martín García está en condiciones de desplazar a su propio ámbito la función monopolizadora del puerto de Buenos Aires, pero cambiándole el signo y transformándola en la «aduanas común a todos los pueblos riberaños, entrando desde ahora en mancomunidad de intereses comerciales y políticos el Paraguay, Corrientes, Santa Fe, Entre Ríos y la República del Uruguay» [A, 49]. Cumpliendo esta función, Martín García aboliría la inútil competición comercial con Europa, existente en ese momento, entre Montevideo y Buenos Aires.

El desplazamiento de las funciones comerciales a la isla, es vista como novedad que anula la competición y que, en cambio, promueve la unión de intereses: «la población de la isla creará en pocos años un nuevo centro comercial común a las dos ciudades, y por lo tanto, un nuevo elemento de prosperidad para ellas, aumentando el número de ciudades comerciantes y ricas del Río de la Plata» [A, 79].

8.4. *Cambio de signo*

Cambio de signo, dijimos. En efecto, la totalidad y la unión que son el fundamento de la utopía sarmientina en este texto («todas las provincias, todas las ciudades interesa-

das, todos los estados confederados» [A, 48]) se oponen al también anafórico «ella sola» que se repite en *Facundo* con respecto a Buenos Aires.

Así pues, a la unidad y aislamiento de la ciudad real, Sarmiento le opone la totalidad de la utopía. Y si en Buenos Aires encontramos la Suma del Poder Público en una sola persona —que se opone a la convocatoria del Congreso—, en Martín García hallaríamos una federación de poderes unidos en primera instancia por una convocatoria congresual.

Además si la cuestión de la capital no ha sido resuelta históricamente por el terror de las provincias frente al poder de Buenos Aires, Sarmiento piensa que justamente Martín García, «llenaría aún mejor que Washington entre nosotros, el importante rol de servir de centro administrativo de la unión» [A, 49].

Pero Argirópolis representa asimismo un cambio de signo a nivel político: si en *Facundo* Sarmiento habla de la grandeza de Buenos Aires, como de algo que le cupo en suerte, y de su posición privilegiada como resultado de la configuración del suelo argentino, para justificar la ideología unitaria que profesa el libro, en *Argirópolis* los mismos argumentos aplicados a Martín García son válidos para abogar por la federación.

Sarmiento no niega ahora lo dicho en *Facundo* respecto de Buenos Aires, incluso lo repite («Buenos Aires es el punto de una circunferencia adonde convergen de todos los otros extremos las líneas de comunicación resultando que los puntos más distantes están, por este solo hecho, condenados a la ruina inevitable...» [A, 53]). Pero, en lugar de moverse dentro del circuito dicotómico que había instaurado en *Facundo* (Buenos Aires monopoliza el poder y la cultura pero las provincias se vengán enviándole a Rosas), en *Argirópolis* el acento está puesto en el intento de repudiar aquel monopolio ya por medios humanos («Esta mala distribución de las ventajas comerciales obrada por la configuración geográfica del territorio que ocupa la actual confederación debe remediarla el Congreso Nacional» [A, 54]), ya desplazando aquellas premisas de valor —dadas por la naturaleza a la situación privilegiada de Buenos Aires en *Facundo*— a otro lugar, Martín García («la naturaleza misma ha señalado a Martín García como capital de la federación» [A, 55]), luego de negarlas, en *Argirópolis*, para Buenos Aires:

[...] teniendo presente que *no* es el puerto de *Buenos Aires* la vía que la naturaleza ha indicado para la cómoda exportación de los productos del trabajo de los pueblos del interior. [A, 54, la cursiva es mía.]

9. Conclusión

La utopía, entendida como una «esperanza tenaz», no sólo es evidente en la obra de Sarmiento sino que fue un presupuesto alrededor del cual se organizaron las estructuras mentales y los ideales de aquel tiempo. Como señala F. Aínsa, «la utopía provoca múltiples y complejas relaciones con las ideas filosóficas, la literatura, los movimientos sociales, las corrientes ideológicas, el simbolismo, los mitos y las creencias de la época»³⁷ y, en efecto, así sucedió a mediados del siglo XIX en Argentina.

³⁷ F. Aínsa, «Función de la utopía en la historia del pensamiento de América Latina», en Memoria del XX Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Budapest, 1981, p. 26.

Hay que recordar, además, que la utopía, como el presupuesto de la ciudad feliz, tenía su contrapartida en la frontera que era el símbolo del cociente de adversidad que se oponía al proyecto.³⁸ A partir de la frontera, que separaba la ciudad de la pampa, comenzaban para los liberales argentinos el desorden, la desolación y la amenaza de los indígenas que procuraban defender sus tierras.

La importancia conflictiva de la frontera en el modelo cultural de entonces, se manifiesta en esta comparación que hace Sarmiento:

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive de la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes; allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etcétera. Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos los pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas; parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro: aún hay más: el hombre de la campaña, lejos de aspirar a semejarse al de la ciudad, rechaza con desdén su lujo y sus modales cortesés; y el vestido del ciudadano, el frac, la capa, la silla, ningún signo europeo puede presentarse impunemente en la campaña. [F, 80-81.]

La frontera no es estable. El número de sus habitantes, blancos y mestizos, tendía a disminuir en lugar de acrecentarse: muchas veces los indios volvían a ocupar las zonas de las que se vieron desplazados, pero, además, las comarcas arrancadas al indio, en vez de ser colonizadas, se repartían entre los integrantes de un grupo reducido de terratenientes de Buenos Aires.³⁹

En el modelo cultural de entonces,⁴⁰ el espacio externo (la pampa) es representado con imágenes voraces que invaden la ciudad. Así no es extraño que «el terreno inculto llegue hasta ligarse con las calles» [F, 80] y la ignorancia y pobreza de la llanura estén «como las aves mortecinas, esperando que las ciudades del interior den la última boqueada para devorar su presa, para hacerla campo, estancia» [F, 131].⁴¹ Sin embargo, «contra la imagen que propone un divorcio absoluto entre la ciudad y la campaña es necesario subrayar —dice T. Halperín Donghi— lo que une a la ciudad comerciante y la llanura ganadera». Si en el cuadro del mundo de los proscriptos implicaba una abrupta operación divisoria, la realidad era que los grandes señores de la llanura originalmente salían de las ciudades en donde se establecían las pautas económicas de expansión ganadera, luego legalizadas para transformar a esos ciudadanos en dueños de la tierra. Y si éstos después actuaban dentro de un tipo de vida rural, por cierto no

³⁸ Véase a título comparativo, el análisis de F.J. Turner del concepto de «frontera» en los Estados Unidos, *The Frontier in American History*, New York, Henry Holt and Comp., 1950.

³⁹ J.C. Grosso señala que entre 1837 y 1840, 2.300.000 hectáreas fueron adjudicadas a 237 personas (Los terratenientes federales en *Historia integral argentina*, vol. 12, Buenos Aires, CEAL, 1970, p. 82).

⁴⁰ «Modelo cultural» es la descripción de los textos de la cultura construidos recurriendo a los medios de la modelización espacial; es la propia concepción del desarrollo cultural. Cf. Lotman, *Texto e contexto*, op. cit., p. 155.

⁴¹ Estas imágenes de voracidad animal para representar la pampa pasarán a ser imágenes vegetales y ciudadanas a finales del siglo. Buenos Aires «ha atropellado el arrabal y a semejanza de voraz corola sarcófaga, aprisionó e hizo desaparecer entre sus pétalos, hombres, cosas, tradiciones. El rancho ya no existe. Con él se ha ido el parejero y con éste ha hundido en la pampa su silueta el gaucho, para no volver más», nos dice un personaje de *Libro extraño* de F. Sicardi, Buenos Aires, Fco. Granada edit., s/f., tomo I, p. 370.

cortaban sus lazos con la vida ciudadana.⁴² Y además, por otro lado, durante la primera gobernación de Rosas, ingresan en Buenos Aires sectores que habitaban los suburbios o el campo y que, según J.L. Romero, poseían «una ideología espontánea, cuyos términos comenzaron a hacerse precisos cuando se enfrentó con la ideología de las ciudades».⁴³

Esta comunidad de intereses entre la ciudad y la campaña, y ese ir y venir, en todas sus variantes, aparecen representados («Las atrocidades de que era teatro sangriento Buenos Aires habían por otra parte hecho huir a la campaña una inmensa multitud de ciudadanos que, mezclándose con los gauchos, iban obrando lentamente una fusión radical entre los hombres del campo y los de la ciudad; la común desgracia los reunía; unos y otros execraban aquel monstruo sediento de sangre y de crímenes, ligándolos para siempre en un voto común». [F 338]), pero al ser modelizados en el *corpus* literario de los proscriptos, su expresión preeminente estará dada por la antítesis de Sarmiento. Es que éste, como señala Martínez Estrada, «no vio que civilización y barbarie se integraban en un tipo de cultura, en un status social complejo, como que historia argentina (o suramericana) implica un status político, un tipo de cultura cívica de la misma complejidad: lo que el lenguaje técnico llama “cultura bastarda”».⁴⁴

Pero a pesar de haber terminado por elegir el partido de Buenos Aires, la trayectoria vital de Sarmiento tiene un carácter «bastardo» en el sentido de que su personalidad aúna elementos del interior sanjuanino donde nació, con la ciudad-puerto en la que desarrollará su carrera política. Su vida es comparable a la de un héroe moderno en una novela metropolitana de Balzac o de los precedentes escritores ingleses (Defoe, Fielding, Richardson): es el provinciano que llega a la ciudad-centro y acaba por conquistarla.⁴⁵

Su modo de presentar la ciudad-centro tendrá como característica principal la excentricidad: Buenos Aires, en su cualidad «céntrica» —es decir, condensadora de una serie de valores sentidos como «altos» (el espacio argentino para civilizarse debe transformarse en ciudad, y la ciudad del interior tratar de imitar a Buenos Aires)— está en un «no lugar», en el futuro, y aparece representada por la alegoría. Este elemento formal, que intenta ocupar una posición «neutra» en el contraste campo-ciudad, el sanjuanino lo concibe al tratar de delinear el «espíritu de ciudad» que está en la base de su concepto de Estado.

Asimismo, las características de la ciudad-puerto —que pueden ser sus virtudes o sus defectos, de acuerdo con el uso político que se haga de ellas—, pueden representarse desplazadas a un «lugar feliz», la Martín García utópica.

⁴² T. Halperin Donghi, *El Río de la Plata al comenzar el siglo XIX*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1961, p. 79.

⁴³ J.L. Romero, *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 177.

⁴⁴ E. Martínez Estrada, *Sarmiento*, Buenos Aires, Sudamericana, 1969, p. 60.

⁴⁵ *El movimiento de posesión de un espacio urbano se repetirá cuando el sanjuanino se traslade a Europa y piense: «La llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile y el Facundo, tengo fe en este libro. Llego pues, a París y pruebo la segunda llave»* (en *Los viajeros*, N. Jitrik comp., Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1969, pp. 24-25).

La utopía como proyecto civilizador cuyo referente principal es Buenos Aires, tendrá con Sarmiento dos formas textuales: la ficción y el discurso político. *Facundo* encarna la primera, *Argirópolis* la segunda.

El género de *Facundo* ha sido siempre difícil de definir, porque resulta del entrelazamiento de muchos. Es verdad que en este texto, como en prácticamente toda la obra de Sarmiento, el acto lingüístico predominante es el perlocucionario pues, como señala Anderson Imbert, sus escritos de «un peculiar tono autobiográfico» terminan «siendo siempre actos políticos».⁴⁶ Es verdad también que *Facundo*, como los principales textos sarmientinos cuyo referente era la dictadura rosista, aunque se desenvuelven o desmenucen en multitud de anécdotas que se parecen a pequeños cuentos, siempre se apoyan o vuelven al tema principal —la idea de la falta o de la degradación de la civilidad— que encuadra recurrentemente los elementos ficcionales dentro de un marco ensayístico con un objetivo político.

No obstante, en la constitución de esa particular biografía del caudillo riojano, prevalecen aspectos definibles como ficticios: por empezar, el protagonista, Quiroga, está representado como una figura mítica; otro aspecto es la estructura de la obra cuya función estética ya ha señalado D.L. Shaw.⁴⁷ Así, pues, *Facundo*, aunque de género incierto, posee elementos contenidísticos y formales que evidencian una función estética prevalente o equiparable a la intención política.

En cambio, *Argirópolis* es un ensayo cuya función predominante resulta política y no estético-literaria;⁴⁸ un discurso «destinato a chiamare e a rispondere, a dissuadere e a convincere; un discorso d'uomini per trasformare uomini e relazioni tra uomini, non solo medium per riprodurre il reale».⁴⁹ Y es por esto que Sarmiento se lo envía a Urquiza con la esperanza de que revoque el encargo de las Relaciones Exteriores y convoque un Congreso constituyente.

La estrategia enunciativa de *Argirópolis* consiste en que los *shifters* subrayan que el destinador adopta una posición neutral respecto de las ideas del discurso. Así, cada «embrayage» sería un «debrayage» desde un punto de vista ideológico («Nosotros no juzgamos nada»): la elección de la neutralidad en función de la persuasión. A diferencia del de *Facundo*, el enunciante aquí se abstiene de interpretar: procura convencer por medio de una información que por su «veracidad» tendría que ser compartida por el enunciatario.

Hay una serie de anáforas semánticas (la modelización de la información) que son intencionalmente menos literarias que en *Facundo* (aunque, como hemos visto, los recursos retóricos son también frecuentes): no tienden a «representar» ficcionalmente el mundo (la dictadura, la república, la ciudad), sino a proyectarlo. Las anáforas semánticas de *Argirópolis* tienen que ver con la idea de totalidad y unión y con el desplazamiento; en *Facundo*, en cambio, se relacionaban con la degradación y la antítesis.

⁴⁶ E. Anderson Imbert, «Sarmiento y la ficción» en *Sur*, n.º 341 (1977), p. 45.

⁴⁷ D.L. Shaw, «Concerning the Structure of *Facundo*», en *IberoAmerikanisches Archiv*, N.F. Jg6 H3 (1980), pp. 239-250.

⁴⁸ Para el concepto de «función estética», cf. de J. Mújarovsky, *La funzione, la norma e il valore estetico come fatti sociali*, Torino, Einaudi, 1971.

⁴⁹ P. Fabbri, A. Marcarino, «Il discorso politico», en *Carte semiotiche*, n.º 1 (1985), p. 9.

La *imago* de Buenos Aires se polariza entre la distopía que Rosas ha creado y la utopía, que la sitúa grandiosa, culta y gigantesca en un futuro o, traspuestas sus cualidades de civilidad, en un lugar feliz. Con Sarmiento, Buenos Aires será un polo de las dos fuerzas que sostienen y a la vez desgarran la nación: Buenos Aires, como *analogon* de la utopía, no permitirá reconciliar los contrarios sino desplazarlos y trasponerlos.

Pero la utopía es también un discurso de carácter progresista (no sólo por los vínculos que podía tener, en la época de Sarmiento, con el progreso decimonónico: antes bien, por ese período aparecen también las distopías, cuya función principal era criticar el Progreso consecuente a la Revolución Industrial), ya que «la sua primaria realtà coincide con quella coscienza della propria dignità e del proprio diritto».⁵⁰ De allí su diferencia con el mito que es una realidad sin historia, no modificable. La utopía implica que se puede intervenir artificialmente sobre la historia para modificarla,⁵¹ aunque el paradigma que ofrece de la realidad sea tan sólo una solución imaginaria, un «simulacro de la síntesis»⁵² de las contradicciones históricas.

Esta naturaleza ambigua sitúa la utopía en un espacio intermedio entre el mito y la historia, entre la sincronía y la diacronía. Es este carácter el que vincula la utopía con la representación literaria de Buenos Aires: excéntrica y a la vez concéntrica, al margen de la civilización europea pero condensadora de las cualidades de la misma en relación con el resto del país. Dos formas que también expresan la historia de la ciudad: dejada de lado por la corona cuando el virreynato del Río de la Plata, durante los primeros años de la República y también después, concentrará la riqueza y la cultura del país.

En el siglo XX, buena parte de los escritores que traten el tema urbano utilizarán la misma lengua de representación ciudadana del siglo XIX; pero las relaciones espaciales en las que estará involucrada literariamente Buenos Aires, tendrán una significación diversa: los escritores abandonarán la utopía como *analogon* y harán prevalecer el mito. La Buenos Aires del siglo XX mantiene esa cualidad ambigua, intermedia, oscilante entre la excentricidad y el impulso hacia el centro, pero está fija para siempre en el tiempo estático del mito.

María Cecilia Graña

⁵⁰ A. Colombo, L'utopia, il suo senso, la sua genesi como progetto storico, en *Utopia e distopia*, op. cit., p. 143.

⁵¹ L. Bertelli, Genesi e vicenda dell'utopia greca, ibíd., p. 243.

⁵² Marín, op. cit., p. 1.

El estilo ensayístico de Sarmiento

Un personnage sçavant n'est pas sçavant partout; mais le suffisant est partout suffisant, et à ignorer mesme; icy, nous allons conformément, et tout d'un train, mon livre et moy. Ailleurs, on peut recommander et accuser l'ouvrage, à part de l'ouvrage, à part de l'ouvrier, icy, non; qui touche l'un, touche l'autre.

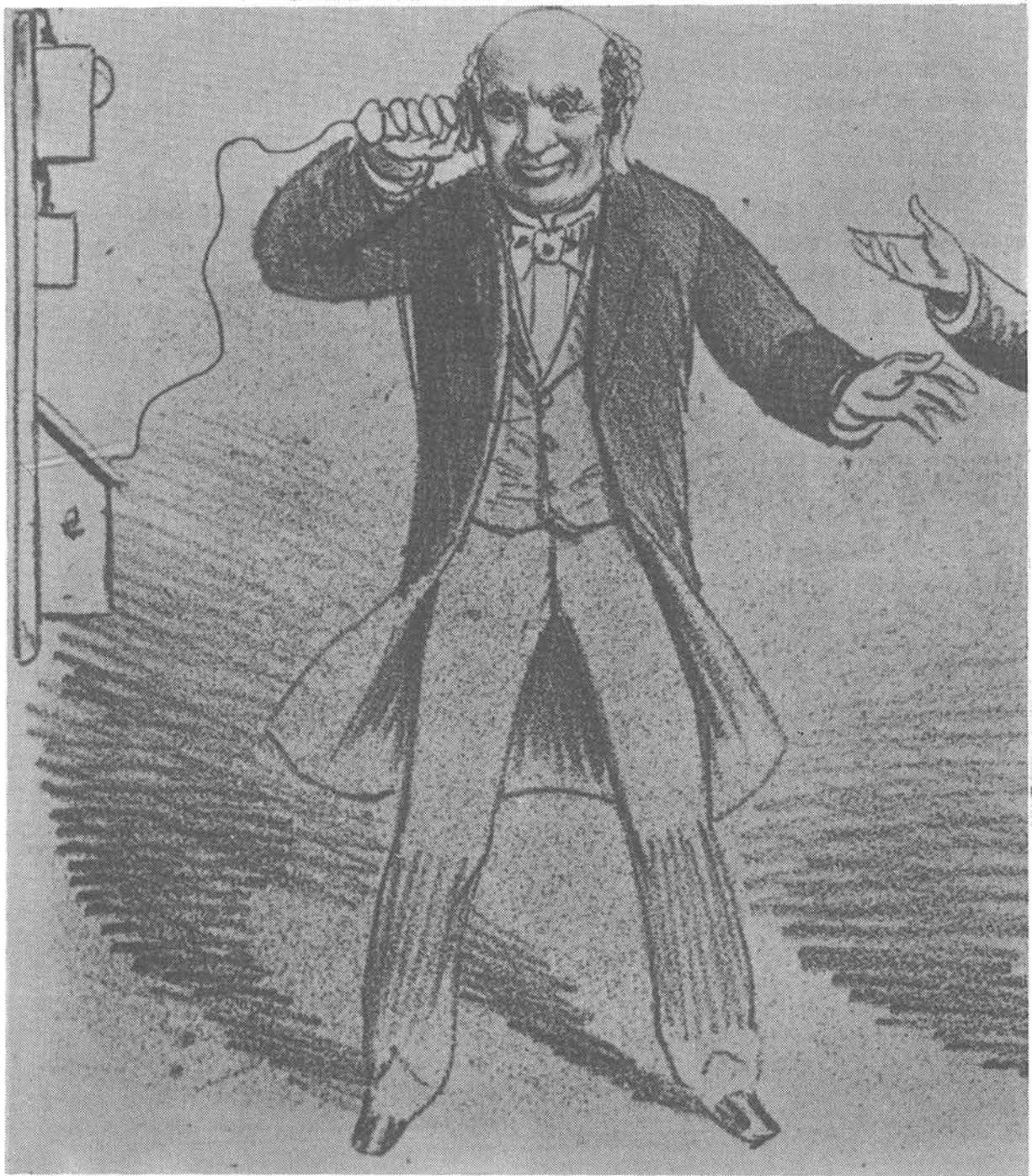
Michel de Montaigne, *Essais* II, 3

El análisis del estilo ensayístico desde la perspectiva de la producción del discurso¹ quizá no contribuya a lo que parece ser el problema laberíntico, y tal vez tautológico, de distinguir el discurso ensayístico del de los otros géneros literarios, pero sí puede tener el valor de caracterizar una escritura determinada de tal forma que se puede contrastar una con otra. Este enfoque no tendría necesidad de un modelo prototípico de la producción ensayística², puesto que estudiaría el juego dinámico que existe entre la intención del autor, la forma literaria, y la función del discurso en sus múltiples contextos. Al llevar a cabo este tipo de análisis, se deben tomar en cuenta por los menos dos consideraciones. La primera es considerar los factores relevantes a la producción de un discurso dado, teniendo en cuenta el conjunto de los diferentes valores de clase y tendencias artísticas que influyen en el autor³; también son importantes las idiosin-

¹ Véase Pierre Macherey, *A Theory of Literary Production*, trans. Geoffrey Wall (Londres: Routledge & Kegan Paul, 1978), y Noé Jitrik, *Producción literaria y producción social* (Buenos Aires: Sudamericana, 1975).

² La división de diferentes tipos del discurso según el «género literario» ha sido históricamente la labor de los críticos quienes, con visión retrospectiva, han intentado categorizar la variada producción literaria de aquellos escritores que han querido considerar. Esta operación crítica necesariamente produce un cierto grado de distorsión, dado que muchos escritores son influidos por factores que van más allá de una mera fidelidad a una forma canonizada. Aún los que en la práctica aceptan la inevitabilidad de escribir en un género u otro, reconocen que la caracterización formal de su escritura es quizá uno de los aspectos menos importantes. Tengo en mente a David Viñas, para quien los géneros literarios son meras «tácticas de composición» («Poderes de la literatura y literatura del poder: trabajadores, burócratas y francotiradores», *El Cronista Comercial*, 12 noviembre 1975).

³ Terry Eagleton, *Criticism and Ideology: A Study in Marxist Literary Theory* (London: Verso, 1978), discute las diferentes ideologías que en conjunto constituyen una «ideología del texto». En primer lugar, se encuentra el «modo general de la producción», que él caracteriza como la unidad de ciertas fuerzas y relaciones sociales de la producción material que predominan en una sociedad particular. En segundo lugar se encuentra el «modo literario de la producción», que se refiere a las tendencias predominantes de la producción y recepción de la escritura. En tercer lugar se encuentra la «dominante formación ideológica», esto es, el sistema de valores y creencias relacionados con las estructuras de la producción material, que reflejan las relaciones experimentales de sujetos individuales con sus condiciones sociales. En cuarto lugar se encuentra la «ideología del autor», que tiene en cuenta el dato biográfico del autor en relación a la ideología dominante, según la cual los factores relacionados a la clase social, sexo, nacionalidad, religión y región geográfica actúan e influyen en su discurso. En último lugar se encuentra la «ideología estética», que tiene



Caricatura de Samiento, aparecida en *El Mosquito* con motivo de la inauguración de las primeras líneas telefónicas

crasias del autor que influyen en su actuación sobre el material ensayístico y en su transformación durante la producción del discurso. La segunda consideración es la función del discurso resultante, en relación con otros discursos y los relevantes contextos social, económico, político, tecnológico, cultural y estético. En este artículo explicaré algunos de estos factores relacionados con el *Facundo* de Domingo F. Sarmiento, con la intención de indicar algunas de las direcciones que un más largo y detenido estudio de su discurso puede tomar.

Una comparación inicial con *Essais* de Michel de Montaigne nos ayudará en la empresa de caracterizar ciertos aspectos del discurso ensayístico del *Facundo*, que es sin ninguna duda un hito en la producción ensayística latinoamericana. La obra de Montaigne es una elección adecuada para esta comparación porque combina una clara conceptualización del término «ensayo» con una majestuosa demostración de cómo esa definición se logra encarnar en discurso efectivo. Al entender la función «ensayística» de los escritos de Montaigne, será posible formar una hipótesis sobre la relación entre ese discurso específico y los factores relativos a su producción.

No nos sorprende encontrar en *Essais* de Montaigne la primera y quizá más prestigiosa conceptualización de la palabra *essayer* en la tradición cultural del Occidente. Según la entendía Montaigne, esta palabra da título a una forma literaria en el proceso de ser creada: fuertemente sugiere una actividad. Montaigne entendía que la actividad de escribir estaba íntimamente relacionada con el proceso de crear ideas. El proceso de trazar palabras sobre una hoja blanca servía para testimoniar la actividad mental de una continua evaluación y reconsideración de sus preconcepciones anteriormente formadas. El acto de articular palabras correspondía a esta *registration* mental a la luz del fluir constante de nuevas experiencias y percepciones: escribió que la *registration* «es, en un último análisis, un método de auscultación de las observaciones, de los movimientos interiores de uno mismo..., una incesante escucha de las voces cambiantes que suenan dentro de él»⁴.

Es de entender que una persona sinceramente convencida de la necesidad de cuestionar todo y de dudar continuamente sobre toda posición anteriormente aceptada, también mostraría poca confianza en cualquier afirmación o intento de explicación sobre la base de un sistema conceptual dado. Por eso, la libre narración indagatoria de Montaigne estaba íntimamente ligada a su profundo escepticismo con respecto al proyecto racional de la humanidad —una posición que chocaba a veces con la fe desbordada en el *logos* que muchos otros pensadores de su época «ilustrada» afirmaban. La perturbante duda expresada por Montaigne acerca de las deliberaciones de muchos de sus coetáneos hubiera provocado la exasperación de gran parte de éstos. El famoso lema del pensador de Burdeos era «¿Qué es lo que sé?—*Que sais-je?*» Quiere decir que Mon-

que ver con las teorías de las tradiciones literarias, los géneros, las convenciones, los procedimientos retóricos, etcétera. Eagleton explica que cualquier número de estas diferentes categorías o niveles de la determinación ideológica pueden ser homólogas. También es posible, sin embargo, que exista un grado de conflicto y oposición entre estas categorías, que podría causar una ideología del texto compleja y a veces contradictoria.

⁴ Karl Joachim Weintraub, *The Value of the Individual: Self and Circumstance in Autobiography* (Chicago: The University of Chicago Press, 1978), p. 178.

taigne rechazaba para sus escritos las metas del razonamiento epistemológico y del análisis filosófico que casi todos los otros pensadores de su época abrazaban. A diferencia de ellos, pensaba que las verdades accesibles a la comprensión humana eran humildes y limitadas. El podía hablar con autoridad sólo acerca de lo que él personalmente experimentaba o sentía. Su tarea radical como escritor no tenía como misión el mover mundos. Sin presunción, Montaigne sólo ambicionaba captar por medio de las palabras escritas las pequeñas variaciones de sus propias percepciones. De esa manera él iba a contribuir al proyecto de los pensadores de su generación, el de aumentar el caudal de conocimientos disponibles a una humanidad que ansiaba una mejor comprensión de la naturaleza humana y el mejoramiento de sus condiciones de vida. Paradójicamente, la grandeza de Montaigne para la posteridad se basa en su brillante exposición de esa humilde labor, la de «tomar nota de los ensayos de mi vida»⁵. El era muy consciente de la afinidad entre su incesante búsqueda intelectual y su errante, indagante expresión. La escritura ensayística era para él una auténtica praxis, porque respondía en cuanto al tema y forma de exposición a como él entendía su particular situación y sus objetivos de comunicación.

El escepticismo de Montaigne con respecto al pensamiento logocéntrico estaba en el substrato filosófico de su estilo ensayístico. El estaba convencido de que ningún individuo podía llegar a conocer los principios primeros o absolutos en relación al comportamiento de la humanidad: «la humanidad es un sujeto maravillosamente vano, diverso y siempre cambiante»⁶. El hombre, de acuerdo con este punto de vista, es una criatura en constante movimiento que se realiza a través de la acción. Pero Montaigne no podía ofrecer una firme idea sobre el recto discurrir de la actividad del hombre, confundido como él estaba por la gran variedad de costumbres y hábitos, al igual que por el alboroto de tantos cerebros filosóficos⁷. Su escepticismo no era tanto una lección de desesperación, sino una constante invitación a confirmar lo que él mismo creía, y a estar en guardia en contra de las tonterías presuntuosas. La escritura era el itinerario de este continuo preguntarse, que frecuentemente batallaba contra hipótesis previamente formadas, y deshacía posiciones anteriormente aceptadas: «Es posible que me contradiga, pero como dijo Demades, nunca contradigo a la verdad. Si mi mente pudiera encontrar un firme asiento, no hablaría indecisamente. Yo decidiría: mi mente siempre está de aprendizaje, y bajo interrogación»⁸. Esta concepción de la verdad puede relacionarse con la visión mundial de los pensadores pre-socráticos; también nos impresiona por la semejanza con los postulados contemporáneos del post-modernismo.

Saltando siglos y desplazándonos hacia otro continente, consideremos ahora a Sarmiento. La posteridad reconoce un punto de contacto entre estos dos eminentes hombres: ambos eran escritores; en los escritos de los dos encontramos los más logrados ejemplos, para sus respectivos períodos, de un discurso «ensayístico». Sin embargo, las dife-

⁵ Ibid.

⁶ Erich Auerbach, *«L'Humaine Condition»*, Mimesis: The Representation of Reality in Western Literature, trans. Willard R. Trask (Princeton: The Princeton University Press, 1968), p. 291.

⁷ Weintraub, *The Value of the Individual*, p. 173.

⁸ Auerbach, *«L'Humaine Condition»*, p. 285, cita a Michel de Montaigne, *Essais*, III. 2.

rencias entre Montaigne y Sarmiento no podían ser más dramáticas: la formación noble del primero entre la élite cultural más adelantada del período, contrasta con la fragmentaria preparación intelectual de Sarmiento (a pesar de su abolengo aristocrático) en medio de una cultura colonial y subdesarrollada; la orientación contemplativa de Montaigne, en contraste con las apasionadas luchas del joven Sarmiento en los conflictos políticos de su situación. En cuanto a su quehacer literario, Sarmiento, al contrario que Montaigne, proyectaba una utilidad inmediata para su escritura. Montaigne proyectaba un público ideal inmediato para sus escritos que consistía en él mismo, junto con un círculo reducido de amigos; Sarmiento, por otra parte, escribía principalmente para la prensa pública. Ampliamente considerados, los dos eran «escritores», pero el segundo era, además, periodista y —según la caracterización de Sarmiento— «propagandista». De hecho, la escritura «privada» de Montaigne tiene poco en común con el discurso de Sarmiento, el «escritor público» por excelencia.

En varias ocasiones Sarmiento afirmó esta vocación activista de su quehacer literario al comparar el periodismo con la acción militar. Según él, ambos eran instrumentos eficaces a la disposición de un líder que ambicionara modernizar un país subdesarrollado según las pautas burguesas. Su estilo, pues, era periodístico y ensayístico a la vez. Cuando Sarmiento tomaba la pluma, lo hacía con fines bien pragmáticos e inmediatos: quería convencer, atacar, promover. La escritura era un arma entre otras que servía para intervenir impetuosamente en las cuestiones sociales y políticas. Para Sarmiento, la escritura y la acción política estaban inevitablemente influidas por un sentido de urgencia. Como él dijo en más de una ocasión, «Las cosas hay que hacerlas; hacerlas mal, pero hacerlas...»⁹. Teniendo en cuenta los inmensos problemas y necesidades de su pueblo, creyó que era más importante escribir y actuar con energía, que poner atención en los pequeños detalles. Consecuentemente, no era importante el que uno deslizara errores en opiniones formadas rápidamente, puesto que los errores podían ser rectificados mientras uno avanzaba. El escritor público, Sarmiento creía, promocionaría cambios en la sociedad más efectivamente si él producía un continuo flujo de ideas progresistas.

Ahora, uno de los impedimentos para aproximarse a Sarmiento como pensador y como productor de discurso, es la contradicción entre sus objetivos conscientes y articulados —es decir, los fines sociales y activistas que él promovía— y los resultados de su espontánea energía escritural. La tensión entre estos dos, si es característica de todo discurso (en la forma de la dialéctica entre razón e impulso, lenguaje personal y social), es particularmente evidente en el caso del *Facundo*, como muchos de sus críticos han observado. Allison Williams Bunkley identifica «el intento» emocional e irracional del escritor que predomina sobre «la intención» consciente¹⁰. Ana María Barrenechea observa la «incorporación dinámica de su persona a la aventura»¹¹. Noël Salomon, en relación a los apuntes costumbristas en la primera parte del *Facundo*, ve «l'identification

⁹ A. Belin Sarmiento, Sarmiento anecdótico (*Saint Cloud*, 1929), p. 375.

¹⁰ Allison Williams Bunkley, *The Life of Sarmiento* (New York: The Greenwood Press, 1952), pp. 199-200.

¹¹ Ana María Barrenechea, «Notas al estilo de Sarmiento», *Revista Iberoamericana* 41-42 (1956): 275-94.

d'une conscience au sujet traité»¹². Noé Jitrik sugiere que Sarmiento, en sus escritos, persuade a través de conductos afectivos más que de conductos lógicos¹³. Estos críticos parecen unánimes en su afirmación de la cualidad romántica del discurso de Sarmiento en el cual el impacto expresivo *deja en penumbra* una tesis racional. El cambio desde el lenguaje objetivo al subjetivo, del «científico» al «romántico», ha sido generalmente interpretado como evidencia de la apertura ideológica de Sarmiento a nuevas ideas sociales y literarias¹⁴.

Existe, sin embargo, un segundo tipo de movimiento estilístico en el discurso de Sarmiento: la manera en la cual un argumento positivista llega a desafiar y desplazar a una actitud romántica o literaria, previamente establecida. Este fenómeno estilístico sugiere un lado conservador en la personalidad y el pensamiento de Sarmiento: su deseo de cortar de raíz toda discusión y de limitar las opciones sociales; su intento de imponer su propia personalidad y sus propios principios organizativos sobre la realidad.

En otro escrito yo discuto en detalle algunas de las estratagemas literario-positivistas en el *Facundo*, que parecerían apoyar la idea del intento sarmientino de limitar la significación por medio de sus escritos¹⁵. Un breve primer ejemplo es el episodio en que se trata el encuentro de Sarmiento con el «estanciero religioso», cuyas dos ocupaciones eran «rezar y jugar». Con la técnica de *Doppelgänger*, Sarmiento, como narrador racional, se describe a sí mismo como un protagonista emocional. «Lloré hasta sollozar», escribe, al observar la intensa devoción religiosa del estanciero¹⁶. Sin embargo, la razón prevalece luego cuando el narrador, que ahora discurre como sociólogo, finaliza el párrafo con una explicación de cómo la «bárbara» campaña ha causado una degeneración en las prácticas de la gente rural y en sus instituciones sociales en general.

Un segundo ejemplo tiene que ver con la impactante descripción de una tormenta en la pampa:

...en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de los mil que caen en torno suyo... (VII, 36)

Pocos han sabido captar mejor y con una prosa tan expresiva el terrible poder de una tormenta de la pampa sobre la humilde humanidad. Pero a continuación de esta sobre-

¹² Noël Salomon, «A propos des éléments 'costumbristas' dans le *Facundo* de D. F. Sarmiento», *Bulletin Hispanique* 70 (1968), p. 400.

¹³ Noé Jitrik, *Muerte y resurrección de 'Facundo'* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968), p. 11.

¹⁴ Américo Castro, «En torno al *Facundo* de Sarmiento», *Sur* 7, n.º 47 (1938): 26-34, arguye que los muchos cambios en la perspectiva y opinión de Sarmiento son evidencia de su honestidad intelectual, y que estaban más allá de la «tesis política o polémica apasionada». Las «posiciones esenciales» que Sarmiento asumía en su vida, continuamente trascendían las suposiciones originales según su situación cambiante.

¹⁵ William H. Kattr, «El *Facundo*: contexto histórico y estética derivada», *Cuadernos Americanos* 236, n.º 3 (1981), 151-76.

¹⁶ Domingo F. Sarmiento, *Obras Completas* (Buenos Aires: Luz del Día, 1949-1950), Vol. VII, p. 31. Otras referencias a esta edición serán indicadas en el texto del ensayo por el número romano del volumen y el número arábigo de las páginas.

cogedora descripción hay una explicación psicológica, quizá influida por las teorías del galvanismo, según las cuales estas manifestaciones de naturaleza indomable activan en el hombre el «fluido eléctrico», despertando sus pasiones y nublando su razón. El párrafo concluye con el juicio de que el gaucho percibe la naturaleza con «ideas mal comprendidas» que se mezclan con «tradiciones supersticiosas y groseras» (VII, 37). En este párrafo la prosa expresiva de Sarmiento sirve fundamentalmente como introducción de una justificación pseudo-científica para las disminuidas facultades intelectuales del habitante del campo.

Estos dos ejemplos del *Facundo* manifiestan un nuevo tipo de movimiento interno en el discurso de Sarmiento que difiere de aquel que es comunmente enfatizado. En contraste con la mayoría de las opiniones críticas sobre las obras de Sarmiento, este movimiento no es una voz emotiva que invade o incluso absorbe lo que es prosaico, sino que los valores positivistas del narrador suplantán una apreciación romántica previamente establecida. La racionalidad predomina sobre la emoción, y la ciencia sobre el romanticismo. Este procedimiento, que actúa para limitar la significación, tiene tanta frecuencia en el *Facundo* como el movimiento estilístico-«literario» que sirve para abrir la interpretación.

Sin embargo, es quizá más importante llamar la atención sobre lo que estos dos tipos de movimiento estilístico tienen en común, en vez de enfatizar las diferencias entre ellos: frecuentemente el valor favorecido o el modo de expresión incluido con posterioridad llega a predominar sobre aquel que ha sido previamente presentado. Después de una falsa manifestación retórica de tolerancia, el tiránico «yo» del narrador asienta firmemente su deseo sobre el material narrativo.

Esta discusión sugiere una nueva base de comparación entre los discursos de Sarmiento y Montaigne: ambos evidencian un «movimiento interno» al intentar —*essayer*— alcanzar o definir una verdad subjetiva. Para Montaigne, el proceso ensayístico se manifestaba en la cambiante perspectiva del escritor ante sus nuevas experiencias. Para Sarmiento, el proceso ensayístico se documenta en el cambiante punto de vista y las variaciones de tono; también se nota en el dramático movimiento que existe en sus exposiciones desde un punto de vista subjetivo o literario hacia los argumentos sociológicos. En los escritos de ambos, Montaigne y Sarmiento, la concepción de la «verdad» estaba caracterizada por lo que un crítico ha denominado una naturaleza «performativa»¹⁷. Es decir, que la verdad era resultado de la acción —acción discursiva en el caso de Montaigne, social y discursiva en el caso de Sarmiento. Quiere decir que la escritura no tenía el fin epistemológico o «constativo» de explicar coherentemente una «verdad» absoluta o preexistente, puesto que éstas no existían. Más bien, hay que entender la «verdad» en relación a la producción discursiva de ambos, Montaigne y Sarmiento, como una actividad o un proceso; no era un resultado final. El lenguaje de ambos discursos, descaradamente egocéntrico, da testimonio de las luchas de ambos autores para incorporar el mundo externo dentro de su respectiva visión subjetiva, para transformar el caos en cosmos.

La comparación entre Montaigne y Sarmiento en base a lo que parece ser un procedi-

¹⁷ J.L. Austin, *How to Do Things with Words*, ed. J.O. Urmson (Cambridge, Mass. 1962), pp. 2-8.

miento estilístico similar tiene su interés, pero para algunos se parecerá a la comparación de los sabores de las manzanas y las nueces, basándose en el hecho de que ambas son frutas. Aquí yace uno de los escollos para una crítica que busca similitudes y diferencias entre discursos que se consideran pertenecientes a la misma clasificación genérica. Tomando prestada una analogía de Borges, una comparación del *Quijote* de Cervantes con el *Quijote* de Pierre Menard solamente teniendo en cuenta el fenómeno lingüístico escrito, es una empresa estéril, y no nos puede explicar por qué el de Menard es más «sutil» y un texto «infinitamente más rico». Igualmente, en el caso de Sarmiento, una discusión sobre su estilo ensayístico no conduce a ninguna parte a menos que nuestras conclusiones sean consideradas en relación a las condiciones específicas que hicieron posible el nacimiento, o mejor dicho, la producción del *Facundo*.

Este trabajo, como es bien conocido, fue escrito en un «rpto de lirismo» en pocas semanas: fue el cañonazo periodístico de Sarmiento contra las bases ideológicas del rosismo. Aquí hay un ejemplo de escritura militante y comprometida si ésta ha existido alguna vez, con la calificación de que la obra también ocupa una destacada posición en la tradición literaria de Latinoamérica. Su importancia social y política a menudo oscurece nuestra apreciación de lo que significó en una dimensión personal para el joven escritor de treinta y cuatro años. Sarmiento, en el momento de escribir el *Facundo*, estaba empezando a destacar como uno de los líderes en las luchas políticas y militares contra Rosas, y también en el movimiento para establecer el programa para la futura transformación de Argentina según un modelo burgués de progreso.

De forma resumida: el estilo ensayístico del *Facundo*, que pasa del lenguaje romántico al positivista, y viceversa, puede ser interpretado como un intento subjetivo de Sarmiento de enfrentarse con una contradicción fundamental en la ideología dominante de su grupo de intelectuales exiliados. En la lucha contra Rosas, él y los otros jóvenes intelectuales de su generación usaron su bagaje de ideas liberales para atacar primariamente el decrepito régimen establecido. Ellos articularon desde el exilio su temprano ideario combativo, que también contenía un programa socio-político «utópico» de reconstrucción nacional. Es cierto que la descripción de este temprano programa, era «idealista y sentimental como la poesía de aquel tiempo»¹⁸. Esto es porque los jóvenes exiliados, intoxicados con sus lecturas «socialistas», todavía no tenían necesidad de concretar y actualizar las ideas por las que abogaban; por eso, lo que se destaca de este ideario es su «extrema libertad ideológica»; es la cualidad «mística y virtuosa» de su utópico programa liberal¹⁹.

Sin embargo todo esto cambiaría. Nosotros vemos en el estilo ensayístico del *Facundo* la anticipación que hace Sarmiento de futuros conflictos entre los líderes y los grupos regionales o sociales, conflictos que él mismo llegaría a vivir dramáticamente a nivel psicológico. La tarea de la unificación nacional, que estaba al alcance de la mano, demandaba en primer lugar la reconciliación de principios revolucionarios idealistas con

¹⁸ Domingo Miliani, «Utopian Socialism: Transitional Thread from Romanticism to Positivism in Latin America», *Journal of the History of Ideas* 24 (1963), p. 328fn, cita a R. Picard, *El romanticismo social*.

¹⁹ Tulio Halperín Donghi, «El espejo de la historia», *Contorno* 9/10 (1959): 76-81; y Miliani, «Utopian Socialism».

situaciones concretas y áreas potenciales para el cambio. En otras palabras, existía una obvia contradicción entre el deseo de su grupo por una sociedad en la cual predominara la libertad y el constitucionalismo, y las enérgicas medidas necesarias para hacer nacer a esta sociedad. Sarmiento, en la década y media que siguió a la derrota de Rosas (1852), llegaría a ser el más vociferante defensor entre los liberales de duras medidas en el interior del país para erradicar de la Nueva Argentina todos los vestigios del caudillismo. Durante aquellos años su espíritu personificaría los más agonizantes conflictos que dividieron a su país. No solamente sería considerado «porteño en las provincias y provinciano en la capital» —según el slogan adoptado por él en su campaña para lograr una posición en la sociedad pos-rosista. No solamente sería el educador entre los jefes militares y el defensor de la exterminación del gaucho entre los constitucionalistas, sino que también llegaría a ser el campeón de los mártires y la guerra, al igual que el líder en el movimiento para la conciliación ²⁰.

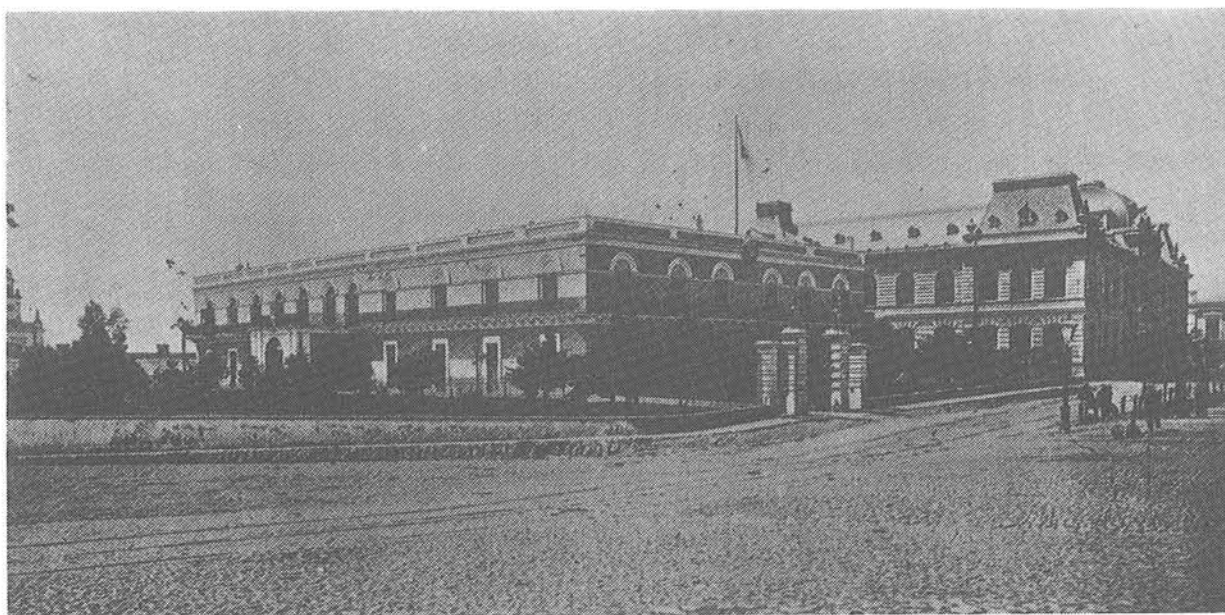
Sarmiento, a lo largo de su carrera, demostró continuamente una sorprendente habilidad para predecir los acontecimientos futuros en el continente sudamericano. Aunque se equivocaba frecuentemente, de él repetidamente vinieron algunos de los más penetrantes análisis de las tensiones políticas y sociales que azotaban a su país. A veces él escribió como un observador social en base a ideas formuladas cuidadosamente. Sin embargo, su estilo de búsqueda en el *Facundo*, con todas sus contradicciones e inconsistencias, es un ejemplo de cómo su discurso revela verdades que quizá van más allá de los límites del entendimiento consciente del propio escritor. Su pretendido mensaje en aquel trabajo, al igual que en otros trabajos de este mismo período, atestiguan la continuada fidelidad a los principios y programas del liberalismo utópico. Pero su movimiento estilístico desde el lenguaje romántico al positivista sugiere una tendencia autoritaria que intentó neutralizar o eliminar cualquier voz opositora. El estilo de Sarmiento sugiere una importante contradicción en la ideología liberal de los miembros de su generación: su necesidad de medidas autoritarias, incluso de la violencia, para convertir en realidad su visión utópica.

Las obras escritas de Montaigne y Sarmiento difieren sustancialmente con respecto a la función social. Sus respectivos estilos ensayísticos nos proporcionan una base para la comparación: para ambos, el libro y el hombre estaban íntimamente ligados; para ambos, la escritura constituía una parte integral de aquel proceso al cual cada uno había decidido dedicar su energía primaria. Para Montaigne, aquel proyecto fue combatir pretenciosas fórmulas intelectuales y reemplazar los dogmas de su período con una inteligencia siempre interrogante. Para Sarmiento, aquel proyecto fue construir una próspera Argentina según los principios económicos liberales. El estilo ensayístico que

²⁰ Después de la caída de Rosas en 1852, Sarmiento se desilusionó con el General Urquiza por no haber seguido su recomendación de mandar tropas a través de las provincias para sacar por la fuerza a los oficiales federales que habían ejercido la autoridad bajo la protección del régimen anterior, y para reemplazarlos por otros hombres más partidarios del programa de reformas liberales abogado por su generación de exiliados. Después de la batalla de Pavón en 1861, Sarmiento tuvo ocasión de hacer demandas similares al Presidente Mitre. Además, Sarmiento personalmente dirigió la militante campaña de pacificación para la región de Cuyo en contra del General Angel «El Chacho» Peñalosa, y transgredió las órdenes moderadas de Mitre. José S. Campobassi, *Sarmiento y su época*, I (1811-1863) (Buenos Aires: Losada, 1975), pp. 497 y siguientes, trata sobre la participación de Sarmiento en relación a estos acontecimientos.

ambos utilizaron también tuvo su importancia central en sus respectivos proyectos sociales. Ambos se dieron cuenta de que la humanidad estaba en continuo movimiento y de que los líderes de la sociedad ya no podían apelar de buena fe a las verdades absolutas para dar cuerpo a los mitos que estaban íntimamente ligados a la organización social. Ambos tuvieron la intención de promover el pensamiento independiente y la discusión social para llenar el vacío dejado por los caídos dioses de la Razón. Sin embargo, Sarmiento también buscó en su discurso ensayístico una función adicional y contradictoria. Mientras él, o cualquier otro hombre, no tuviera poder para influir sobre las desarmonías del mundo, podría al menos influir en cómo la gente percibía su situación. Como mínimo, el discurso podría proveer de un simulacro de orden por medio de la promoción de una mitología a expensas de otra que ya existía. El estilo ensayístico de Sarmiento era, bajo esta luz, un instrumento para imponer su autoridad sobre ambos, texto y lectores.

William Katra



La Casa de Gobierno de Buenos Aires en 1880. A la izquierda, restos del fuerte. A la derecha, pabellón que Sarmiento mandó pintar de rosado y del cual tomó su nombre actual

Sarmiento y la problemática española

España ha representado una encrucijada histórico-cultural de tal envergadura que, centrándose en ella, han emergido las posiciones más antagónicas.

Por un lado, todavía hoy no faltan quienes alzan su voz para proclamar la vigencia y la «rectoría universal» de aquella nación. Gracias a España, elegida por Dios para difundir los valores ortodoxos de la Cristiandad, podría superarse hasta la misma crisis de Occidente, mediante apelaciones a las estructuras inmutables de la naturaleza humana. Misión salvífica que cuenta con preclaros antecedentes en la «empresa imperial americana», donde se habría tendido un

[...] puente entre las Culturas indígenas americanas y la Cultura Occidental. En esta forma se afirma y se evidencia la vocación universalista de la Cultura Hispánica, mientras la Cultura de Occidente se subdivide y «provincializa» a través del proceso racionalista que conduce a la idolización del Estado Nacional, y si por un lado produce la Ciencia Moderna y sus maravillas y crea el gigante prodigioso de la Sociedad Industrial, por otro encuentra en este mismo «progreso» los gérmenes de su destrucción [...]

Para esa visión, el propio movimiento independentista americano habría implicado la rebelión de la América española contra la España antiespañola de los Borbones, la puja «de los criollos descendientes de los conquistadores con su arraigado espíritu feudal contra [...] los representantes del nuevo Estado moderno, centralista y colonialista», el enfrentamiento de «una América profunda y tradicionalmente hispana, antimoderna, contra una España europeizada».¹

Entre los diversos asuntos que el citado enfoque, nostálgicamente franquista, parece no tener en cuenta se halla nada menos que el estentóreo elenco de políticos e intelectuales que en tierra americana se levantó contra esa misma España dogmática objeto de tanta supuesta veneración. Elenco que estuvo precisamente integrado por quienes lideraron las guerras de la independencia así como por sus descendientes más directos.

El antihispanismo desplegado

1. *La peninsularidad*

Entre los hombres mencionados en último lugar se hallaba, en el Plata, Domingo Faustino Sarmiento, quien, junto a otros congéneres suyos, como Echeverría, Vicente Fidel López o Juan María Gutiérrez, menospreció todo lo que oliese a hispanidad.

¹ Julio Ycaza Tigerino *La cultura hispánica y la crisis de Occidente* (Madrid, Ministerio de Cultura, 1981) caps. 1 y 2.

En tal sentido, Sarmiento destaca no sólo por adoptar una postura hipercrítica o, como él mismo la denominó, de «fiscal reconocido» ante la cuestión española, sino que también asignaría a ésta una importancia decisiva como contra-modelo para acceder a su visión ideal de América Latina.

En lo aquél también califica como «teoría» suya, en una carta a Lastarria, aparece claramente señalado que, debido a la acción de Carlos V y Felipe II, los pueblos americanos habían surgido «sin conciencia ni tendencia de gobierno», a lo cual se agregarían muchas otras falencias más.

Hay una hispanofobia en Sarmiento que es posible rastrear en muy distintos órdenes de cosas y que apunta tanto hacia la España pretérita como hacia la que resultó contemporánea del autor e, incluso, hacia las mismas perspectivas que le llegó a vaticinar a dicho país.

Además, el «proceso contra España», como lo llamó Dardo Cúneo,² no empieza, según asegura este último, al concluir el año 1842, sino que se halla presente con anterioridad, a partir de los primeros escritos de Sarmiento³ y se iría renovando durante su dilatada existencia.

Para Sarmiento, España ha vivido aprisionada entre la intolerancia oficial y el sometimiento voluntario, sumiéndose en el atraso, la miseria y la ignorancia. Al margen de la apertura ideológica y económica que implicó el desarrollo europeo moderno, no habría representado mucho más que «un fragmento de los continentes antiguos, escapado a las transformaciones posteriores del globo».⁴

La *cultura general* española le deja a Sarmiento una gran insatisfacción, según lo manifestó en las impresiones del viaje que emprendiera por la península hacia 1846; viaje que dio lugar a un erróneo concepto emitido por Ricardo Rojas cuando éste se refirió a Sarmiento como «el primer sudamericano que llegó a España con el propósito de conocerla y enjuiciarla».⁵ Más adelante, en otra circunstancia, aparecen apreciaciones sarmientinas igualmente taxativas: «La España no ha contribuido con una sola verdad al progreso de la inteligencia humana».⁶

Las limitaciones aludidas se remarcaban en cada área del saber, afectando desde simples asuntos idiomáticos hasta sofisticados problemas cognoscitivos.

Sarmiento considera el *idioma* como un fenómeno nacional configurado por el pueblo y atribuye a las academias un papel pasivo, en tanto depósito que, en el mejor de los casos, recoge y almacena expresiones que ya tienen una firme patente vital, aunque por lo común las primeras oponen ardua resistencia a las innovaciones.

² Sarmiento y Unamuno (B. Aires, Ed. de Belgrano, 1981), p. 1984.

³ Al menos desde abril de 1841. Ver Obras Completas de Sarmiento, t. 9 Instituciones Sud-americanas (B. Aires, Impr. y Lit. M. Moreno, 1896), pp. 19-21.

⁴ Conflicto y armonías de las razas en América (B. Aires, La Cultura Argentina, 1915), p. 208.

⁵ El profeta de la pampa (B. Aires, Kraft, 1956), p. 275. Antes de Sarmiento otros latinoamericanos visitaron España y dejaron sus testimonios críticos sobre el particular; tales fueron los casos del mexicano Fray Servando Teresa de Mier en 1818 (Memorias) o del peruano Manuel Lorenzo de Vidaune dos años más tarde (Cartas americanas).

⁶ Obras Completas, t. 30. Las escuelas... (B. Aires, Impr. y Lit. M. Moreno, 1899), p. 123.

La institución española de la lengua, un organismo inerte, se equivoca al suponer la fortaleza del idioma por ella controlado. Si bien la lengua refleja el espíritu colectivo, dada la estrechez que éste revela en el ámbito hispano, se desprende un idioma estático y subordinado a las influencias extranjeras.

Ello se infiere trazando una íntima correspondencia entre la evolución del idioma y el desenvolvimiento institucional, técnico y científico: «El castellano no es lengua de gobierno. Sus tradiciones son Felipe II y la Inquisición [...] El inglés significa el Parlamento, el impeachment, el jury, el habeas corpus, la industria, las ciencias naturales».⁷

Dichas relaciones se dan tanto en el lenguaje oral cuanto escrito, al igual que en el estudio del habla, como ya lo había sostenido Sarmiento en sus reformadoras polémicas juveniles sobre ortografía americana:

Hablaremos y escribiremos perfectamente en América el español [...] cuando nos hayamos nutrido de conocimientos en filosofía y ciencias naturales; eso no nos ha de dar por ahora la España, y si no cítenme ustedes al escritor español que tenga ideas propias, que haya dado a luz un sistema filosófico o descubierto y explicado un fenómeno natural [...] En gramática no poseemos un solo gramático que merezca el nombre de tal.⁸

No sólo la Academia española sino hasta el propio hablante de la península se siente el dueño exclusivo de su idioma y considera como un ataque a su propio país las formulaciones que un hispanoamericano pueda hacer en torno a la lengua, pues entiende que el castellano le pertenece en forma exclusiva y «que son intrusos desautorizados los treinta millones de americanos que lo hablan, de prestado al parecer».⁹

En suma, como le decía a su amigo José Posse en 1872, el idioma de Cervantes constituye una especie de reloj que se ha quedado en el siglo XVI.

En el terreno específicamente *literario* el saldo no resulta menos desolador: «Lo repetiré hasta cansar, no tenemos nada que merezca el nombre de literatura, un solo nombre que haya traspasado los Pirineos y héchese conocer de la Europa».¹⁰

España se habría quedado sin representantes de valía en todos los géneros literarios. En materia poética, pese a «los millares de versos y versificadores que produce la España», no puede descubrirse allí «ni un Byron, ni Goethe, ni Lamartine, ni Béranger, ni nombre alguno que salga de la Península». El teatro español permanece estancado y con manifestaciones tan subalternas que un *vaudeville* despierta mayor atractivo «que todo el repertorio español antiguo y moderno». La novelística todavía aguarda su turno, «porque la imaginación no tiene para coordinar, exagerar y embellecer, esta multitud de acontecimientos de las grandes y populosas ciudades, donde la especie humana aglomerada, oprimida, despedazada, deja oír a cada momento gritos tan terribles de desesperación, de dolor; ni ver escenas tan extrañas, ni manifestarse pasiones tan destructoras, ni afecciones, ni odios tan fuertes».¹¹

⁷ Obras Completas, t. 32. Discursos populares (B. A., I. y L. M. Moreno, 1899), p. 241.

⁸ Obras Completas, t. 4. Ortografía americana (Santiago de Chile, Impr. Gutenberg, 1886), pp. 130-39.

⁹ Obras Completas, t. 29. Ambas Américas (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1899), p. 319.

¹⁰ Obras Completas, t. 4, p. 37.

¹¹ Viajes (B. Aires, Ed. de Belgrano, 1981), pp. 210ss.

Las *artes plásticas y arquitectónicas* que observó Sarmiento durante su travesía por España también le producirán un saldo negativo.

Aquél se detiene en un ejemplo paradigmático: el Escorial, un cadáver con el alma atenazada, que sirvió de simbólica sepultura al poderío español, al desarrollo colonial, a la libertad de pensamiento, a las letras y las bellas artes, al conocimiento riguroso: «¡Oh Escorial!, aquí, bajo tus bóvedas sombrías, está toda la historia de esta pobre enferma, cuyo hondo mal médico alguno ha estudiado todavía».¹²

En el Museo del Prado tampoco encuentra nada demasiado relevante. Corolario: «La España moderna no tiene ni pintura sagrada ni profana». La escultórica resulta aún más desfavorecida, pues se afirma la carencia total de estatuas tanto antiguas como modernas, lo cual hallaría su explicación en el predominio de un gobierno teocrático renuente a exaltar las glorias terrenales.

No sólo las ciencias de la naturaleza sino hasta las propias *humanidades* reflejan una absoluta orfandad. No es que faltaran únicamente grandes figuras como Bacon, Descartes o Leibnitz para emancipar el pensamiento de las oscuridades medievales: «Historiadores, filósofos, son palabras que están mandadas recoger del idioma español».¹³

En los estudios sistemáticos ni siquiera se da cabida a la lengua griega, la cual, alejada de los dominantes intereses clericales, fue introducida en Francia e Inglaterra por parte de los laicos. El mismo Cervantes permaneció ignorado por los propios españoles, siendo necesario que otros países lo pusieran en circulación.

Por otra parte, las *ciencias modernas*, ausentes en España, constituirían avances posteriores a aquel escritor. El mismo descubrimiento de América no se derivó de una previsión científica: «Colón no vino en busca de la América, sino que tropezó con ella, sin saberlo durante sus días».¹⁴

Tampoco se han hecho estudios sobre el suelo de España y en ella resultaban desconocidos los geólogos, los botánicos y los zoólogos modernos, quienes subsistían sin ser traducidos.

Invocando nuevamente su «teoría» sobre el particular, Sarmiento no dejará de plantear como «extraño a los movimientos de nuestro cerebro español todo lo que huelga a ciencias naturales».¹⁵

En lo tocante a *educación*, se enfatiza las grandes multitudes analfabetas que existían en España; situación compartida por uno de los héroes principales de la Hispanidad: el Cid Campeador. El rezago pedagógico se torna todavía mucho mayor si se piensa, circunsriptamente, en la enseñanza de la mujer.

Otro rubro afín tiene que ver con la *producción libresca* en España, afectada por una doble postración, tanto desde el punto de vista cuantitativo como en lo concerniente al tipo de obras publicadas. A la falta de actualidad se añade la escasez y la mala calidad del material publicado:

¹² Ibid., pp. 217ss.

¹³ O. Completas, t. 4, p. 40.

¹⁴ Ibid., t. 29, p. 320.

¹⁵ Ibid., t. 38, Conflicto y armonías... II (B. A., I. y L. M. Moreno, 1900), p. 195.



La porteña esquina de Florida y Sarmiento en 1886

La Alemania o más bien el alemán está representado por ocho mil obras que se publican anualmente hace años, habiendo uno de once mil. El inglés, por un número que no baja de cuatro mil en Europa y dos mil a dos mil quinientos en América. El francés, por cuatro mil anuales cuando menos. De la lengua castellana no podría decirse el número de libros que la representan en el movimiento intelectual. Un escritor de la Península, quejándose de la injusticia de las otras naciones para con la española, en prueba de que no tenía razón, enumeraba obras que sabía se estaban escribiendo actualmente, hasta diez y siete, la mayor parte de ellas sobre cosas internas de la España misma, y por tanto sin interés directo para esta América, poco curiosa de lo que pasa por allí [...]. Tengo la colección de la *Revista Enciclopédica* francesa, publicación que tenía por objeto anunciar y examinar los libros que se publicaban en todo el mundo civilizado. Cada mes se daba a luz un inmenso catálogo de libros franceses, alemanes, polacos, italianos, ingleses, norte-americanos, y hasta de los griegos. Pero las palabras España y América española nunca las vi puestas en lista; parecían borradas estas naciones del catálogo de los pueblos actuales.¹⁶

Por añadidura, la mayor parte de los libros en castellano aparecían en Londres, Burdeos, Bruselas y, sobre todo, París, esto es, fuera de España, donde casi no quedaban más editores y el público ilustrado tampoco consumía un gran caudal bibliográfico. Lo que se publica en el mismo territorio español resulta encima mucho más oneroso: «Los libros impresos en Barcelona en mal papel, con peor tipo y pésima tinta, nos cuestan un 40, un 50 y a veces un 300 por ciento más caro que los libros franceses o ingleses».¹⁷

A modo de síntesis, constantemente se asevera que la nación española es aquella que «menos puede pretender a nada suyo propio en materia de trabajos de la inteligencia».¹⁸

Sarmiento, manejando en este punto un concepto bastante adelantado sobre la inteligencia y la cultura, no reduce estas últimas al sentido tradicional de su correlación con las artes liberales sino que las hace extensivas a casi todo el quehacer humano. De tal manera, se ocupa de múltiples actividades y de la sociedad española en su conjunto.

España se le muestra como un país que no ha alcanzado a constituirse como nación, donde imperan el espíritu lugareño y las rivalidades aldeanas, que llevan a que nadie se sienta español sino catalán, vasco o castellano. Cada provincia aparece como un reino aparte sin integrarse dentro del Estado.

El panorama general resulta desolador, dotado con una atmósfera simple y rudimentaria, como si se estuviera en medio del África o el Asia. Mientras se acusa la falta de caminos y transportes se subraya la abundancia de asaltantes y mendigos. Ello produce en Sarmiento la imagen de un pueblo brutal, decadente e inculto, lleno de remiendos físicos y morales, con enormes vacíos por cubrir.

Para resumir el estado económico de cosas se realiza la siguiente deducción: «En industria, comercio, marina nada pueden enseñarnos los libros españoles, porque la España ni tiene fábricas, ni comercio, ni un buque que merezca el nombre de tal».¹⁹

La actividad productiva está centrada en elementos muy primarios como las lanas, los cereales y el aceite, mientras que hay cosas —lámparas, arados, mantos, etc.— que

¹⁶ Ibid., t. 30, p. 387; t. 4, p. 37.

¹⁷ Ibid., t. 4, p. 47.

¹⁸ Viajes, p. 209.

¹⁹ O. Completas, t. 4, p. 40.

proceden de la época romana. Muchas ciudades del interior sobreviven como pálidos reflejos de otros tiempos, con un número muchísimo menor de habitantes y sin que se levanten nuevos centros urbanos.

La pobreza material tiene también su correspondencia con las dificultades políticas y la ineptitud oficial. Además de la pésima representación gubernativa que padece el pueblo español, se denuncia cómo los ministros, en un breve lapso, son reemplazados por centenares sin el menor suceso.

Otro de los factores gravitantes, que muchas veces aparece en la óptica sarmientina como principal responsable del estancamiento español, lo constituye el *clima religioso* como tal, signado por un fuerte fanatismo: «Merced a la censura eclesiástica, a la prohibición de leer, y por tanto, de escribir, la España debe el haberse hecho hasta nuestros días la nación más pobre y atrasada de Europa».²⁰

Por lo contrario, el protestantismo produjo resultados totalmente superiores: «Hijo de la libertad de examen, engendró la educación pública y la discusión; y de estos padres nacieron, más tarde, la libertad política y la democracia moderna, la química y la mecánica, el vapor y las ciencias».²¹

En un país como España, inundado de monjes, donde todo se mensuraba convencionalmente y nada podía estar inmune a la herejía, no existió ningún libro escrito en castellano por el clero peninsular que sirviese para difundir y respaldar la religión ante la mirada del pueblo, que terminó por ser extremadamente blasfemo y el «más pecador e incrédulo» del mundo.²²

El Santo Oficio aparece reiteradamente encarado por Sarmiento como máximo exponente de la intransigencia religiosa y como protagonista oficial del referido estado de cosas —lindante con la barbarie—, pues a «ese tribunal sombrío» le «debe la España todas sus calamidades».²³

Un aspecto concomitante por el cual se habría implantado en esas tierras la Inquisición está dado por el relieve geográfico: «La forma peninsular de la España, los Pirineos del lado del continente, la hacen inaccesible a las ideas, como ciertas materias que son mal conductoras del calor, y retienen largo tiempo el propio. A esta causa accesoria se debió que se estableciese sólidamente la Inquisición, y que durase tres siglos, no obstante haber asumido otras formas la opinión en Europa. La Inquisición fue establecida por los papas en Roma; lo fue en Nápoles, en Bélgica, en Francia misma; pero a causa de la continuidad de los territorios, la opinión pública tenía acceso a todos estos países, y mitigaba el calor de las llamas, o extinguía el fuego de las hogueras».²⁴

La crítica sarmientina a lo español remata en una *caracterología* de orientación pesimista. Al hombre peninsular se le adjudica el hallarse inclinado a la holgazanería y al sensacionalismo, con una inteligencia retrógrada, sin nociones de justicia ni legalidad.

²⁰ Ibid., t. II, Artículos críticos (B. Aires, F. Lajouane, 1885), p. 250.

²¹ Viajes, p. 217.

²² O. Completas, t. 42, Costumbres-Progresos (B. A., I. y L. M. Moreno, 1900), p. 229.

²³ Ibid., t. II, p. 213.

²⁴ Ibid., t. 38, p. 330.

Uno de los rasgos temperamentales que más se sacan a relucir es el relativo a la xenofobia hispánica, a su odio irreflexivo al extranjero y a otras etnias internas que condujo a la expulsión de árabes y judíos, bases de una frustrada prosperidad, por resultar ajenos a la «pura sangre española».²⁵ Posteriormente se escarnecería a todo lo que tuviera un tinte francés o británico.

Ese rechazo por las diferencias cabe verificarlo inclusive entre los distintos tipos regionales de España, quienes consideran a los demás compatriotas «como enemigos de su raza y de sus fueros».²⁶

Más allá de que dichas filiaciones posean soportes bio-anímicos o culturales, que respondan a razones frenológicas o a determinantes históricos, para Sarmiento la personalidad colectiva puede quedar configurada en forma irrevocable.

Las comentadas restricciones culturales, económicas, políticas, religiosas y caracterológicas inciden fundamentalmente para desencadenar una sostenida emigración de españoles durante el siglo XIX. Sarmiento, en 1842, escribía: «La Europa se llenó de españoles que por la primera vez abandonaban su península, asombrados de ver tanta libertad en unas partes, tanta industria en todas, y por dondequiera, adelantos y progresos en las costumbres y en las ideas, que no habían soñado siquiera cuando estaban adormecidos en su propio país».²⁷

Ya al filo de la muerte (1888) nuestro autor también habrá de referirse, con cierta desconfianza, a la gran afluencia de inmigrantes hispanos que pugnaban por incorporarse a la Argentina. A dicha corriente Sarmiento no le asignaba muchas posibilidades de ser asimilada benéficamente, tanto por las limitaciones que veía en esa masa en sí misma como por la falta de perspectivas que podía brindarle el mencionado país sudamericano, por ejemplo, en materia de tierras disponibles para poseer y labrar.

2. *El legado espurio y su superación*

La América española ha recibido un estigma del cual debe apartarse para construir su futuro verdaderamente promisorio. ¿Cuáles fueron entonces las inhibiciones que operaron con tanta magnitud y cómo desembarazarse de ellas?

Los mismos males de la metrópoli se reproducen con creces en sus colonias.

No es que Sarmiento desestime o ponga reparos a la empresa colonial en sí, pues resulta evidente el óptimo concepto que tenía formado de la penetración británica en el norte de América —y, en cierta manera, de la misma expansión estadounidense ulterior—.

Los anglosajones —«más previsores, por instinto de raza»— tuvieron el gran mérito de rechazar cualquier integración con los indígenas y de extender los principios de la

²⁵ Ibid., t. 23, Inmigración y colonización (B. A., I. y L. M. Moreno, 1899), p. 7.

²⁶ Viajes, p. 196.

²⁷ O. Completas, t. II, p. 79.

Reforma y del gobierno consensual. Las colonias inglesas, al independizarse, encontraron las libertades que buscaban en su propia «sangre».²⁸

Norteamérica, «modelo de la república y la democracia moderna», revigorizará a la industria y levantará Estados que «un siglo después van a poner miedo no sólo a Inglaterra sino al mundo», convirtiéndose en «la nación más poderosa y feliz» de todas y representando «la raza humana llevada a su último grado de vigor y cultura».²⁹

Algo muy distinto aconteció bajo el excluyente dominio español, el cual implicó la instauración de la obediencia pasiva y produjo

[...] un continente desierto aún, pueblos degenerados y un caos en que la raza europea y las clases elevadas han tenido en algunas partes que ceder su puesto a los indígenas o a los negros que trajeron para su servicio. Ni gobierno, ni moral, ni riqueza, ni población, ni industria, ni cultura. Hoy mismo (c. 1852) está casi por todas partes por colonizarse el país. *Fiasco* más completo, descalabro más vergonzoso no experimentó nunca un sistema de ideas.³⁰

La tierra, clave de riqueza y civilización, permaneció durante siglos despoblada y sin cultivar, bajo el ineficaz e injusto sistema de explotación y distribución implicado por la estancia, que perduraría tras la emancipación política de España y también seguiría presente a través de regímenes como el rosista.

La falta de instrucción y el espíritu de rapiña que imbuía a los pobladores españoles hicieron que se otorgara poca importancia a la educación y a la lectura, al punto de generarse disyuntivas imaginarias como éstas: «A un español, en América o en la Península, es preciso abrirle la boca con una cuchara y hacerle tragar un libro que no sea de versos o de pueriles novelas». Y vuelve a surgir la mácula hereditaria: «Las colonias españolas fueron hijas de una soldadesca inmoral, avarienta, sin ninguna capacidad gubernativa, sin ningún hábito de libertad o de acción propia».³¹

Hispanoamérica se ha identificado hasta la saciedad con esa tónica peninsular «cerrada a todos los descubrimientos y aplicaciones de las ciencias». En consecuencia: «Toda tentativa a sacarla de este fangoso camino, fracasa. No tiene libros, no puede tenerlos, y el *lloremos y traduzcamos*, de Larra, todavía no principia en América, porque no principia en España». *Contrario sensu*, «los Estados Unidos tienen dos literaturas, la propia y la inglesa, y traducen lo que el espíritu humano produce».³²

En suma, a los receptados desaciertos de índole política y económica se agregan entonces los problemas culturales, pedagógicos y confesionales:

La España no posee un solo escritor que pueda educarnos [...] Nuestro antiguo sacerdocio jamás se ocupó de radicar la fe por la convicción y el conocimiento de los hechos que tienen relación con la religión [...] Si Dios llamase un día al clero católico exclusivo ¡cuántos cargos tendría que hacerle! ¿Qué habéis hecho, le diría, para la instrucción de este pueblo católico que os he confiado? ¿Por qué lo habéis mantenido en la más profunda ignorancia de las verdades religio-

²⁸ Ibid., t. 27, A. Lincoln, p. 19; t. 51, Papeles del Presidente (B. Aires, Establ. Tipogr. Márquez Zaragoza, 1902), p. 280.

²⁹ Ibid., t. 9, p. 17; t. 16, Estado de las Repúblicas... (B. A., I. y L. M. Moreno, 1897), pp. 38, 19.

³⁰ Ibid., t. 16, p. 19.

³¹ Ibid., t. 29, p. 255; t. 23, p. 10.

³² Ibid., t. 29, p. 257.

sas? ¿No os armasteis de hogueras para extinguir la herejía, no habéis tenido el poder en vuestras manos, no habéis reinado exclusivamente?³³

Reaparecen en nuestro suelo los estragos y los crímenes provocados por la Inquisición, que atrofió todo contacto con el exterior y todo deseo de conducirse racionalmente:

[...] la España se reposa de su larga lucha con los moros, enciende una hoguera para quemar a todo el que intente perturbar el sueño a que va a abandonarse, y manda al océano tres carabelas para que le traigan de qué vivir en la indolencia y en la ociosidad de espíritu y de cuerpo que se prepara bajo la sombra de todos los despotismos concebibles mancomunados [...]

Era la Inquisición de Lima un fantasma de terror que había mandado la España a América.

Ello habría inducido a la gente a invertir el apotegma cartesiano: «Existo, luego no pienso».³⁴

A los jesuitas tampoco se los exime de culpa en la empresa evangelizadora, pues a su Compañía se le imputa tanto el haber actuado sin sentimientos patrióticos, subordinándose exclusivamente al papado, como el haber ejercido la mayor influencia sobre la mentalidad hispanoamericana, especialmente sobre los indígenas de las Misiones. Estas últimas, a diferencia de los cuáqueros, que erigieron a Pennsylvania, no dejaron ningún resultado positivo y, más aún, fomentaron un estilo de lamentables consecuencias.³⁵

La perniciosa caracterología hispana también se repite magnificadamente en nuestra América. Así Sarmiento llega a sospechar que el cerebro de los criollos americanos resulte más reducido que el de los peninsulares, por su mezcla con razas inferiores que lo tienen «conocidamente más pequeño que las razas europeas».³⁶ Y los salvajes, raza prehistórica, esencialmente servil, adolecen de la facultad de pensar y se guían sólo por el sentimiento.

Ello habría producido formas deplorables de organización y «un gobierno mixto entre blanco, negro e indio, mestizo, zambo o mulato, según resulte de la amalgama social de abyectos, de exaltados o indiferentes, de bárbaros, de ignorantes y de ilustrados, de libres, de libertos y esclavos al fin».³⁷

Paralelamente, se reproduce una impronta xenofóbica que no sólo trajeron los conquistadores consigo sino que se hallaba presente en las mismas Leyes de Indias, las cua-

³³ Ibid., t. 4, pp. 38, 249.

³⁴ Ibid., t. II, p. 213; Recuerdos de provincia (B. Aires, Ed. de Belgrano, 1981), p. 99; Conflictos, p. 195.

³⁵ «Aplicando su sistema a la civilización de salvajes, verdaderos menores, sus teorías de gobierno patriarcal y protector merecen disculpa ante la severa crítica de la historia. Pero sus principios y sistemas de gobierno, sacados de su aplicación inmediata, se reprodujeron bajo una forma terrible y ruinosa en la tiranía del doctor Francia, la más espantosa de las consecuencias de esa aspiración a subordinar las opiniones del individuo, los apetitos y pasiones de la naturaleza a la autoridad que rige la sociedad. Las misiones y la posterior tiranía del Paraguay en el mismo sitio y sobre los mismos hombres, estaban fundadas sobre esta misma: el individuo, cuyo tutor era el Estado, era nada; el pecado estaba entre la categoría de los delitos y los crímenes, y sólo se diferenciaba por el grado de las penas. El individuo no debía poseer nada o poco en propiedad, y esto limitado por leyes suntuarias: la producción se hacía en común, presidida por el Estado, para bien del Estado y según lo dispusiesen, ordenasen y presidiesen las autoridades. A esta extraña innovación política acompañaba un sistema económico común a Fenelón y a Rousseau, cuyo axioma es bastarse a sí mismo [...] El malogrado Bastiat ha hecho una luminosa crítica de este sistema económico, que, al ser adoptado por todas las naciones a un tiempo, las condena al aislamiento y a la barbarie»; O. Completas, t. 16, p. 36.

³⁶ Conflictos..., p. 171.

³⁷ Ibid., p. 173.

les, además de procurar sofrenar los poderes locales y el autogobierno, estaban montadas sobre la exclusión en América de todo lo que no respondiera al cuño hispano-católico:

La España cerró sus colonias a todos los hombres de otra estirpe, idioma y creencia que la suya propia, de donde resultaba un sistema de instituciones exclusivas y prohibitorias que conculcaban todos los principios de libertad de acción y de pensamiento, sin los cuales la población del territorio es imposible, el gobierno una tutela o una tiranía, y la pobreza, debilidad, y por tanto la inferioridad como nación.³⁸

De ese modo, quienes arribaban a las costas americanas podían ser aprisionados y ajusticiados por el solo hecho de no haber nacido en España. Las mercaderías también estaban sujetas a restricciones monopólicas, aunque el comercio terminó quedando fuera de la hegemonía peninsular:

[...] dejando la España de ser fabricante, se contentó con constituirse en proveedor de las mercaderías inglesas y francesas. Cádiz era el centro de estas factorías. Aquellas leyes restrictivas tuvieron desde los principios esas compensaciones con que la naturaleza castiga todos los absurdos. Jamaica se constituyó desde luego en centro comercial para el contrabando, y el monopolio español sufrió por siglos el contrapeso de este rival poderoso. Los que pudieron ser desde los principios colonos y aventureros en América se establecieron en los mares, en las islas desiertas, y desde allí atacaban a los españoles para arrebatárles los galeones que llegaron a hacerse una potencia marítima sin tierra y sin Estado, despojaron a la España de la mitad de las riquezas que sacaba de sus colonias.³⁹

Según el parecer de Sarmiento las cosas no mejoraron sustancialmente después de la revolución emancipadora, por la emergencia de un sentimiento nacionalista y americanista que para aquél, como el hispanismo, eran contrarios al progreso, pensado en términos de europeización y adelantos materiales: «Hasta donde penetre un vapor en los ríos, una locomotora en la Pampa, alcanza lo que no es americano, argentino o español».⁴⁰

El exclusivismo español, de naturaleza instintiva y al mismo tiempo infiltrado en la educación colonial, no pudo superarse con el proceso independentista, pues resurgirían las mismas antipatías contra lo extranjero. Hasta la misma idea de realizar un Congreso Americano, sin la participación de las potencias europeas, le parece a Sarmiento algo nefasto y que no vacila en calificar como inspirado en «teorías godas».⁴¹

También se queja de que en Sudamérica se siguiera llamando extranjeras a varias cuestiones fundamentales reñidas con la tradición española y que resultan indispensables para el mejoramiento continental: el sistema parlamentario, la industria, la libertad de expresión, las literaturas francesa e inglesa. Esto no denota para él otra cosa que la vocación de mantenerse aferrado a España.

En cambio, se trata precisamente de dejar de ser españoles, hispano-americanos, para convocar a pueblos auténticamente civilizados. Tarea que, pese a los poderosos obstáculos que encuentra, debe ser asumida sin ningún miramiento:

³⁸ O. Completas, t. 8, Comentarios a la Constitución, p. 7.

³⁹ Ibid., t. 16, pp. 40-1.

⁴⁰ Correspondencia entre Sarmiento y Lastarria (B. Aires, Artes Gráf. Chiesino, 1954), p. 63.

⁴¹ O. Completas, t. 23, p. 9.

[...] el comerciante que quiere evitar la competencia del hombre más experto que él para ganar su fortuna, pide allá en el fondo de su corazón, que se cierre a los extranjeros el comercio de menudeo, a pretexto de que se llevan la plata del país; los artesanos quisieran que no se les permitiera industria, por no poder luchar con rivales tan temibles; el sacerdote se aferra en una intolerancia anticristiana, por no poder sufrir el espectáculo de la diferencia de ritos que lo condenaría a trabajar activamente en ilustrar a sus fieles; y hasta el hombre liberal se queja del gobierno que concede a la Inglaterra ventajas que en nada nos defraudan.

Últimamente, los gobiernos mismos fomentan estas homicidas preocupaciones españolas, fingiéndose amenazados por la Europa, y confundiendo a los poderes europeos y sus miras, con los hombres que la Europa nos envía, con las artes, la industria que necesitamos tomar de ella, para hallarnos alguna vez en estado de hacerla frente a ella misma y salir del vasallaje en que permaneceremos largo tiempo, si no se afanan todos los Estados americanos, no en disimular su impotencia con balandronadas ridículas, sino apropiándose ese mismo poder europeo, con sus hombres, sus medios de producir, sus instituciones.⁴²

Sarmiento combate el ideal de la integración latinoamericana, de constituir «una familia aparte», al cual también atribuye un cariz españolizante porque supone una comunidad de origen que él no sólo ve con malos ojos sino que afirma que es inexistente y se ha perdido con el desarrollo de cada nación en particular:

[...] no hay que extrañar que nos mostremos tan indiferentes por lo que acontece, ya sea en Méjico, ya al otro lado de los Andes. ¿Quién es aquel americano ilustrado que no tenga que confesar que sigue con más ahinco los acontecimientos que tienen lugar hoy en Irlanda, que no los que ocurren a orillas del Plata? ¿Quién es el americano ilustrado que no ha tomado su partido entre Mr. Guizot o Thiers, entre O'Connell o Sir Robert Peel? Y entre tanto, ¿cuántos hombres podrían nombrar sin titubear, los presidentes de las Repúblicas Americanas? [...] ¿Acaso Chile es una nación como la Inglaterra o la Francia, que con su núcleo en Europa, tienen desparamada su población por toda la redondez de la tierra, anunciando, industriando y extendiendo la influencia de su patria? No, pues; cada Estado americano vive en sus propios límites, y lo que de ahí sale, salvo casos muy excepcionales, es un derramamiento inútil de su fuerza, no una expansión; es una pérdida, no una ganancia [...] los únicos intereses reales y que merezcan convenios en América, son los europeos derramados por todos los puertos americanos ligados entre sí.⁴³

Y pese al desaliento que le suscita la tónica prevaleciente en América española, de proclamada superioridad sobre otros países como los Estados Unidos —ese «pueblo extraordinario que ha conquistado todas las libertades»—, mantiene la siguiente convicción: «No pasarán muchos años sin que los *intereses ingleses*, por ejemplo, distribuidos por toda América, se hayan hecho otorgar de cada Estado las seguridades que necesitan».⁴⁴

No cuesta desprender las consecuencias de todo lo que se ha compendiado en esta sección. Hay que alejarse de aquello que ha constituido y sigue representando la ruina americana: el lastre español, el cual ha producido una «cadena de males que tiene su primer eslabón en la ocupación del continente»⁴⁵. Para ello deben adoptarse diversas posturas. En primer lugar será necesario hacerse consciente de lo que ha significado España y actuar en consecuencia contra toda gravitación de sus resabios: «El sistema de

⁴² Ibid., p. 13.

⁴³ Ibid., t. 34, Cuestiones americanas (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1900), pp. 36, 37, 39.

⁴⁴ Ibid., t. 29, p. 253; t. 34, p. 28.

⁴⁵ Ibid., t. 16, p. 40.

colonización, a cuya acción por tres siglos deben su origen los Estados americanos del habla española, ha dejado errores que propenden a perpetuarse, leyes que es preciso derogar de un golpe, y tradiciones que, a dejarlas obrar, traerían los más funestos resultados»⁴⁶.

Por otro lado, tendrá que admitirse que no resulta una empresa nada sencilla: «Veo siempre la antigua España, viva todavía en nuestros corazones, en nuestros hábitos, en nuestras tendencias; la veo en la ignorancia y en la superstición de nuestras masas; en la resistencia que de todas partes se levanta; en los obstáculos con que tenemos que luchar, en la tendencia al despotismo de la generalidad de nuestros gobiernos americanos; en la indolencia de los gobernados; en su falta de espíritu público; en todo, en todas partes veo siempre la sombra de ese genio maléfico»⁴⁷.

De cualquier forma la solución posee una nitidez meridiana: «Los Estados Unidos, por su organización política, por su industria, por sus leyes, por sus hábitos y por su literatura permanecerán por largos siglos siempre ingleses; los americanos del sud sólo por sus defectos y su ignorancia pueden referirse a la madre patria; por todo lo demás, costumbres, vestidos, habitaciones, ideas, civilización, instituciones, industrias, serán franceses, ingleses, alemanes, todo menos españoles /.../ Los españoles de ahora, los españoles ilustrados como nosotros, combaten gloriosamente por dejar de ser españoles y hacerse europeos, es decir, franceses en sus ideas y en sus costumbres, ingleses en su forma de gobierno»⁴⁸.

Habrá que atraer así a la industria y a los brazos europeos, brindándoles seguridad y posibilidades de bienestar, para que pueblen el territorio americano y permanezcan en él. Ello facilitará el derrotero a seguir que supone imitar «a la Inglaterra sus usos parlamentarios y su jury, a la Francia sus ideas y su filosofía, y a la Europa entera sus costumbres laboriosas»⁴⁹.

⁴⁶ Ibid., t. 8, p. 77.

⁴⁷ Ibid., t. 4, p. 75.

⁴⁸ Ibid., pp. 13, 75.

⁴⁹ Ibid., t. 34, p. 39. Al margen de la fuerte impronta personal y al dilatado desarrollo que Sarmiento ha conferido a su propuesta anti-hispánica, cabe recordar algunos otros autores enrolados en una actitud semejante y que el propio Sarmiento no ha dejado de invocar. Prescindamos de las coincidencias que en cierta medida pueden hallarse en otros compatriotas y congéneres suyos —el más notorio sería precisamente el de su principal antagonista teórico: Juan Bautista Alberdi— así como de los aportes o las similitudes que pueden encontrarse en los mismos españoles que habían objetado la inercia de su país —tal es el caso de los hermanos Ulloa o de Donoso Cortés, en su primera etapa liberal, sobre el cual se ha llegado falsamente a sostener que Sarmiento ignoraba olímpicamente (cfr. Manuel Gálvez Vida de Sarmiento —B. Aires, Tor, 1957, p. 92— y el comentario de Sarmiento a una obra de D. Cortés, a quien califica como «uno de aquellos jóvenes españoles hijos de su siglo, discípulos de la Francia, y que como Larra y otros no menos ilustres, han trabajado por distintas vías en la regeneración de su patria», Obras Completas, t. II, p. 228). Una de las figuras que más habría que tener presente es el Deán Funes, a quien a veces de lo ubica como iniciador de la llamada Leyenda Negra y al cual Sarmiento dedicó varias páginas en sus Recuerdos de Provincia, citando su condena al antiguo régimen colonial. También se vale del sansimoniano Michel Chevalier en su crítica a España y su exaltación de Estados Unidos (O. C., t. 25). En Conflicto y armonías se recurre, para defender similares puntos de vista —y a veces para denostar el componente hispano-indígena, a expositores británicos como Macaulay, Buckle y Galton. Por otra parte, muchos de los planteos, al estilo de los que fueron volcados en dicha obra, los habrán de retomar distintos ensayistas argentinos posteriores: Francisco y José María Ramos Mejía, Juan Agustín García, Carlos Octavio Bunge, José Ingenieros y otros.

Reivindicaciones

La actitud de Sarmiento frente a España posee ciertos matices que habitualmente suelen ser pasados por alto. Si bien pareciera que hay en él una visión monolítica, de un derrotismo irreductible, no pueden obviarse distintas salvedades al respecto.

Por un lado, pese a las dificultades de toda clase señaladas —que v. gr. lo hicieron exclamar con sorna de los españoles: «¡Id, pues, a hablar a estos hombres de caminos de hierro, de industria o de debates constitucionales!»—, quedaría relativamente abierta la posibilidad de cambio en la situación interna de la península, pues se celebran los conatos liberales y modernizadores que iban insinuándose cada tanto: «La España, como pueblo que trabaja por salir de la nulidad a que la han condenado los errores de sus antiguos déspotas, es la nación más digna de respeto»⁵⁰.

El propio Sarmiento se cuida ocasionalmente de aclarar que sus dardos van dirigidos, fundamentalmente, contra la España tenebrosa que adoptó la Contrarreforma y prolongó la Edad Media hasta el siglo XIX, cortándose con ello «el vuelo que comenzaba a tomar el ingenio español»⁵¹. No dejan de reconocerse avances en el devenir peninsular: aunque figuras como Lope de Vega, Calderón, Murillo y Cervantes no pudieron legar nada a una nación que estaba cambiando de rostro cuando ellos actuaron, los mismos sólo pueden compararse, como creadores, a Pitágoras, Sófocles, Arquímedes o Euclides.

Hasta en la misma descripción que Sarmiento trazó durante su viaje por España —tan objetada por los defensores de la hispanidad— se filtraron varios aspectos rescatables. Así, a los defectos imputados al pueblo español, que no escapan por lo demás al influjo de la corrupción gubernativa, deben restárseles diferentes virtudes como el espíritu heroico, tenaz, sobrio y hospitalario que estima advertir en él. Y a diferencia de lo que Sarmiento observó en el resto de España, Cataluña se le muestra pujante y fabril, lo cual para él sería equivalente a hablar de una población auténticamente europea⁵².

¿Existe también en Sarmiento alguna contrapartida de su concepción sobre España como causante de las desgracias sudamericanas y sobre la personalidad del criollo hispano-indígena como una progenie bastarda e incapaz?

En primer término, cabe replantear los cargos que Sarmiento formulara contra la política colonial de España, a la cual, según él, no corresponde demandar por las libertades que ni siquiera existieron en la misma metrópoli, ni tampoco pedir de ella «qué supiese para goberarnos a nosotros lo que ignoraba para gobernarse a sí misma». Además, deberá concederse que la Corona practicó una administración «del modo posible

⁵⁰ Viajes, p. 199; O. Completas, t. 4, p. 38.

⁵¹ O. Completas, t. 4, p. 11.

⁵² Además, en Barcelona, Sarmiento experimenta una satisfacción enorme: conocer a un líder del liberalismo manchesteriano, Richard Cobden, a quien atribuye haber iniciado «una nueva era para el mundo» y dedica la mayor parte de sus recuerdos sobre dicha ciudad, convirtiéndolo también en el personaje más tratado de cuantos aparecen en todo su relato peninsular. Viajes, pp. 231-3.

para sus propios intereses» y que levantó «un edificio labrado en tres siglos de supremos esfuerzos de dilatación y de consolidación»⁵³.

Por otra parte, en relación con el indio, irrecuperable hasta por medios educativos, al español peninsular se lo visualiza como un ser semicivilizado, con el cual podría hacerse algo en su provecho, por ejemplo a través de gobiernos más legítimos. El carácter humano está integrado por instintos tanto «malos como buenos» y por un sistema de creencias e ideas»⁵⁴.

En un trabajo de 1844, escasamente abordado y asimilado por los estudiosos, donde Sarmiento comentó el libro de José Victorino Lastarria *Investigaciones sobre el sistema colonial de los españoles*, se reivindica la labor de estos últimos frente a los araucanos, cuya «heroica resistencia» había sido vanamente enaltecida por el autor chileno⁵⁵.

Recurriendo allí a estereotipos que comenzaban a ponerse entonces en boga —como el de la superioridad de la raza caucásica— y, precozmente, a lo que mucho más tarde iba a calificarse como darwinismo social —el exterminio de los más débiles en aras de la evolución— Sarmiento extrae derivaciones muy favorables a los conquistadores, sosteniendo que se debe ser más justo con ellos:

al exterminar a un pueblo salvaje cuyo territorio iban a ocupar, hacían simplemente lo que todos los pueblos civilizados hacen con los salvajes, lo que la colonia efectúa deliberada o indeliberadamente con los indígenas: absorbe, destruye, extermina. Si este procedimiento terrible de la civilización es bárbaro y cruel a los ojos de la justicia y de la razón, es como la guerra misma, como la conquista, uno de los medios de que la providencia ha armado a las diversas razas humanas, y entre éstas a las más poderosas y adelantadas, para sustituirse en lugar de aquellas que por su debilidad orgánica o su atraso en la carrera de la civilización, no pueden alcanzar los grandes destinos del hombre en la tierra /.../ Dentro de quinientos años, la raza europea, con sus artes, sus ciencias, sus progresos y su civilización ocupará la mayor parte de la tierra, por el mismo principio que ahora trescientos años la España ocupó la mayor parte del nuevo mundo. Creemos, pues, que no debieran ya nuestros escritores insistir sobre la crueldad de los españoles para con los salvajes de la América, ahora como entonces, nuestros enemigos de raza, de color, de tendencias, de civilización; ni principiar la historia de los indígenas, que nada tienen en común con nosotros /.../ No hay amalgama posible entre un pueblo salvaje y un civilizado. Donde éste ponga su pie, deliberada o indeliberadamente, el otro tiene que abandonar el terreno y la existencia; porque tarde o temprano ha de desaparecer de la superficie de la tierra.

Sarmiento insiste sobre la imposibilidad de exigir que España hubiese ejecutado una política más contemplativa en sus colonias que la que realizaba fronteras adentro: «La España ha procedido para con sus colonias como Chile procedería con las suyas, sin otra diferencia que las que establecerían las luces de la época y las diversas formas de gobierno. Las colonias españolas tienen eso de particular, que eran ni más ni menos en sus derechos, verdaderas provincias españolas, sobre las que pesaba en el nuevo continente el mismo despotismo y la misma arbitrariedad /.../ culpar a la España de hacer mal

⁵³ Conflicto..., p. 233; O. Completas, t. 17, La Unión Nacional (B. Aires, I. y L. M. Moreno, 1898), p. 287.

⁵⁴ Viajes, p. 208.

⁵⁵ O. Completas, t. II, pp. 216ss.

a designio, cuando el mal era su propia esencia, su vida, su modo de ser, esto es soberanamente injusto, y los documentos históricos están en contra. Si era prohibido a los americanos, por un mal sistema de economía política, cultivar o fabricar lo que se producía en España, a los españoles era igualmente prohibido cultivar lo que eran productos americanos; y en cuanto a educación, las universidades pululaban por la América, tan atrasadas, tan escolásticas, tan rutineras, como las españolas, a las que no iban en zaga».

Por lo demás, se concluye dicho comentario alegando sobre las condiciones de benignidad que, para la óptica sarmientina, existían en el ámbito chileno: «Es preciso convenir, si el gobierno español era absoluto por su esencia, en Chile, sobre todo, era patriarcal, blando, benigno, imprevisor /.../ ¿Quién no ha oído a nuestros viejos acordarse de los felices tiempos del coloniaje, en que se llevaba una vida tan pacífica, tan sin temor del gobierno, ni de las persecuciones? /.../

En otro orden de cosas, se encuentra también valorizado positivamente el municipio indiano. Esta cuestión fue enunciada inicialmente por Carlos Octavio Bunge⁵⁶ y luego tuvo un desarrollo específico en un artículo de Carlos Mouchet donde se omite dicho precedente⁵⁷. Mouchet menciona un cambio de postura en Sarmiento, quien, hacia 1853, se expidió en contra del régimen comunal implantado por los españoles en la Colonia, juzgándolo como un centro de abusos e intrigas. Con posterioridad a esa fecha se produciría una modificación relevante en el parecer de Sarmiento acerca de los cabildos indianos, a los cuales terminó por admirar, atribuyéndoles un carácter popular y una gestión más satisfactoria que la que se evidenciaría en épocas ulteriores.

Conclusiones

La postura de Sarmiento, adversa al tradicionalismo hispano, fue compartida por un amplio sector de la *intelligentzia* latinoamericana decimonónica⁵⁸; sector que tampoco sintió mayores melancolías por el pasado colonial. Por el contrario, mediante propuestas no siempre convergentes, se pretendió dejar atrás esa situación de dependencia, aunque a veces terminaríanse propiciando nuevas formas de alienación vernácula y de sujeción internacional.

¿Qué deslindes principales pueden efectuarse a la boscosa montaña de argumentos construida por Sarmiento en torno a la cuestión española?

Con mayor o menor fundamento, la crítica a España, que Sarmiento encuentra inficionada por el espíritu de la Contrarreforma, se verifica en los más distintos planos de la realidad y la cultura peninsulares: marco geográfico, sociedad, economía, gobierno, religión, carácter nacional, lenguaje, poesía, teatro, narrativa, plástica, arquitectura, filosofía, historiografía, ciencias naturales, educación popular y universitaria, edición de libros, etcétera.

⁵⁶ Sarmiento (*Madrid, Espasa-Calpe, 1926*), p. 141.

⁵⁷ «Sarmiento y sus ideas sobre el municipio indiano y patrio», *Boletín Sarmiento* 2, 1965.

⁵⁸ Ver por ejemplo, Carlos Rama *Historia de las relaciones culturales entre España y América (México, FCE, 1982)*.

La inferioridad de las colonias españolas se explica comparando la evolución que éstas últimas han tenido y el desenvolvimiento de los Estados Unidos, los cuales salen muy favorecidos en el enfoque sarmientino en cuanto a sus márgenes de libertad y prosperidad. El subido déficit intelectual, industrial, mercantil y confesional de España se incrementa en suelo americano, donde recrudecen la Inquisición y la repulsa por lo extranjero.

Por consiguiente, hay que abandonar todo los afanes de autonomía cultural y financiera para abrirse al fecundo influjo de la población, el capital y los sistemas políticos nord-atlánticos, sin cuya incorporación y afianzamiento resulta infructuoso cualquier planteo de unidad latinoamericana.

Cabe advertir que la censura a España no importa un ataque en bloque sino que afecta, sobre todo, a algunas etapas y aspectos de su devenir histórico y, aunque parezca una posición sumamente escéptica, no dejan de reconocerse diversos ingredientes que contribuyen a mejorar la imagen sarmientina en cuestión.

Entre dichos remedios se distingue, como desideratum, el hecho de que finalmente cuaje la alternativa liberal, gracias a cuyo predicamento podría llegar a mejorarse la idiosincrasia de los españoles, quienes cuentan con recuperables cualidades.

También se legitiman las acciones de exterminio que aplicaron los españoles contra la resistencia aborigen. Asimismo, se rescata la política municipal practicada por la metrópoli durante la Colonia.

* * *

Varias de las tesis centrales resultan difícilmente compatibles con su propio discurso cuando éste parece inclinarse al reconocimiento de la alteridad. Por otro lado, al colocar a la región catalana fuera de los confines hispánicos, recae en un vicio de provincialismo similar al que se había denunciado como práctica incivilizada.

Existiría una suerte de xenofobia invertida por la cual tienden a precipitarse en una misma redada, como elementos desechables, disímiles componentes locales y adventicios: el español de ultramar, sus descendientes acriollados y los hombres de color, para cerrarse el ciclo con los nuevos inmigrantes peninsulares en las postrimerías del siglo pasado.

Ello dará pie a suponer a una parte de América tan vaciada de pobladores como la que se racionalizó durante la Conquista para justificar su empresa expoliadora. Producida esa anulación o reabsorción teórico-práctica, quedaría expedito el camino para postular otras variantes colonizadoras, como las que explicita el mismo Sarmiento, donde dichos componentes o son eliminados o pasan a jugar un rol de franca subordinación dentro del esquema capitalista en ciernes sobre la división mundial del trabajo.

Cabe reexaminar parte del contexto en el cual Sarmiento formula algunas ideas clave, que no dejan de implicar la expresión de un autoritarismo etnocéntrico:

Es un hecho fatal que los hijos sigan las tradiciones de sus padres, y que el cambio de civilización, de instintos y de ideas no se haga sino por cambio de razas /.../ Cualquiera que estudie detenidamente los instintos, la capacidad industrial e intelectual de las masas en la República Argentina, Chile, Venezuela y otros puntos, tiene ocasión de sentir los efectos de aquella inevitable pero dañosa amalgama de razas incapaces o inadecuadas para la civilización /.../ nos cum-

ple llenar el déficit de suficiencia que ha dejado a la España en el límite dudoso que divide a los pueblos civilizados de los bárbaros y el aumento de barbarie que nos trajeron la colonización y nos conservaron los indígenas /.../ Hay tradiciones de raza que obran todavía poderosamente sobre nosotros, y perpetúan los males de que creíamos habernos librado por el solo acto de desligarnos de España /.../ Grande necesidad es, por cierto, la existencia de los ejércitos para pueblos habituados a no sentir otros estímulos de orden que la coerción; la infancia de los gobiernos requiere también quizá esta ostentación de la fuerza, que halaga aún a aquellos mismos sobre quienes su existencia gravita»⁵⁹

¡Cuánto costo social trasuntaría este proyecto aparentemente renovador pero que, en el fondo, vuelve a instaurar muchas de las objetadas modalidades de dominación! Leopoldo Zea ha interpretado este tipo de proyectos en los siguientes términos: «El proyecto civilizador en esta nuestra América se propondrá ahora colaborar en la tarea civilizadora. Su gran modelo será el poderoso imperio que se va levantando en el norte. Los americanos, al sur de esa poderosa nación, harán, en la parte del mundo que les ha tocado, lo que la Europea viene haciendo en Asia y en África y lo que los Estados Unidos hacen en las praderas del *Far West*. Los iberoamericanos se impondrán la tarea de recolonizar esta América /.../ como agentes de la civilización en América, seguirán sus lineamientos, sus instrucciones, de la forma más eficaz y servicial posible /.../ Un proyecto que implicará la más difícil, si no imposible de las acciones, la nihilización del propio ser, para intentar realizar algo ónticamente extraño»⁶⁰

Más allá de las insalvables refutaciones especulativas que han sufrido las ideologías tributarias del darwinismo social, para autores como Daniel Zalazar la misma historia se ha encargado de refutar las tesis de Sarmiento sobre que la fusión racial o la presunta incapacidad de alguna etnia en particular impedirían el acceso a sociedades más democráticas. Al referirse a la Argentina actual Zalazar sostiene:

cuando la composición racial del país se ha transformado completamente y la proporción de sangre indígena y negra ha pasado a ser escasa en el total de la población, las instituciones democráticas no son mucho más vigentes que en su época. Ello significa que hay que preguntarse otra vez por la causa de esa situación, que parece haberse convertido en crónica en toda Hispanoamérica. Lo que todavía parece agregar razones en contra de su tesis de la mezcla de razas es que hasta hace apenas unos pocos años España tampoco había podido establecer un sistema político democrático y sólo después de una cruenta guerra civil y de una dictadura de casi cuarenta años ha podido volver a vivir democráticamente⁶¹.

Para defender su programa neoconservador, Sarmiento, si bien adopta algunas de las críticas que se alzaron en la Revolución de Mayo contra el yugo español, impugnará en cambio la exaltación que ese movimiento había realizado de los valores indígenas y de la necesidad de incorporarlos a la nacionalidad como parte constitutiva de ella, al tiempo que se opondría al ideario latinoamericanista surgido en cierta medida de

⁵⁹ O. Completas, t. 9, Educación popular (B. Aires, La Facultad, 1914), pp. 38-9.

⁶⁰ Filosofía de la historia americana (México, FCE, 1978), pp. 250, 247.

⁶¹ La evolución de las ideas de Domingo F. Sarmiento (New Jersey, Slusa, 1986), p. 155. Sobre el papel que cumplieron las doctrinas racistas en el siglo XIX puede consultarse mi trabajo «El racismo como ideología neocolonial y oligárquica», próximo a aparecer en el volumen colectivo Poder y control (Barcelona).

ese mismo cauce y retomado por Bolívar y otros partidarios de la unificación continental. De allí que no resulta tan desacertada la caracterización que trazó Ezequiel Martínez Estrada de nuestro autor: «Era Sarmiento /.../ un vástago de la Colonia, disconforme tanto con el régimen antiguo como con el desorden lógicamente consecuente tras su ruptura, y sus ideas sociales se avenían mejor con el tipo de gobierno progresista y liberal del virrey Vértiz que con los intentos de reconstrucción de Moreno y Monteaugudo»⁶².

Por cierto que este perfil evidenciable de Sarmiento no agota la polaridad de su pensamiento ni de su obra, en donde cabe encontrar diferentes perspectivas, más o menos avanzadas, como se vio al exponer su posición ante la cuestión española. Así es como no pueden soslayarse sus esporádicos pero frontales ataques a la oligarquía vacuna, al latifundio y al monocultivo, su enfrentamiento con los grupos refractarios a la instrucción pública y, en menor grado, su oposición al endeudamiento exterior y a la falta de industrialización.

Por otra parte, a la luz del desenvolvimiento económico internacional, ¿existían muchas otras instancias viables además de hacer como él y predicar contra un desplazado localismo aislacionista, favorecer la inmigración y plegarse al desarrollo capitalista, cuyas distorsiones imperiales no llegó a atisbar con claridad y en ocasiones se erigió en un férreo portavoz de ellas?⁶³

* * *

Lo que resulta a todo trapo un pleito bizantino es el debatirse para ver, si en algún costado mítico de su alma, Sarmiento respondería o no a presuntivas esencias españolas. Así Dardo Cúneo, haciéndose eco de recónditas intuiciones unamunianas, sostuvo que Sarmiento rabió «a la española»⁶⁴. Por su parte, Luis Franco se opondría al parecer de Unamuno que calificaba al gran sanjuanino como «profunda y radicalmente español»: «¿Cómo va a ser radicalmente español un hombre que, como los griegos, cree que sin materia no hay espíritu, y que este mundo existe con la belleza como evidencia y primer sacramento, y que el placer noble ennoblece, y que la razón es fuente suficiente, si no total, de conocimiento, y que la esperanza y el temor puestos en el más allá son la peor servidumbre, y que el deber sagrado del *homo sapiens* es ser auténticamente un hombre y no un gusano o larva de ángel, y que vivir en rancio olor de santidad es la negación de vivir en olor de humanidad?»⁶⁵.

⁶² Sarmiento (*B. Aires, Sudamericana, 1969*). p. 104.

⁶³ Cfr. el polémico trabajo de Milcíades Peña Alberdi, Sarmiento, el 90 (*B. Aires, Ediciones Fichas, 1973*). En un ensayo reciente de William Kattr, «Sarmiento y el americanismo», se rescatan algunos artículos juveniles de Sarmiento en los cuales éste se muestra contrario al imperialismo británico y defiende la autonomía regional; en el libro coordinado por Saúl Yurkievich *Identidad cultural de Iberoamérica en su literatura* (*Madrid, Alhambra, 1986*).

⁶⁴ Op. cit., p. 188.

⁶⁵ Sarmiento entre dos fuegos (*B. Aires, Paidós, s. d.*), pp. 423-4.

Uno de los más lúcidos intelectuales argentinos, Aníbal Ponce, no vaciló en considerar como meras «pamplinas» las explicaciones que apelan a expresiones como «genio de la raza», «individualismo ibérico» u «orgullo español»⁶⁶. En efecto, a cuántas inconsistencias puede llevar ese tipo de apreciaciones estereotípicas si las aplicamos al caso español, donde, junto a la actitud de remontar marejadas, también puede observarse, tan rampantemente, una mentalidad conformista o autoritaria.

Hugo E. Biagini



El muelle de pasajeros del puerto de Buenos Aires (año 1880)

⁶⁶ Obras Completas, t. 3 (B. Aires, Cartago, 1974), p. 230.

PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Revista de Economía Política

Revista semestral patrocinada por el Instituto de Cooperación Iberoamericana (ICI) y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). Programa patrocinado por la Comisión Nacional para la Conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América.

Junta de Asesores: Presidente: Aníbal Pinto. Vocales: Rodrigo Botero, Fernando H. Cardoso, Aldo Ferer, Enrique Fuentes Quintana, Celso Furtado, Norberto González, David Ibarra, Enrique V. Iglesias, José Matos Mar, Francisco Orrego Vicuña, Manuel de Prado y Colón de Carvajal, Luis Angel Rojo, Santiago Roldán, Gert Rosenthal, Germánico Salgado, José Luis Sampedro, María Manuela Silva, Alfredo de Sousa, María C. Tavares, Edelberto Torres-Rivas, Juan Velarde Fuentes, Luis Yáñez-Barnuevo.

Director: Osvaldo Sunkel

Subdirector: Angel Serrano

Consejo de Redacción: Carlos Abad (Secretario de Redacción), Carlos Bazdresch, A. Eric Calcagno, José Luis García Delgado, Eugenio Lahera, Augusto Mateus, Juan Muñoz, Rodolfo Rieznik (S. Redacción) y Luis Rodríguez-Zúñiga.

Número 13

Enero-Junio 1988

SUMARIO

EL TEMA CENTRAL: «RELACIONES INTERNACIONALES. TENDENCIAS Y DESAFIOS»

ESTUDIOS DE AMERICA LATINA

- Luciano Tomassini: La cambiante inserción internacional de América Latina en la década de los 80.
- Roberto Bouzas: América Latina en la economía internacional: los desafíos de una década perdida.
- Carlos Ominami: Doce proposiciones acerca de América Latina en una era de profundo cambio tecnológico.
- Stephany Griffith-Jones: La condicionalidad cruzada o la expansión del ajuste obligatorio.
- Augusto Varas: Dimensiones internacionales y regionales de la defensa nacional.
- Carlos Rico F.: El Socialismo Europeo, la Alianza Atlántica y Centroamérica: ¿Una historia de expectativas frustradas?

ESTUDIOS DE ESPAÑA

- Juan Pablo de Laiglesia: Las relaciones entre la Europa de los Doce y América Latina. Un proceso de cambio acelerado.
- José Antonio Alonso y Vicente Donoso: Perspectivas de las relaciones económicas España-Iberoamérica-Comunidad Europea.

ESTUDIOS DE PORTUGAL

- Fernando Freire de Sousa: Rumo à Europa. Um balanço da internacionalização da economia portuguesa.

Y LAS SECCIONES FIJAS DE

- **Reseñas Temáticas:** Examen y comentarios —realizados por personalidades y especialistas de los temas en cuestión— de un conjunto de artículos significativos publicados recientemente en los distintos países del área iberoamericana sobre un mismo tema.
 - **Resúmenes de Artículos:** más de 150 resúmenes de artículos relevantes seleccionados entre los publicados por las revistas científico-académicas del área iberoamericana durante 1986-1987.
 - **Revista de Revistas:** Información periódica del contenido de más de 140 revistas de carácter científico-académico, representativas y de circulación regular en Iberoamérica, España y Portugal.
- Suscripción por cuatro números: España y Portugal, 5.000 pesetas ó 40 dólares; Europa, 45 dólares; América y resto del mundo, 50 dólares.

Instituto de Cooperación Iberoamericana
Revista Pensamiento Iberoamericano
Avenida de los Reyes Católicos, 4
28040 Madrid
Teléfono: 244 06 00 (Ext. 300)
Télex: 412 134 CIBC E

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Nú. 454/57

Abril-Julio 1988

Homenaje a CÉSAR VALLEJO

Con ensayos de Margaret Abel Quintero, Pedro Aullón de Haro, Francisco Avila, Mario Boero, Kenneth Brown, André Coyné, Eduardo Chirinos, Félix Gabriel Flores, Anthony L. Geist, Gerardo Mario Goloboff, Rubén González, Francisco Gutiérrez Carbajo, Stephen Hart, Ricardo H. Herrera, Mercedes Juliá, Santiago Kovadloff, Fernando R. Lafuente, Luis López Alvarez, Armando López Castro, Francisco Martínez García, Carlos Meneses, Luis Monguió, Teobaldo A. Noriega, Estuardo Núñez, José Ortega, José M. Oviedo, Rocío Oviedo, William Rowe, Manuel Ruano, Amancio Sabugo Abril, Luis Sáinz de Medrano, Dasso Saldívar, Julio Vélez, Carlos Villanes, Paul G. Teodorescu, Francisco Umbral

y un homenaje poético a cargo de 65 autores
españoles e hispanoamericanos

Dos volúmenes: 1.000 páginas. Tres mil pesetas

INSTITUTO DE COOPERACION IBEROAMERICANA
AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS, 4. 28040 MADRID
Redacción y Administración, teléfono (91) 244 06 00 (ext. 267 y 396)

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

Homenaje a García Lorca

Dos volúmenes. 840 páginas. Julio-Octubre 1986

Contiene:

Páginas rescatadas del poeta

Un reportaje a García Lorca y Neruda (1934)

Una partitura original de José María Gallardo

Aleluyas de Antonina Rodrigo dibujadas por Gallo

Ensayos firmados por: Manuel Alvar, Andrew W. Anderson, Manuel Antonio Arango, Carlos Arcán, Isabel de Armas, Urszula Aszyk, Josep María Balcells, Valeriano Bozal, Giannina Braschi, Guillermo Cabrera Infante, Antonio Campoamor González, José Luis Cano, Juan Cano Ballesta, Francisco Caudet, Chas de Cruz, Fernando Charry Lara, Julio Calviño Iglesias, Andrew P. Debicki, Ricardo Domenech, Manuel Durán, Irma Emiliozzi, Luis Fernández Cifuentes, Luis García Montero, Miguel García Posada, Ian Gibson, Alfonso Gil, Sumner Greenfield, Anthony L. Geist, Virginia Higginbotham, César Leante, Dennis A. Klein, Juan Liscano, José, Agustín Mahieu, Sabas Martín, Luis Martínez Cuitiño, Héctor Martínez Ferrer, Christopher Maurer, María Clementa Millán, José Monleón, Carlos Monsivais, Darie Novaceanu, José Ortega, Christian de Paepe, Alejandro Paternain, Michele Ramond, Antonina Rodrigo, Manuel Ruano, José Rubia Barcia, Fanny Rubio, Amancio Sabugo Abril, José Sánchez Reboredo, Gonzalo Santonja, Francisco Javier Satué, María Cristina Sirimarco, Adolfo Sotelo Vázquez, Bárbara Stawicka-Muñoz, Eduardo Tijeras, Sarah Turel, Jorge Uscatescu, José Vila-San-Juan, Marcelino Villegas y Ramón Xirau.

Poemas de: Francisca Aguirre, Manuel Álvarez Ortega, Enrique Badosa, Gastón Baquero, Pablo del Barco, Francisco Bejarano, José María Bermejo, Eladio Cabañero, Jesús Cabrera Vidal, Alfonso Canales, Pureza Canelo, Antonio Cisneros, Juan Gustavo Cobo Borda, Antonio Colinas, Rafael de Cózar, Juan José Cuadros, Javier Egea, Antonio Fernández Molina, Félix Gabriel Flores, Antonio Gamoneda, José García Nieto, Ramón de Garciasol, Jacinto Luis Guereña, Hugo Gutiérrez Vega, Antonio Hernández, Clara Janés, Santos Juan, Roberto Juarroz, Juan Liscano, Leopoldo de Luis, Joaquín Márquez, Salustiano Masó, Enrique Molina, Rafael Morales, José Emilio Pacheco, Manuel Pacheco, Luis Pastori, Antonio Pereyra, Rafael Pérez Estrada, Juan Vicente Piqueras, Pedro Provencio, Juan Quintana, Manuel Quiroga, Fernando Quiñones, Manuel Ríos Ruiz, Héctor Rojas Herazo, Mariano Roldán, Antonio Romero Márquez, Manuel Salinas, Juvenal Soto, Rafael Soto Vergés, Juan José Téllez, Alberto Tugues, Arturo del Villar y Concha Zardoya.

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Don
con residencia en
calle de, núm. se suscribe a la
Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de
a partir del número, cuyo importe de se compromete
a pagar mediante talón bancario a nombre de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
..... de de 198
El suscriptor

Remítase la Revista a la siguiente dirección:
.....

PRECIOS DE SUSCRIPCION

		<i>Pesetas</i>	
España	Un año (doce números)	4.500	
	Ejemplar suelto	400	
		<i>Correo marítimo</i>	<i>Correo aéreo</i>
		<i>\$ USA</i>	<i>\$ USA</i>
Europa	Un año	45	60
	Ejemplar suelto	4	5
USA, Africa Asia, Oceanía	Un año	45	90
	Ejemplar suelto	4	7
Iberoamérica	Un año	40	85
	Ejemplar suelto	4	5

Pedidos y correspondencia: Administrador de CUADERNOS HISPANOAMERICANOS.
Instituto de Cooperación Iberoamericana. Avda. de los Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria.
28040 MADRID. España. Teléfono 244 06 00, extensión 396.

A Sarmiento, a su biografía de hombre político, a su voluminosa obra de escritor, al denso tejido crítico que suscitó en su tiempo y en este siglo largo de historia americana, se los puede abordar desde múltiples perspectivas.

Su tarea de prosista, una de las más elevadas del siglo XIX en nuestra lengua, es contemplada desde la literatura, la historia, los sistemas filosóficos y las grandes líneas del pensamiento político. Sus vínculos con España, hondos y dramáticos, según en su momento señaló Unamuno —un ser sarmientino como pocos— pasan por sus páginas de viaje, por su diálogo constante y belicoso con el idioma castellano en América, por su pasión frente al conflicto entre hispanidad y modernidad, que se remonta al siglo ilustrado e inquieta a protagonistas de la España decimonónica, entre ellos el tan leído y admirado por Sarmiento, Mariano José de Larra.

